CARITÓN DE AFRODISIAS

QUÉREAS Y CALÍRROE

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JULIA MENDOZA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de *Quéreas y Calírroe* ha sido revisada por GEMMA PASCUAL, y las de *Efesíacas* y *Fragmentos novelescos,* por LOLA LARA NAVA.

La introducción a *Quéreas y Calírroe* es de Carlos García Gual y las introducciones de *Efesíacas* y *Fragmentos novelescos* son de Julia Mendoza.

Depósito Legal: M. 2522 - 1979.

ISBN 84-249-3520-9.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1979.—4793.

CARITÓN DE AFRODISIAS

QUÉREAS Y CALÍRROE

INTRODUCCIÓN

1. *Caritón de Afrodisias, el primer novelista de Occidente*

De la literatura helenística se han transmitido hasta nosotros cinco obras que podemos, estrictamente, calificar como novelas, novelas de amor y aventuras. Con ellas se inaugura en Occidente este género literario, el último inventado por la tradición helénica. Los autores de estas cinco novelas nos son conocidos de un modo muy precario, tan sólo por sus obras (como es el caso de Caritón, Jenofonte de Éfeso, Longo) o por muy poco más (Aquiles Tacio y Heliodoro). La época en que vivieron, su cultura y sus intenciones literarias hemos de deducirlas de sus propios relatos en un género tardío y menospreciado de los doctos, que floreció en el anonimato y al margen de las preceptivas literarias de la Antigüedad.

Las cinco novelas que conservamos por entero son cinco muestras afortunadas de una producción romántica que, suponemos, fue bastante numerosa y que en su mayor parte se nos ha perdido. Además de ellas, un par de resúmenes del erudito patriarca Focio (siglo IX) nos informan de otras dos (la de Antonio Diógenes y la de Jámblico), y los hallazgos papiráceos atestiguan, muy fragmentariamente, al menos una media docena más de títulos. Al margen de estas novelas típicas y de-

jando a un lado el problema de discutir si todos los «fragmentos novelescos» se refieren a un argumento romántico típico, nos encontramos con otros relatos que, de una manera más laxa, pueden calificarse de novelescos, como son, p. e., la *Historia Verdadera* de Luciano, la *Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato, o la *Vida y Hazañas de Alejandro* del Pseudo Calístenes. Estos textos forman una especie de eslabón entre la novela romántica y la literatura historiográfica de la época helenística, con su propensión a las aventuras fabulosas y a los efectos dramáticos. Pero, por esa notoria conexión con ese otro género literario, conexión que puede ser paródica, como en el relato lucianesco, podemos considerarlos como ficciones paranovelescas.

A pesar de las enormes lagunas de la traducción textual y de las escasísimas referencias antiguas al desarrollo del género de la novela griega, su historia está bien estudiada en sus líneas esenciales gracias a la labor crítica de filólogos actuales [1].

Entre los cinco novelistas griegos cuya obra conservamos Caritón de Afrodisias es, sin dudas, el más antiguo. La fecha en que compuso la historia de los amores de Quéreas y Calírroe es tema de discusión. Mientras que algunos estudiosos la fechan en la primera mitad del siglo I antes de J. C. (así lo hace Papanikolaou), la

---

[1] Como estudios de conjunto, véanse los de: B. E. PERRY, *The Ancient Romances. A Literary-historical Account of their Origins*, Berkeley, 1967; B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des II et III siècles après J. C.* (pp. 309-405), París, 1971; C. GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972. Del interés que suscita entre los filólogos actuales el tema da una idea el volumen colectivo que recoge en resumen las conferencias del coloquio internacional de Bangor, 1976, sobre las novelas antiguas, ed. por REARDON con el título de *Erotica Antiqua*, Bangor, 1977. El resumen más reciente sobre los estudios actuales, con anotaciones críticas claras, es el de T. HÄGG, publicado (en sueco) como apéndice a la traducción danesa de Heliodoro, hecha por E. HARSBERG (Copenhague, 1978, pp. 271-304).

datación más generalmente aceptada la sitúa en el siglo I después de J. C. (p. e., así la datan Reardon, Plepelits, etc.). No tenemos para fecharla otros datos que los que se encuentran en el propio texto. El título original de la novela fue el de *Calírroe.* El que la novela recibiera el nombre de la protagonista no deja de ser significativo.

Por su posición cronológica, la novela de Caritón se halla, en cualquier caso, situada entre el texto novelesco más antiguo que conocemos fragmentariamente, por unos papiros, la llamada *Novela de Nino* y las *Efesíacas* de «Jenofonte de Éfeso» (el nombre es un pseudónimo, que subraya la filiación histórica en que se incluía este otro novelista), que pertenece ya al siglo II d. C. En cuanto a la *Novela de Nino* se suele datar hacia el año 100 antes de J. C. Con estas dos obras, y probablemente con los fragmentos de *Metíoco y Parténope,* Caritón nos ofrece el exponente más destacado de ese tipo de ficción romántica no influido por los artificios retóricos de la Segunda Sofística, cuya influencia es bien visible en las novelas posteriores. El decorado histórico de la ficción romántica (Calírroe es hija del famoso estratego siracusano que derrotó a los atenienses, Quéreas combatirá contra el rey persa Artajerjes II, etc.) ha permitido calificar de «novelas históricas» *sui generis* este tipo de relatos, como una última degeneración de la fabulosa historiografía helenística.

Por un extraño destino, la obra de Caritón ha gozado de un prestigio muy inferior al que merecía y se ha tenido que contentar con un injusto papel de «cenicienta» (como señala K. Plepelits) en el contexto de la literatura helenística. Los bizantinos apreciaron mucho menos las novelas de la época presofística que los relatos más barrocos y técnicamente más refinados del segundo período. Ningún autor antiguo ni bizantino se refiere a esta obra, de no ser en dos alusiones despectivas

marginales de Persio y Filóstrato[2]. Por otro lado, el manuscrito único que nos transmite el texto (el códice *Laurentianus Conventi Soppresi*, núm. 627, del siglo XIV)

---

[2] La primera *Sátira* de PERSIO acaba con el verso:

«His mane edictum, post prandia Callirhoen do» (I, 134)

«A éstos (a la gente ineducada) les doy por la mañana un edicto, y para después de la comida a *Calírroe*», dice el pedante poeta romano. Es decir, traducido al lenguaje actual, algo así como: «por la mañana, el periódico y por la tarde, a la hora de la siesta, la novela rosa de moda». No es seguro, sin embargo, que Calírroe sea el nombre de una obra literaria, y no el de una persona, p. e., una joven esclava. La probabilidad de que Persio, en esta sátira escrita hacia el año 59 d. C., pudiera aludir a nuestra novela ha vuelto a ser defendida por K. PLEPELITS (Cf. *Chariton von Aphrodisias, Kallirhoe*, Stuttgart, 1976, pp. 29-30 de la Introducción.)

La alusión de FILÓSTRATO fue destacada por Perry, para acentuar el menosprecio que un escritor de prestigio, como este autor de la Segunda Sofística, mostraba respecto de un novelista. Dice así, en su carta 66, fingiendo dirigirse a él:

«A Caritón. ¿Crees que los Griegos van a guardar memoria de tus relatos, una vez que hayas muerto? Los que no son nadie mientras viven, ¿quiénes serán cuando ya no existan?»

Como no conocemos ningún otro literato de ese nombre, es probable que Filóstrato apostrofe al Caritón novelista. De hecho, en otros casos Filóstrato se dirige a personajes ya desaparecidos en el momento en que escribe, a comienzos del s. III. Sin embargo, no deja de ser curioso que esta alusión despectiva testimonie que dos siglos y medio después de componerla, la novela de Caritón aún era recordada por los Griegos, probando lo contrario de lo que dice.

En cuanto a la fecha de composición de la novela, A. P. PAPANIKOLAOU en su *Chariton-Studien*, Gotinga, 1973, propone la fecha más temprana, subrayando que Caritón sería así anterior al movimiento aticista del siglo I a. C. (en su segunda mitad). Como ya he dicho, la mayoría de los estudiosos siguen prefiriendo fecharlo en el siglo I d. C. Tan sólo R. MERKELBACH, y su discípulo R. PETRI (en *Ueber den Roman des Chariton*, Meinsenheim am Glan, 1963) han defendido recientemente una fecha posterior, la del siglo II, a fin de situarlo después de Jenofonte de Éfeso. Se proponen así defender la prioridad de la novela de tono mistérico, con su propaganda isíaca, representada por

no fue conocido hasta su primera edición en el siglo XVIII (en 1750, hecha por J. P. D'Orville). Esta tardía recuperación de Caritón —que no influyó en la constitución de las novelas europeas del Barroco ni en las posteriores—, ha motivado que sea un autor poco conocido hoy, incluso entre los filólogos. El hecho de que la edición crítica más reciente de su obra siga siendo la de W. E. Blake, de Oxford, 1938, es una muestra más de ese mismo fenómeno. En compensación, la crítica especializada, en estos últimos años, viene reconociendo y prestando una gran atención al texto de este primer novelista. Que la obra tuvo en su época y en los siglos siguientes una interesante difusión lo atestiguan algunos fragmentos de papiro (núms. 241-244 Pack + *POxy.* 2948) y su influencia en los novelistas posteriores, especialmente en Jenofonte de Éfeso.

E. Rohde en el libro[3], ya centenario, que incitó al estudio de las novelas griegas y que marcó una época por su enfoque filológico, consideraba a Caritón el último de los novelistas griegos en cuanto a su fecha aunque reconocía sus méritos atractivos como narrador. E. Rohde partía de la tesis de que la novela griega se había desarrollado sobre los cauces retóricos de la Segunda Sofística, y el notorio distanciamiento de Caritón

éste (véase la *Introducción* a las *Efesíacas)* sobre la de tipo «histórico» profano, como la de Caritón. Pero son poco convincentes en eso.

Un *terminus ante quem* para la datación de la novela lo ve PLEPELITS, *o. c.*, pp. 8 y 9, en la prohibición de condenar a algún esclavo a muerte publicada por el emperador Adriano (117-138), que se desconoce en dos pasajes de la obra (II 7, IV 2). Con todo, aunque la Caria en esa época era provincia romana, hay que recordar que la acción de la novela transcurre en un pasado lejano.

3 E. ROHDE, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1876. (3.ª ed. por W. SCHMID en Leipzig, 1914, reimp. en Hildesheim, 1960).

lo explicaba situando su obra nada menos que en el siglo VI. El descubrimiento de fragmentos de la novela en papiros de los siglos II-III arruinó su teoría, y modificó sustancialmente la cronología propuesta para las diversas novelas. En el prólogo que W. Schmid (ed. 1914) antepuso al libro magistral de Rohde, ya se coloca a Caritón en el siglo I d. C. (datación que estudios pormenorizados como los de A. D. Papanikolaou pretenden anticipar); y en el prólogo (de 1960) a la tercera edición de la misma obra K. Kerényi califica a Caritón como un «clásico de la literatura novelesca griega».

A su fecha temprana y a su carácter pre-sofístico, se debe el que la novela de Caritón parezca, en comparación con las otras novelas, sencilla en su romanticismo ingenuo, con su clara arquitectura compositiva y su estilo directo. Sin embargo, la obra no carecía de pretensiones, y en un estudio pormenorizado se advierte la cultura literaria de su autor. Desde luego, conviene notar que la sencillez estilística de Caritón es muy diferente de la de la redacción más popular, y desmañada, de su émulo Jenofonte de Éfeso[4].

Es justo no olvidar, por otra parte, que la novela romántica es un tipo de literatura de diversión, destinada a un público «burgués», con un carácter apolítico. Aunque tal vez sea exagerado considerar a sus lectores como «pobres de espíritu», como apuntó B. E. Perry, en cierto modo y salvando las distancias, se trata de una literatura con una nueva función popular, de algo que podría ser calificado como «literatura de consumo»[5], y en eso la novela se revela como el más moder-

---

4 Véase el excelente estudio de T. HÄGG, *Narrative Technique in Ancient Greek Romances*, Estocolmo, 1971.

5 Sobre la función de la novela como literatura de uso privado y de su indeterminado público remito a mi libro, ya citado, y a mi art. «Idea de la novela entre los griegos y romanos», en *Est. Clás.*, 74-76, 1975, pp. 111-144. El carácter popular de la

no de los géneros literarios, y el más ambiguo, por más que su autor pretenda enlazar con los antiguos géneros de mayor prestigio y ser considerado como un descendiente de los historiadores o un epígono épico[6]. Dentro de ese marco, hay que reconocer que la obra de Caritón de Afrodisias merece un lugar de honor por su calidad intrínseca y por su posición histórica en la creación de un prototipo novelesco.

2. *El mito romántico. Pretensiones del novelista y de su público*

La novela representa, desde su aparición, el género literario con el máximo de posibilidades narrativas, el menos limitado en su temática y en sus convenciones formales. Como relato de forma abierta, su prosa, fluvial y omnívora, le proporciona una agilidad muy superior a la que tenía la vieja épica en verso. Su lenguaje, claro, poco definido en cuanto al nivel estilístico, contribuye a su difusión. Como ficción la novela no depende ni de la mitología tradicional ni de la historia real. No presupone una relación fija ni comprometida con un público determinado, sea por su nacionalidad, su posición política o su nivel cultural. No se dirige, como la poesía lírica o los discursos filosóficos, a círculos restringidos. No necesita, como el drama, ni un escenario teatral ni la audiencia de una ciudad. Puede leerse sin

---

novela había sido ya destacado por PERRY (en 1930), por LAVAGNINI (en 1921) y por ALTHEIM (en 1942), y de nuevo por PERRY y REARDON en sus libros ya citados.

[6] C. W. MÜLLER ha insistido, brillantemente, en el hecho de que Caritón pretende resaltar no sólo su vinculación con la historiografía helenística, sino también la conexión con la épica, en un reciente artículo: «Chariton von Aphrodisias und die Theorie des Romans in der Antike» (en *Antike und Abendland,* XXII, 2, 1976, pp. 115-136).

una notable cultura; puede saborearse en la provincia y en la soledad.

Tras considerar las libertades formidables de expresión que la novela tiene a su alcance, veamos la paradoja fundamental de las novelas griegas: todas ellas vienen a reiterar, monótonamente, un mismo esquema básico. Una y otra vez la misma historia de amor y aventuras: una pareja de jóvenes se encuentran y se enamoran, y emprenden un azaroso viaje en el que se ven separados, y tratan de reencontrarse a través de múltiples peligros en un mundo cruel y un tanto laberíntico. Distanciados por los vaivenes de la Fortuna, enfrentan sus peripecias dispuestos a demostrar su fidelidad al amor hasta la muerte (éste es el rasgo heroico más destacado de los jóvenes protagonistas); pero, protegidos por la divinidad, benévola para los amantes, acaban siempre por reunirse al final, en un «happy end» a la satisfacción del público. Este final feliz convencional parece aquí tan de rigor como en los cuentos de hadas [7]. Este esquema se repite en todas las novelas griegas, constituyendo así una especie de mito nuevo y burgués, sobre cuya pauta los novelistas nos proporcionan una obra que lo realiza con detalles variables y en una estructura narrativa personal [8].

---

7 Sobre la relación entre la estructura narrativa de las novelas griegas y la del cuento maravilloso, puede verse el interesante artículo de I. Nolting-Hauff, «Märchenromane mit leidendem Helden», en la revista alemana *Poetica*, 1974, pp. 417-455. (La autora analiza la novela de Heliodoro en sus secuencias narrativas, según el método propuesto por V. Propp para el análisis de los cuentos.)

8 Es cierto que se ha abusado un tanto al advertir la monotonía de las novelas griegas. Los estudios actuales subrayan más bien la estructura peculiar de cada una y las características individuales de sus autores, muy diferentes en su estilo y su personalidad. En este sentido remito a los estudios, ya citados, de T. Hägg, de B. P. Reardon, C. García Gual, y, en su perspec-

Para explicar la monotonía fundamental de los argumentos de las novelas griegas, se han propuesto dos teorías. Para algunos filólogos, como K. Kerényi y R. Merkelbach[9], las novelas repiten el esquema de una ceremonia mistérica de iniciación, y bajo una aparente envoltura profana sus relatos sirven a la propaganda de ciertos cultos (de Isis y de Helios, p. e., en los casos más notorios, los de las novelas de Jenofonte y de Heliodoro; y al de Dioniso en *Dafnis y Cloe*). Esta hipótesis no ha obtenido mucho crédito. Sin embargo, ha servido para subrayar, un tanto exageradamente en el libro de Merkelbach, un hecho que vale la pena tener en cuenta: la tonalidad religiosa de algunos textos novelescos.

La otra hipótesis, expuesta por B. E. Perry (en 1930)[10], supone que se trata sencillamente de que los novelistas aprovechan el éxito de una fórmula de probada aceptación popular. Esta teoría apunta algo que nos parece significativo: la relación peculiar entre la novela y su público. La identificación del lector (o del auditor, puesto que estas obras se leían en alta voz) con el protagonista novelesco resulta un trazo específico de esta literatura romántica, que tiene como función propia la de ofrecer a su público una «ampliación vital», una *Existenzerweiterung*, por decirlo con un término de K. Kerényi. El lector se identifica, por

---

tiva evolucionista, de E. Cizek, *Evolutia romanului antic*, Bucarest, 1970.

[9] K. Kerényi, *Die griechisch-orientalische Romanliteratur in religionsgeschichtlicher Beleuchtung*, Tubinga, 1927 (reimpr., Darmstadt, 1962); R. Merkelbach, *Roman und Mysterium*, Munich-Berlín, 1962. K. Kerényi es mucho más reservado en cuanto al tema, y atiende a la variedad de las novelas en su estudio posterior, *Der antike Roman*, Darmstadt, 1971.

[10] «Chariton and His Romance from a Literary-Historial Point of View», *American Journal of Philology*, 51, 1930, pp. 93-134, reelaborado luego en su ya citado libro de 1967.

un rato, con esos bellos, jóvenes y virtuosos protagonistas —en el fondo muy indefinidos como personas—, que alberga el mito romántico. La novela es popular en el sentido de que no se escribe para una «élite» de doctos, los *pepaideuménoi*, sino para un amplio grupo de lectores[11], para aquellos que se deleitan en su romanticismo, y que tratan de evadirse de su realidad cotidiana, a través de un universo ficticio donde el amor da un sentido a la vida, donde la belleza y la virtud se premian y donde las aventuras acaban bien para los buenos. Entre ese público ávido de lecturas románticas, para el que componen sus relatos los novelistas, hay que destacar la presencia numerosa de muchachos y, además, de mujeres, lectoras y auditoras sensibles de tantas peripecias eróticas. No podemos, desde luego, constatar directamente la existencia de un público femenino en esa época del mundo antiguo. No poseemos estadísticas ni datos sociológicos que puedan indicarnos qué porcentaje de mujeres había entre esa capa de lectores «burgueses» de las novelas. Pero es probable que ese público femenino, que sería distintivo de la novela frente al público de los géneros literarios clásicos, dirigidos a un estamento social masculino, haya fijado su huella en el idealismo de esas historias de amor. Ya Altheim sugería que «la feminidad proporciona la mayor parte de los lectores, y aunque esto no se deja demostrar cuantitativamente, son, no obstante, tendencias femeninas y un gusto femenino las que definen la posición de la novela».

Como apoyo a esta teoría podríamos recordar el progresivo acercamiento de las mujeres a la cultura en

---

11 Sobre la amplitud del público de las novelas. Cf. O. WEINREICH, *Der griechische Roman*, Zurich, 1962 (texto ya publicado en 1950), y C. GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972, cap. II.

época helenística y romana. Sabemos que los poetas romanos, Propercio u Ovidio, p. e., contaban con fieles lectoras. Antonio Diógenes dedicaba su narración novelesca a su hermana, como Diógenes Laercio dedicaba su extensa obra doxográfica a una dama adepta al platonismo, y Filóstrato, a comienzos del siglo III, componía la *Vida de Apolonio de Tiana* para la emperatriz Julia Domna, tan influyente en los círculos intelectuales de su época.

La influencia femenina habrá sido decisiva en la matización de ciertos temas; p. e., en la insistencia en el amor sentimental y casto, y en el énfasis sobre la virginidad de los protagonistas. Al principio se valora la de la mujer; pero luego también la castidad del varón, con acentos casi religiosos. En la concepción idealizante del romanticismo puede detectarse una influencia femenina, y esto no constituye una peculiaridad de la novela antigua. Ese mismo trazo puede encontrarse en las novelas corteses del medievo, en las novelas galantes del barroco, o en las sentimentales del romanticismo europeo, y en los telefilmes para las amas de casa del siglo XX. Como señala J. Cazeneuve: «La obra maestra de la feminización de la felicidad es el haber integrado el amor —o el ideal del amor— entre las preocupaciones fundamentales de la sociedad... Es una de las realizaciones más visibles en la predominancia femenina en la cultura de masas. Se trata del amor reconocido como un deber y un derecho, uno de los pilares de la sabiduría, una de las más nobles conquistas de la humanidad...» [12].

Buscando los antecedentes de este amor romántico, Rohde señalaba algunas escenas de la literatura clásica, del drama, de la lírica o de las novelas cortas recogidas por algunos historiógrafos. Sin embargo, este

[12] Cf. *Bonheur et civilisation*, París, 1966, p. 110.

amor de las novelas tiene unos matices muy distintos al de la pasión destructiva de algunas heroínas euripídeas, y rehuye los extremos y las anomalías. Es el único valor estable en un mundo caótico, fortuito y abstruso. Aunque sus efectos se expresan en la manera convencional, y su irrupción se describe como una enfermedad, no cabe duda que el amor es el sacramento que eleva a los jóvenes a esa condición superior de héroes románticos, y que si les proporciona sufrimientos, también los compensa con creces, dando un nuevo sentido a sus vidas.

En la novela la mujer está en un primer plano y coprotagoniza, con su amante, la trama. A diferencia de las heroínas de Eurípides, no se trata de mujeres terribles o fatales las que merecen este honor. También en eso la novela avanza más allá de la Comedia Nueva. Calírroe, Antía y Cariclea son tan atractivas, o más, como heroínas, que Quéreas, Habrócomes y Teágenes. Es probable que en la Antigüedad las novelas fueran designadas por el nombre de la heroína, es decir, *Calírroe* o *Cariclea* designaban las novelas de Caritón o Heliodoro[13].

Junto al componente erótico, el viaje por comarcas lejanas parece ser otro elemento imprescindible de estas tramas novelescas. Tan sólo falta en una de las novelas antiguas: en la de Longo, donde ha sido sustituido por el decorado bucólico de la prestigiosa campiña de Lesbos. (Puede pensarse que el ambiente pastoril cumple una función similar: invitar al lector al «dépaysement» por un paisaje idílico y un tanto estilizado literariamente). F. Altheim, P. Grimal, B. P. Reardon y otros, han subrayado que el viaje refleja, expresivamente, la soledad en que se albergan los personajes de

[13] Así dice la última línea de Caritón: «Tal es la historia *de Calírroe que he escrito*». *(Tosáde peri Kallirróēs synégrapsa.)*

la novela. Como «forma desarraigada del vivir», el viaje a través de un mundo caótico, con sus naufragios, piratas, bandidos, viudos y viudas apasionadas, juicios peligrosos, tumbas, trampas y torturas, guerras, confusas peregrinaciones, y violencias variadas, proporciona el marco en que los castos y jóvenes amantes sufren una especie de cruel iniciación. El motivo de la falsa muerte se insinúa repetidamente, como en las ceremonias mistéricas, en este rito de pasaje en el que se pone a prueba su fidelidad amorosa. Es característico de estos relatos que los héroes vacilen entre la tumba y la cámara nupcial. El viaje por extraños y salvajes países ofrece ocasiones múltiples de riesgos mortales, y detalles exóticos convenientes a la atmósfera emotiva de las novelas. Y el claroscuro erótico del romanticismo requiere las sorpresas y el «suspense» para conmover a sus cándidos lectores. (Esta función es lo que justifica la recurrencia al viaje en las novelas; no el claro precedente y las posibles influencias historiográficas.)

Se podría discutir si el viaje es un elemento tan esencial como el amor en la constitución de la novela o si, de acuerdo con B. Lavagnini, el relato de aventuras viajeras no es más que un expediente técnico para variar la composición, mientras que sólo la historia de amor definiría a la novela. Preferimos, desde luego, no considerar como novelas propias algunos relatos biográficos un tanto fabulosos, como la *Vida de Apolonio* de Filóstrato o la *Vida de Alejandro* del Ps. Calístenes, o una parodia de la literatura de viajes utópicos, como la *Historia Verdadera* de Luciano [14]. Pero no sólo porque en ellas falta el tema amoroso, sino porque su co-

[14] En cierto modo, como señala J. Bompaire (en su *Lucien écrivain*, París, 1958, p. 674), se trata de «una simple cuestión de vocabulario». También podría adaptarse un contenido más amplio para el género «novela», y dividir ésta entre una especie de «novela de viajes y aventuras» y otra «novela romántica».

hesión con otros géneros literarios parece mucho más evidente que la relación con las novelas románticas, con las que las conexiones son muy generales: el texto de la prosa, la evocación de horizontes exóticos y la ficción. Carecen, además, de esa tonalidad emotiva que, junto a la evocación de un cierto paisaje, caracteriza a la novela.

Los jóvenes amantes no son aventureros ni conquistadores ni espléndidos guerreros (a no ser accidentalmente, como Quéreas, o como Teágenes, al final de sus respectivas novelas); corren el mundo a pesar suyo, y son más bien los héroes pacientes de un torbellino de peripecias desencadenadas por el azar, o la Fortuna. Cuando Caritón dice que va a contarnos un *páthos erōtikón*, puede verse en este rasgo una oposición a la biografía, que cuenta la vida y hechos de grandes personajes, su *bíos* y sus *práxeis*. El héroe novelesco no realiza hazañas, sino que más bien padece avatares fortuitos y trata sólo de escabullirse de tales lances en compañía de su amada. Su virtud se demuestra en su *páthos*, porque también el enamoramiento y el amor es, en la concepción griega, algo que se sufre. El relato comienza con el encuentro de los amantes y concluye con su reencuentro. El resto de su biografía no le interesa al novelista.

3. *Historiografía y novela con decorado histórico*

No vamos a entrar aquí en la cuestión harto debatida de los orígenes de la novela. Basta señalar que, como epígono de una larga tradición literaria, ha sido influenciada por los grandes géneros precedentes: por la epopeya, por el drama (sobre todo por la Comedia Nueva) y por la historiografía; y que, por otra parte, su aparición responde a las necesidades de su público y su

época, como señaló Perry en su crtíica contra Rohde y el enfoque historicista tradicional.

Las primeras novelas de amor —es decir, las más antiguas de las conservadas— evocan una escenografía histórica, enmarcando su ficción romántica en un pasado prestigioso y en una geografía que evoca ciertos recuerdos historiográficos. Como señala K. Kerényi, todo ese marco viene «menos definido por la exactitud de los datos históricos que por la pretensión de una atmósfera histórica». Lavagnini exagera un tanto al decir que es «un carácter común de todas las novelas griegas el ser novelas históricas, en tanto que la acción se proyecta en un pasado no bien caracterizado, pero ideal y lejano», por no matizar la historicidad del escenario novelesco. Bien distinto es, a este respecto, el marco idílico de *Dafnis y Cloe,* el ambiente de las *Efesíacas,* y el de la obra de Caritón. Por otra parte, convendría distinguir entre un tipo de novelas donde el héroe es un famoso personaje histórico, cuya historia juvenil está romantizada al uso de lectores ingenuos, y aquellas en que la conexión de los protagonistas con el gran mundo histórico es sólo tangencial. En el primer grupo, colocaríamos las «novelas» de Nino, de Nectanebo y de Sesoncosis (conocidas fragmentariamente por restos papiráceos); en el segundo, podría figurar *Quéreas y Calírroe,* y más aún las novelas de Jenofonte y de Aquiles Tacio, que se despegan, aburguesadas, de ese trasfondo «histórico», al que regresa la trama de Heliodoro.

Evidentemente, por su forma de larga narración en prosa, referida a un pasado distante, la novela tiene relación con la historiografía, de la que se distingue porque no busca la verdad *(alḗtheia)* de los hechos, sino tan sólo una ficción *(plásma)* de cierta verosimilitud. El emperador Juliano (carta 89 B Bidez-Cumont, escrita hacia el año 365 d. C.) habla de las novelas como «ficciones» compuestas en «forma de historia» o «en el gé-

nero histórico» *(en historías eídei)*. Estrabón distingue sólo dos géneros en la prosa: «la dicción histórica» y «la oratoria» (I 2, 6). Los novelistas griegos son los primeros en definir su tema como una *historía érōtos* (Longo); los bizantinos hablarán de la novela como un *drama historikón*, y como un *mythistórēma*. (Todavía en nuestro siglo XX el término «Historia» figura en el título de numerosas novelas románticas.)

Caritón ha buscado además un ambiente muy definido, en cuanto a reminiscencias históricas, para su relato: la Sicilia de comienzos del siglo IV a. C., donde vive Calírroe, hija de Hermócrates, el estratego que derrotó a los atenienses de Nicias en la guerra del Peloponeso, y una comarca oriental bien descrita por los historiadores clásicos: la zona de Mileto y la Persia de Artajerjes II. Por otra parte, incluso la primera frase de su obra, a modo de proemio mínimo, evoca la historiografía clásica: «Yo, Caritón de Afrodisias, secretario del orador Atenágoras, voy a contar un suceso amoroso que acaeció en Siracusa» y puede compararse con famosos comienzos, como el de la *Historia* de Tucídides: «Tucídides de Atenas refirió por escrito la guerra de los peloponesios y los atenienses.» Pero, frente a la presentación objetiva del historiador, el novelista usa sintomáticamente la primera persona y el verbo futuro *(egṓ... diēgḗsomai)*. Por lo demás, el tema, un *páthos erōtikón*, no es propio de un relato historiográfico; sino que, más bien, evoca un contexto dramático o una posible versión lírica. Es muy curiosa la manera en que Caritón recuerda, en varios pasajes, la victoria de los siracusanos sobre los atenienses, para decirnos, con apasionada ingenuidad, que el pueblo de Siracusa se regocija más con el relato de las románticas aventuras de Quéreas y Calírroe que con el recuerdo de la famosa victoria.

El novelista quiere también ser visto como un epígono de la épica. A tal fin intercala, a lo largo de sus ocho libros, algunos versos homéricos, en no menos de veintisiete pasajes. Con estas citas —a veces expresamente introducidas bajo el nombre de Homero, otras sencillamente mediante la inclusión de los versos en medio de su prosa— Caritón trata de suscitar un eco prestigioso, no sólo de la épica en general, sino de un determinado pasaje de la *Ilíada* o de la *Odisea,* como un contraste de fondo a tal o cual escena de su obra. Así demuestra su cultura poética y resalta la grandeza heroica de sus personajes, parangonables, al respecto, con los de Homero.

La mezcla de prosa y verso, característica de algunos textos helenísticos, generalmente supone cierto carácter popular, en oposición a la estricta separación de estilos en las obras clásicas. Este tipo de composición, denominado *prosimetrum,* no aparece en ningún otro novelista griego. Pero una variante del mismo se encuentra en la *Vida de Alejandro* del Ps. Calístenes, en cuya *recensión A* aparecen versificadas, en trímetros coliámbicos, las escenas de mayor intensidad paética o retórica. También en la versión latina de Historia *Apollonii regis Tyri* quedan restos de «prosímetro», que tal vez remonta a su posible prototipo griego. Y, con una intención paródica peculiar, en dependencia con la tradición satírica, la mezcla de verso y prosa tiene otro exponente en el *Satiricón* de Petronio [15].

4. *Estructura dramática y técnica narrativa*

La novela está divivida en ocho libros. (El mismo número de libros que tiene, p. e., la *Historia* de Tucídides;

---

15 Sobre esto puede verse el claro libro de P. C. WALSH, *The Roman Novel,* Cambridge, 1970, y el más reciente de M. COFFEY, *Roman Satire,* Londres, 1976. (Especialmente en su parte III.)

si bien la extensión de los libros es mucho más breve en el novelista que en el historiador.) Tal división ha de remontar al propio Caritón (cf. Hägg, *o. c.*, p. 252), pues las separaciones entre libros coinciden con momentos interesantes de la acción, y da la sensación que el novelista aprovecha un momento de «suspense» para clausurar un libro, dejando al lector expectante del desarrollo de los nuevos sucesos. (Al modo como el folletín por entregas interrumpe su marcha en un momento álgido con el típico «Continuará en el próximo capítulo».)

La narración se presta a un claro análisis en cinco partes, a la manera de los cinco actos de una pieza teatral, según mostró R. Reitzenstein:

I. Encuentro de los amantes. Boda, separación y aventuras de Calírroe.
II. Aventuras de Quéreas en busca de su esposa.
III. Reencuentro en la corte de Artajerjes en Babilonia.
IV. Aventuras militares de Quéreas.
V. Reencuentro final de los amantes y regreso a Siracusa.

Esta división esquemática ofrece una idea bastante sencilla de la trama y ha sido aceptada por muchos estudiosos, como, p. e., por Perry (*o. c.*, p. 141). (B. P. Reardon, en cambio —*o. c.*, p. 347— prefiere otra: 1) Sucesos en Siracusa (boda, rapto, persecución), 2) Calírroe en Jonia (Dionisio, Mitrídates: desarrollo de la intriga), 3) Debate en Babilonia (= *agón)*, 4) Guerra y resolución un tanto fortuita). Existen en la novela tres escenarios fundamentales: Siracusa, Jonia y Babilonia (y el mundo de la corte persa), cada uno de los cuales confiere una atmósfera propia de la acción.

Recientemente C. W. Müller (*o. c.*, pp. 118-121) ha discutido este análisis en actos por influencia del símil teatral, subrayando que las divisiones más claras de la obra, aparte las marcadas por los libros, se encuentran destacadas por dos recapitulaciones: la de comienzos del libro V, que resume los episodios anteriores, y la del principio del VIII, que anuncia el próximo final feliz. Y se siente atraído por la hipótesis de una primera edición del texto en dos rollos de papiro, cada uno con cuatro libros, con lo que estas cesuras adquieren su pleno valor. Por otra parte, tales recapitulaciones (como, en forma más breve las quejas de los protagonistas, al recordar el ritmo progresivo de sus desgracias) tenían otro papel: el de recordar al lector o auditor los datos de las principales peripecias transcurridas, por si acaso, con lo amplio del relato, aquél necesitara rememorarlos. Sin duda, se leía la novela a retazos, en sesiones de lectura en alta voz, como por entregas. También en Jenofonte de Éfeso encontramos tales recapitulaciones, raras en autores más tardíos. (Como contraste, la complicada trama de Heliodoro requiere unos lectores muy atentos, para no perderse en los vericuetos narrativos.)

Al final de la novela (libro VIII, caps. 7-8), como colofón, encontramos una nueva recapitulación total, exigida a los protagonistas por el pueblo de Siracusa, ávido de conocer hasta el fin sus peripecias románticas. Ese pueblo emocionado, que grita «¡Cuéntalo todo!», para no perderse detalles, que se apretuja en el teatro como para oír una tragedia más viva y actual que las tradicionales, y que festeja más el éxito de la pareja de amantes que sus glorias bélicas, es un elemento sintomático del carácter «aburguesado» de la obra de Caritón. También en la novela de Jenofonte se alude, al final, a un relato de todas las aventuras pasadas, pero en esta son los esposos quienes se hacen mutuamente

el relato en la soledad de la cámara nupcial, como en un eco de escena odiseica *(Od.*, XXIII), cuando Ulises y Penélope, se cuentan sus pasadas penas. El contraste en este punto entre Caritón y Jenofonte, que lo utiliza como modelo, es significativo. Caritón tiene una afición notoria por las escenas de masas, y por las escenas espectaculares. Su escena más lograda —y ante la que el propio novelista no se recata de mostrar un ingenuo entusiasmo— es la del encuentro de Quéreas y Calírroe (con Dionisio, Mitrídates, Artajerjes, etc.) en la corte persa en Babilonia. La aparición efectista de Quéreas, redivivo, tras los discursos tan retóricamente cuidados, con todos sus detalles sentimentales y patéticos, y tras las escenas del viaje de Calírroe hasta allí, ocupa el centro del relato.

Caritón sabe usar y dosificar el «suspense». El lector está prevenido para un desenlace que los protagonistas desconocen. La ignorancia del conjunto afecta a los personajes de la obra, tiñendo de un tono de ironía trágica sus acciones y sus palabras. ¡Cuántas veces lamentan como muerto a alguien vivo y próximo, y cuántas la Fortuna desbarata sus planes! La Fortuna que, como el Amor, es calificada por Caritón de «amante de novedades» *(philókainos)*[16], es junto a Afrodita el principal

---

[16] La Fortuna es *philókainos*, «amante de lo nuevo» (IV 4, 2) y sabe «encontrar la trama de nuevos acontecimientos» (VI 8, 1). También es *philókainos* Eros (IV 7, 7). Este afán por lo nuevo e inesperado es típico de la novela, que pretende intrigar y mantener alerta al lector. El novelista, con la colaboración del Amor y la Fortuna, se ingenia para buscar episodios sorprendentes para compensar la monotonía del esquema argumental del mito romántico, tan convencional en su base última. De ahí esa búsqueda de lo maravilloso, «Suche nach dem Wunder», propia del género, y cada vez más extremada en escritores posteriores. Al afán de novedades *(tó philókainon)* como atractivo de la narración alude Luciano *(Calumnia non tem. cred.* 21), y también Estrabón (I 2, 8); ambos señalan que lo novedoso excita la aten-

motor de la acción, en cuyos irónicos contrastes se complace este autor helenístico.

La narración en prosa aventaja a la presentación escénica en su posible referencia a múltiples escenarios. Ya la épica y la historiografía contaban con esa facultad de evocar variados horizontes, escenas de muchedumbres o coloquios familiares. Pero la novela saca un nuevo partido de esas ventajas, a disposición de un público ávido de distracción sentimental. (La novela griega parece evocar un medio representativo moderno, el cine, como han indicado muchos estudiosos, como Dalmeyda, Haight, Perry, Reardon, etc.).

Caritón, que desea ser considerado epígono de la prestigiosa tradición épica e historiográfica, no pretende una originalidad en la técnica narrativa. La simultaneidad de aciones se resuelve mediante la técnica de relatar primero las andanzas de Calírroe, y luego las de Quéreas, enfocando ya a una, ya a otro, durante largos trechos. (Este es uno de los problemas de la novela griega, que generalmente tiene a los dos protagonistas viajando por separado. Jenofonte lo soluciona cambiando frecuentemente el enfoque de uno a otro, con un brusco zig-zag narrativo, en tanto que Caritón prefiere la narración seguida.) El estilo narrativo de Caritón, aunque no totalmente desprovisto de pretensiones, es sencillo y rápido. Una gran parte del texto está ocupada por el diálogo directo (la proporción exacta es de 44 por 100, según T. Hägg). Y no encontramos en él ni descripciones de objetos (las frecuentes *ekphráseis* de los novelistas retóricos) ni digresiones ni relatos menores intercalados. (Como ya tenemos en Jenofonte) [17]. No faltan

ción de todo el mundo. De ahí la boga en la época de las colecciones de «maravillas» *(parádoxa)*.

[17] Creo posible que en algunas novelas breves, intercaladas en la trama de otras novelas griegas, haya influencias del género mímico, que no existen aún en Caritón, cuyo efectismo es de

en Caritón las escenas de sorprendente efecto, como la aludida del proceso babilónico; o de curiosa novedad, como, p. e., el parlamento de Calírroe dirigido a su hijo no nato; o de toques poéticos sueltos, como la crucifixión de Terón frente al mar, o de claro patetismo, como el ruego de Policarmo de morir junto a su amigo del alma.

Caritón maneja con cierto buen tino las alusiones mitológicas. Con una psicología sencilla y un fino sentimentalismo, con simpatía, el novelista sabe describir bien los caracteres, como destaca J. Helms. (Como rasgo curioso, advertimos que Caritón trata de caracterizar a los esclavos de la novela como personas de carácter más servil que las personas libres, como si la condición social imprimiera un cierto carácter, y que, paralelamente, los personajes de la nobleza —como Dionisio o Artajerjes— se comportan con notoria nobleza moral. Hay una cierta nota filantrópica en el trato, que se ve en la cortesía con que Dionisio se acerca a su esclava recién comprada, o en la manera de acoger a Calírroe la reina Estatira y la bella Rodoguna, y, recíprocamente, en la generosidad con que el victorioso Quéreas y Calírroe tratarán a la reina cautiva, al devolverla con todos los honores a su marido, el soberano persa.

Si Helms ha analizado la pintura de caracteres, T. Hägg ha estudiado minuciosamente la textura narrativa de la novela, contrastándola luego con la de Jenofonte y la de Aquiles Tacio. En comparación con el estilo seco y la exposición apresurada de las *Efesíacas*, la prosa de Caritón resalta por su agilidad y su acentuado dramatismo (muy diferente del amontonamiento de peripecias curiosas a que recurre Jenofonte de Éfe-

---

otro tipo. Cf. C. García Gual, «Apuntes sobre el mimo y la novela griega», en *Anuario de Filología,* I, Barcelona, 1975, pp. 33-41.

so). En comparación con el relato de Aquiles Tacio, Caritón se nos muestra como un narrador amable, sencillo y sentimentalmente ingenuo, sin excesiva malicia y exento de artificios, con una sencillez elegante y precisa.

CARLOS GARCÍA GUAL

BIBLIOGRAFÍA

1. Estudios generales sobre las novelas griegas.

E. Rohde, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1879 (4.ª ed., Hildesheim, 1960).

R. Merkelbach, *Roman und Mysterium*, Munich-Berlín, 1962.

B. E. Perry, *The Ancient Romances. A Literary-historial Account of their Origins*, Berkeley, 1967.

K. Kerényi, *Der griechische Roman*, Darmstadt, 1971.

T. Hägg, *Narrative Technique in Ancient Greek Romances: Studies of Chariton, Xenophon Ephesius and Achilles Tatius*, Estocolmo, 1971.

B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J. C.*, París, 1971. (Págs. 309-405 sobre las novelas.)

C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972.

— «Idea de la novela entre los griegos y romanos», en *Estudios Clásicos*, 74-76, 1975, pp. 111-114.

Los tres libros citados en último lugar indican numerosa bibliografía. Aún más completa es la nota bibliográfica de G. N. Sandy, «Recent Scholarship on the Prose Fiction of Classical Antiquity», en *The Classical World*, 67, 1974, pp. 321-358. (Recoge los estudios publicados entre 1950 y 1970, y algunos posteriores, con un total de 273 títulos reseñados.)

2. Sobre Caritón:

B. E. Perry, «Chariton and His Romance from a Literary-Historial Point of View», en *Am. Journal of Philology*, 51, 1930, pp. 93-134.

R. Petri, *Ueber den Roman des Chariton*, Meisenheim am Glan, 1963.

J. HELMS, *Character Portrayal in the Romance of Chariton*, La Haya-París, 1966.
A. P. PAPANIKOLAOU, *Chariton - Studien*, Gotinga, 1973.
T. HÄGG, «Some technical aspects of the characterization in Chariton's romance», en *Studii clas. in on. di Q. Cataudella*, II, pp. 545-556, Catania, 1972. (Publ. en 1975.)
C. W. MÜLLER, «Chariton von Aphrodisias und die Theorie des Romans in der Antike», *Ant. und Abendland*, XXII, 1976, pp. 115-36.
K. PLEPELITS, Introducción a su traducción alemana de *Chariton von Aphrodisias, Kallirhoe*, Stuttgart, 1976, pp. 1-32.
J. BOMPAIRE, «Le décor sicilien dans le roman grec», *R.E.G.*, XC, 1977, pp. 55-68.

3. TRADUCCIONES.

La *editio princeps* publicada en Amsterdam en 1750 por JACOBUS P. D'ORVILLE iba acompañada de una traducción latina hecha por J. J. REISKE. Sólo tres años después apareció la primera traducción a una lengua moderna: la alemana de CH. G. HEYNE (*Liebesgeschichte des Chäreas und der Kallirrhoe*, Leipzig, 1753). Entre las versiones importantes en nuestro siglo ya conviene citar las de A. CALDERINI al italiano (Turín, 1918), W. E. BLAKE (Michigan, 1939) al inglés, P. GRIMAL al francés (París, 1958) —de la que depende, sin confesarlo, la castellana publ. por J. BERGUA en Madrid, 1962— y K. PLEPELITS al alemán (Stuttgart, 1976).

4. Para la presente versión se ha seguido el texto griego editado críticamente por BLAKE, *Charitonis Aphrodišiensis De Chaerea et Callirhoe amatoriarum narrationum libri octo*, Oxford, 1938.

Aunque algunos otros estudiosos, como ZIMMERMAN, REARDON y PAPANIKOLAOU, han estado preparando otras ediciones críticas del texto griego, no han publicado todavía ninguna de ellas. También en los catálogos recientes de la col. francesa de «Les Belles Lettres» se anuncia un volumen bilingüe sobre nuestro autor a cargo de G. MOLINIÉ. Esperamos, pues, la aparición de cualquier edición que permita a los filólogos clásicos reemplazar el texto, bien cuidado, pero difícil de hallar por su fecha de publicación de W. E. BLAKE.

LIBRO PRIMERO

Yo, Caritón de Afrodisias, secretario del orador Atenágoras, voy a contar una historia de amor que tuvo lugar en Siracusa. 1

Hermócrates, el estratego[1] siracusano que había derrotado a los atenienses[2], tenía una hija de nombre Calírroe, muchacha admirable y ornato de toda Sicilia, 2
pues era su belleza no humana, sino divina, y no la propia de una Nereida o una Ninfa de las montañas, sino la de la misma Afrodita Virgen.

La fama de su extraordinaria hermosura se extendía por todas partes, y a Siracusa afluían los pretendientes, reyes e hijos de tiranos; no sólo de Sicilia, sino incluso de Italia y del Epiro y de los pueblos del continente. Pero Eros quiso unirla en yugo insoluble a un 3
simple particular.

Había en efecto un muchacho, Quéreas, de hermosa apariencia, que a todos era superior, tal como muestran

---

1 El estratego, jefe supremo del ejército o la flota, era un alto funcionario que tenía también competencias civiles. En Atenas, desde Clístenes, había diez estrategos, nombrados cada año, que formaban un colegio bajo la dirección del Polemarco.

2 Se trata de la batalla del 414 a. C., en que Siracusa venció a la flota ateniense, asestando con ello un duro golpe al poderío de esta ciudad, y provocando su derrota final en la guerra del Peloponeso.

los escultores y escritores a Aquiles y Niseo, y a Hipólito y Alcibíades[3]. Su padre Aristón era el segundo en Siracusa, tras Hermócrates, y había entre ellos una cierta enemistad política, de suerte que se hubieran aliado
4 por matrimonio a cualquiera antes que uno a otro. Pero Eros es amante de la lucha y se complace en los éxitos inesperados; y buscó una ocasión como la que sigue.

Era la fiesta pública de Afrodita y casi todas las mu-
5 jeres salieron al templo. Aquel día llevó su madre a Calírroe, que hasta entonces no había ido, por haber ordenado su padre que fuesen a prosternarse ante la diosa. Y en ese momento volvía Quéreas del gimnasio a casa, radiante como una estrella, pues resplandecía sobre su rostro brillante el rubor de la palestra como
6 el oro sobre la plata. Por azar se encontraron frente a frente en un recodo estrecho, pues el dios había dispuesto el encuentro para que cada uno pudiese contemplar bien al otro; y al punto se produjeron uno en otro un sentimiento de amor, ya que en ambos iban juntas la belleza y la nobleza de linaje.

7 Quéreas, tras la herida, volvió a casa con gran dificultad, al igual que un guerrero valeroso herido mortalmente en combate, que se avergüenza de caer, pero no puede mantenerse en pie. La muchacha, por su parte, se arrojó a los pies de Afrodita y besándoselos dijo:

---

[3] Estos cuatro nombres, sacados de la mitología y la historia griega, representan el paradigma de la belleza del varón. Aquiles es el héroe de la guerra de Troya. Niseo, hijo de la ninfa Aglae, fue uno de los pretendientes de Helena y murió también en esta guerra. Hipólito es el bellísimo hijo de Teseo y la amazona Melanipa, que, solicitado por su madrastra Fedra, la rechaza y muere por su venganza. Su historia fue contada en una tragedia de Eurípides.

De Alcibíades, el político ateniense de la segunda mitad del siglo v, se dice que era tan guapo que era igualmente atractivo para hombres y mujeres.

—Tú, oh Señora, concédeme a ese varón que me has mostrado.

Cayó sobre ellos una noche terrible, pues el fuego 8
los inflamaba. Pero más terriblemente sufría la muchacha a causa de su silencio, ya que sentía pudor de delatarse.

Quéreas, por su parte, joven bien nacido y de noble alma, al ver consumirse ya su cuerpo, se atrevió a decir a sus padres que estaba enamorado, y que no viviría
si no conseguía casarse con Calírroe. Su padre, al oírlo, 9
se puso a gemir y dijo:

—Estás perdido para mí, hijo, pues es evidente que Hermócrates no te dará jamás a su hija, teniendo tantos pretendientes ricos, e incluso reyes. Y no debes siquiera intentarlo, para que no seamos públicamente injuriados.

El padre trataba de consolar a su hijo, pero a él se le agravaba la enfermedad, hasta el punto de que ya no iba a sus ocupaciones acostumbradas.

El gimnasio añoraba a Quéreas y estaba como vacío, 10
pues los jóvenes le adoraban. Y así, informándose, se enteraron de la causa de la enfermedad, y todos se compadecieron del hermoso muchacho que corría peligro de perecer por el sufrimiento de su noble alma.

Tuvo lugar la asamblea ordinaria[4], y el pueblo, una 11
vez reunido, lo primero y lo único que gritó fue esto:

—Noble Hermócrates, gran estratego, salva a Quéreas; eso será el mejor de tus trofeos. La ciudad te solicita hoy las bodas, ya que son dignos uno del otro.

---

[4] La *Ecclesía* era la Asamblea de todos los ciudadanos varones de una *polis*, que tenía el máximo poder legislativo en todos los asuntos públicos. Debía reunirse un número determinado de veces al año, aparte de las ocasiones en que una circunstancia especial (por ejemplo, la guerra) exigía una convocatoria extraordinaria. Las decisiones se tomaban por votación.

12 ¿Quién podría describir aquella asamblea, en la que Eros actuaba como líder? Hermócrates, hombre amante de su patria, no pudo oponerse a lo que la ciudad le pedía. Y, al inclinar él la cabeza asintiendo, todo el pueblo salió del teatro, y los más jóvenes fueron a casa de Quéreas, mientras el Consejo[5] y los arcontes[6] acom-
13 pañaban a Hermócrates; y se presentaron también las mujeres de Siracusa, que debían acompañar a la novia a casa del nuevo marido.

Se cantaba el himeneo[7] por toda la ciudad, las calles estaban llenas de coronas y antorchas y las puertas inundadas de vino y perfumes: aquel día transcurrió para los siracusanos más agradablemente que el del aniversario de la victoria.

14 La muchacha, que nada de esto sabía, estaba tendida en su lecho cubierta con un velo, llorando y guardando silencio, y la nodriza, acercándose a su lecho, le dijo:

—Hija, levántate, pues ha llegado el día más deseado por todas nosotras. Toda la ciudad va a acompañar el cortejo de tus bodas.

---

[5] La *Boulê* o Consejo era el órgano ejecutivo en que la *Ecclesía* delegaba parte de sus poderes, por la dificultad de regir todos los asuntos de la ciudad mediante la democracia directa. La constitución de este Consejo era distinta en cada *polis*. En Atenas se elegían por suertes sus miembros entre los ciudadanos de cada *dêmos*.

[6] Los *árchontes* eran los magistrados que desempeñaban en el régimen democrático las funciones ejecutivas que antes se concentraban en el rey. Eran elegidos cada año, de manera diferente en cada *polis*, y sus funciones eran también diferentes en cada una.

[7] En el rito de la boda, la novia era llevada a casa del novio en un carruaje, sentada entre el novio y un amigo de éste, y acompañada por un cortejo de hombres y mujeres, coronados de flores y con antorchas, que entonaban las canciones de boda *(himeneo)*.

Y entonces a ella se le desataron las rodillas y el corazón[8], pues no sabía con quién iba a casarse. Se quedó al punto sin voz y las tinieblas le inundaron los ojos, y poco faltó para que expirara; pero eso a los que la veían les pareció pudor.

Después que las criadas la hubieron adornado, la 15
multitud quedó a la puerta; y entonces los padres condujeron al novio ante la muchacha. Quéreas, corriendo a ella, la besó, y a Calírroe, al reconocer a su amado, le ocurrió lo que a la luz de la lámpara que ya se va extinguiendo, que al echarle aceite vuelve de nuevo a brillar y se hace mayor y más fuerte. Así, cuando salió 16
ante el público, toda la multitud se estremeció, como cuando se yergue Ártemis en plena soledad ante unos cazadores. Y muchos de los presentes incluso se posternaron.

Tal cuentan los poetas que fue la boda de Tetis en el Pelión, excepto que también aquí se encontró un dios envidioso, como allí dicen que fue Eris[9].

En efecto, sus pretendientes, privados así del matri- 2
monio, experimentaron pena mezclada con cólera, y ellos, que hasta entonces luchaban unos contra otros, se pusieron entonces de acuerdo; y, por este acuerdo, ya que creían que habían sido ofendidos, se reunieron a deliberar en común. Y fue la Envidia quien los enroló para la guerra contra Quéreas.

El primero en levantarse fue un joven italiano, hijo 2
del tirano de Regio[10], que habló así:

---

[8] *Il.* XXI, 114.

[9] Tetis, una de las hijas de Nereo, el viejo dios del mar, se unió en matrimonio a un mortal, Peleo, y de este matrimonio nació Aquiles, el héroe de la guerra de Troya, que, según el oráculo, había de ser mejor que su padre. Eris es la Discordia.

[10] Ciudad situada en la costa de Italia, en el estrecho entre ésta y Sicilia, en lugar preeminente.

—Si fuera alguno de nosotros el que se hubiera casado
no me irritaría, pues, lo mismo que en los certámenes
gimnásticos, tiene que ser uno de los participantes el
que venza. Pero como nos ha ganado uno que ningún
trabajo ha pasado para conseguir la boda, no puedo
3 soportar tal ofensa. Pues nosotros nos consumimos pa-
sando la noche a las puertas de su casa, halagando a sus
nodrizas y criadas, y enviando regalos a sus ayos. ¿Du-
rante cuánto tiempo sufrimos esclavitud? Y, lo que es
peor de todo, que por ser rivales en amor nos odiába-
mos unos a otros. Pero este puto miserable, que no es
mejor que ninguno de nosotros, ha conseguido sin es-
fuerzo la corona [11], pese a ser reyes quienes competía-
4 mos. Pero que sea para él vano el premio. Convirtamos
la boda en muerte para el novio.

Todos aprobaron sus palabras, y el único que le con-
tradijo fue el tirano de los acragantinos [12]:

—No es por simpatía hacia Quéreas, dijo, por lo que
rechazo vuestra decisión, sino por un cálculo más pru-
dente. Recordad, en efecto, que Hermócrates no es un
hombre al que se pueda desdeñar fácilmente, de suerte
que nos es imposible dar la batalla contra él abierta-
mente, y en cambio nos es más fácil darla mediante al-
5 guna artimaña. Pues, en efecto, también la tiranía la
obtenemos más por la astucia que por la fuerza. Ele-
gidme a mí estratego para la guerra contra Quéreas,
y yo os aseguro que haré deshacerse el matrimonio, pues
armaré contra él a los Celos, que, tomando como aliado
6 al Amor, realizarán un enorme daño. Calírroe es una
mujer íntegra y sin experiencia de sospecha maligna,

---

[11] La corona era el premio de los certámenes atléticos. Caritón sigue aquí la metáfora de una competición gimnástica.

[12] Acragante (Agrigento) era otra importante ciudad de Sicilia, situada en la costa del S.O. y también colonia doria, como Siracusa.

pero Quéreas, como educado en los gimnasios y no precisamente inexperto en lo tocante a las faltas juveniles, puede fácilmente concebir sospechas y caer en los celos, tan propios de la juventud. Y además es más fácil acercarse a él y hablarle.

Todos, mientras estaba él aún hablando, votaron a favor de su idea, y dejaron en sus manos el asunto, considerándole hombre capaz de urdir todo tipo de intrigas. Y él puso en marcha ya su plan.

Era ya de noche, y llegó un mensajero a anunciar que 3
Aristón, el padre de Quéreas, se había caído de una
escalera en el campo y tenía muy pocas esperanzas de
sobrevivir. Y Quéreas, al oír esto, aunque realmente
amaba a su padre, se entristeció, sin embargo, más aún
porque tenía que partir solo, pues no era posible hacer
salir ya a la muchacha[13].

En esa noche nadie se atrevió a dar una serenata[14] 2
abiertamente, pero yendo allí ocultamente y sin ser
vistos dejaron, sin ruido, señales de una comitiva: adornaron con guirnaldas las puertas, las rociaron con perfumes, vertieron vino hasta hacer fango con él y tiraron antorchas a medio consumir.

Alumbró el día, y todo el que pasaba se detenía con 3
un común sentimiento de curiosidad. Quéreas, al estar
ya su padre mejor, se apresuró a volver con su mujer,
y al ver la multitud ante sus puertas, al principio se
asombró, pero en cuanto conoció la causa se precipitó
dentro fuera de sí; y, encontrando la cámara nupcial 4
cerrada, la golpeó violentamente.

---

13 Tras la boda, la esposa permanecía encerrada en el gineceo, pues era costumbre que durante cierto tiempo no se mostrase en público.

14 Después de un banquete, los jóvenes solían ir en cortejo a las puertas de la mujer cuyos favores esperaban. Naturalmente, tal cosa sólo se hacía de ordinario con las cortesanas.

Y cuando la esclava le abrió, al encontrarse de pronto
frente a Calírroe, cambió su cólera en dolor, y desga-
rrándose los vestidos se echó a llorar, y al preguntarle
ella qué le ocurría se quedó sin voz, incapaz de no creer
5 lo que había visto, ni de creer lo que no quería. Y mien-
tras él estaba confuso y temblando, la mujer, que nada
de lo ocurido sospechaba, le suplicaba que le dijera la
causa de su cólera, y él, con los ojos inyectados en
sangre y voz enronquecida, dijo:

—Lloro mi propia suerte, ya que tan pronto me has olvidado.

Y le reprochó la serenata.

6 Pero ella, como hija de un estratego, llena de orgullo, se irritó por tan injusta acusación, y dijo:

—Nadie me dio una serenata en casa de mi padre. Son tus umbrales los acostumbrados a los cortejos, y el que te hayas casado ha entristecido a tus amantes.

Después de decir esto se dio la vuelta, y cubriéndose con el velo abrió las fuentes de su llanto.

7 Fáciles son las reconciliaciones de los amantes, y con gusto aceptan todo tipo de excusas. Así pues, Quéreas, cambiando de humor, comenzó a adularla y la mujer acogió pronto con caricias su arrepentimiento.

Este suceso inflamó con más fuerza su amor, y los padres de ambos se consideraban felices al ver la concordia de sus hijos.

4 Pero el acragantino, al fracasar su primera artimaña, maquinó para el futuro una más eficaz, y preparó lo siguiente:

Conocía él a un parásito con mucha labia y lleno de
todo tipo de encantos para las relaciones públicas. A
éste le ordenó que fingiese amor y se hiciera amante de
la favorita de Calírroe, la más querida entre todas sus
2 criadas. Él lo hizo con dificultad, y solamente consiguió
seducirla con grandes regalos y diciéndole que se iba

a matar si no conseguía su deseo. Pues la mujer es fácil de engañar cuando se cree amada.

Una vez preparado ya esto, el organizador del drama encontró otro actor, no de tanto encanto, pero astuto
y que sabía inducir confianza con sus palabras. Y des- 3
pués de enseñarle lo que debía hacer y decir, envió este desconocido a Quéreas, y él, acercándosele cuando paseaba en torno a la palestra, le dijo:

—También yo tenía un hijo, Quéreas, de tu misma edad, que te admiraba y amaba sobremanera cuando vivía. Y como él ha muerto te considero a ti como mi hijo, pues *tu felicidad es un bien común a toda Sici-*
lia[15]. Concédeme, pues, un instante ahora que no estás 4
ocupado, y escucha un asunto tan importante, que atañe a toda tu vida.

Aquel hombre abominable, habiendo puesto en conmoción con estas palabras el alma del muchacho, y habiéndole llenado de esperanza, miedo y curiosidad, al pedirle él que hablara se mostraba remiso, y pretextaba que no era ése el momento adecuado, y que era preciso retrasarlo y buscar una ocasión en que dispusieran de
más tiempo libre. Más le instaba entonces Quéreas, es- 5
perando ya algo más grave; y él, tomándole de la mano, lo llevó a un lugar solitario, y luego, frunciendo las cejas, y tomando el aspecto de quien está triste, e incluso medio llorando dijo:

—Mal de mi grado, Quéreas, te revelo un triste asunto que he ido dilatando, pues ya hace tiempo que quería hablarte. Pero puesto que ya es pública tu afrenta y se murmura por todas partes esa indignidad, no puedo seguir callando, pues soy un hombre que detesta por naturaleza la maldad y que te aprecia extraordinariamente.
Sabe, pues, que tu mujer te es infiel, y, para que me 6

---

15 Cita de Menandro (Estobeo, *Florilegio* 43, 25).

creas, estoy dispuesto a mostrarte «in fraganti» el adulterio.

Así dijo; y a él una nube negra de dolor le cubrió, y tomando con ambas manos ceniza ennegrecida por el fuego la derramó sobre su cabeza y afeó su hermoso rostro[16].

7 Durante mucho tiempo estuvo estupefacto, sin poder ni abrir la boca ni levantar los ojos, y cuando por fin recuperó la voz, no la suya de siempre, sino otra más débil, dijo:

—Un triste favor te pido, que me hagas ser testigo ocular de mi propia desgracia. Vamos, muéstramelo, para que con bien fundada razón me quite la vida. Pues a Calírroe, aún culpable, no la dañaré.

8 —Haz —le contestó— como si fueras al campo, y bien entrada la noche vigila la entrada; entonces verás entrar al amante.

Convinieron en esto, y Quéreas, enviando un mensajero (pues no consintió ni en volver en persona) mandó decir «me voy al campo». Y el malvado y calumniador preparó la escena.

9 Llegada la noche, el uno se puso al acecho, y el otro, el que había seducido a la favorita de Calírroe, fue a situarse en una callejuela, interpretando el papel del que se propone realizar algo clandestino, pero poniendo todos los medios posibles para no pasar desapercibido: tenía el cabello abrillantado y sus bucles expandían olor a perfumes, los ojos subrayados por un trazo de pintura, un manto lujoso, sandalias finamente trabajadas, y lanzaban destellos sus enormes sortijas. Luego, tras mirar alrededor muchas veces, se acercó, y golpeando
10 ligeramente la puerta hizo la señal acostumbrada. La criada, ella también llena de miedo, abriendo una rendija y tomándole de la mano, le hizo entrar.

16 *Il.* XVIII, 22-24.

Al ver esto Quéreas no se contuvo más, sino que corrió adentro para coger in fraganti al adúltero. Pero él, 11
ocultándose junto a la puerta del patio, salió rápidamente.

Calírroe, por su parte, estaba sentada en el lecho echando de menos a Quéreas sin tener encendida lámpara alguna por la pena. Al producirse un ruido de pasos reconoció inmediatamente a su marido por el modo de respirar y corrió hacia él llena de alegría. Pero él no tenía ni voz para hacerle reproches, y domi- 12
nado por la cólera le dio una patada cuando se le acercó. Y habiéndole alcanzado el pie justamente en el diafragma, quedó privada de respiración, derribada en el suelo, y las criadas, levantándola, la tendieron en el lecho.

Así pues, Calírroe yacía sin voz y sin respiración, 5
pareciéndoles a todos la imagen de una muerta, y la Fama, mensajera del suceso, atravesó toda la ciudad, levantando gemidos por las callejuelas de la ciudad hasta el mar. Por todas partes se oían cantos fúnebres, y la situación era la misma que si hubiesen tomado la ciudad.

Quéreas, hirviendo aún en cólera, encerrándose en su cámara, interrogó durante toda la noche a las criadas, y en primero y último lugar a la favorita. Finalmente, 2
al torturarlas con el fuego y el látigo, se enteró de la verdad, y entonces sintió compasión de la muerta y deseó matarse a sí mismo; pero se lo impidió Policarmo, excelente amigo, tal como cuenta Homero que fue Patroclo de Aquiles.

Al llegar el día, los arcontes designaron por suertes[17] el tribunal para el asesino, apresurando el juicio por consideración a Hermócrates. Pero también el pueblo 3

---

[17] Los miembros que debían formar parte de los tribunales de justicia se elegían por sorteo entre los ciudadanos de pleno derecho.

entero corrió a reunirse en el ágora, gritando cada uno cosas distintas; y se captaban al pueblo los pretendientes rechazados, y sobre todo el acragantino, brillante y orgulloso, como quien ha realizado una obra que nadie esperaba.

4 Pero ocurrió un hecho extraño y que nunca se había dado en un tribunal: después de hablar la acusación, el asesino, al empezar a medirse para él el agua[18], en lugar de hacer su propia defensa se acusó con más fuerza, y aportó él el primero el voto de condena, no diciendo nada de lo que era justo para su defensa, ni la calumnia, ni los celos, ni lo involuntario de su acto, sino que les pidió a todos:

—Lapidadme públicamente, pues yo quité al pueblo
5 su corona. Es algo humanitario el que me entreguéis al
verdugo. Convenía que sufriera eso incluso si hubiera
matado a una esclava de Hermócrates. Buscad una forma indecible de castigo. He hecho algo peor que los ladrones de templos y los parricidas. No me enterréis, no manchéis la tierra, sino arrojad al mar este cuerpo impío.

6 Al decir esto prorrumpieron en gemidos, y todos, olvidando a la muerta, se dolieron por el vivo. Hermócrates fue el primero en defender a Quéreas.

—Yo —dijo— sé que lo ocurrido fue involuntario. Y estoy viendo a los que han conspirado contra nosotros. Pero no tendrán el placer de conseguir dos cadáveres, ni entristeceré a mi hija muerta. Yo le oí decir muchas veces que prefería que Quéreas viviera antes que vivir ella misma. Dejando, pues, este juicio inútil, volvamos a lo necesario, el entierro. No entreguemos al tiempo a

18 A cada contendiente en un juicio se le concedía, para defender su punto de vista, un tiempo limitado, que se medía mediante el reloj de agua o clepsidra. Tal tiempo no podía sobrepasar la medida de una clepsidra.

la muerta, ni dejemos su cuerpo sin belleza por la tardanza. Enterremos a Calírroe mientras aún es bella.

Los jueces dieron voto de absolución, pero Quéreas 6
no se absolvió a sí mismo, sino que deseaba la muerte e ideaba todos los caminos posibles para su fin. Y Policarmo, viendo que no había otro modo de salvarle, le dijo:

—¡Traidor a la muerta!, ¿no esperarás a enterrar a Calírroe? ¿Confiarás su cuerpo a manos ajenas? Ahora es para ti el momento de ocuparte de la magnificencia de los funerales y procurarle un cortejo fúnebre digno de una reina.

Este argumento le convenció, pues le infundió amor 2
propio y un objeto de preocupación.

¿Quién podría describir dignamente aquel cortejo fúnebre. Yacía Calírroe envuelta en sus vestidos de boda sobre un lecho recubierto de oro, tan bella y majestuosa que todos la comparaban a Ariadna [19] dormida. Iban de- 3
lante del lecho en primer lugar los jinetes siracusanos, de gala ellos y sus caballos, tras ellos los hoplitas [20], que llevaban las insignias de los trofeos de Hermócrates, y luego el Consejo y en medio el pueblo, todos dando escolta a Hermócrates.

Era llevado también Aristón, aún enfermo, llamando a Calírroe hija y señora. Después de ellos las mujeres de los ciudadanos vestidas de negro, y luego el tesoro 4
de los funerales, propio de un rey: en primer lugar el

---

[19] Ariadna es la hija de Minos, rey de Creta, que, enamorada de Teseo, le proporcionó los medios para vencer al Minotauro y salir del Laberinto, y huyó con él. Pero en una escala en la isla de Naxos, antes de llegar a Atenas, éste la abandonó dormida en la orilla, y allí la encontró el dios Dioniso (Baco), que se casó con ella y la llevó al Olimpo.

[20] Los hoplitas eran la infantería pesada de los griegos, formada por los ciudadanos de pleno derecho. Sus armas se componían de lanza, espada, escudo, yelmo, coraza y grebas.

oro y la plata de la dote, la belleza y el lujo de los vestidos (y Hermócrates añadió también muchas cosas de su botín de guerra), regalos de sus parientes y amigos. Y en último lugar seguía la fortuna de Quéreas, pues deseaba, si le fuera posible, quemar su hacienda junta-
5 mente con su mujer. Llevaban el lecho los efebos de Siracusa, y le seguía la multitud, y aunque todos se iban lamentando, se oía sobre todo a Quéreas.

Estaba la tumba magnífica de Hermócrates cerca del mar, de suerte que era visible incluso para los que navegaban de lejos, y a ésta, como a un tesoro[21], la llenó la magnificencia del entierro. Pero lo que parecía para honor de la muerta impulsó el inicio de grandes acontecimientos.

7 Había, en efecto, un tal Terón, hombre perverso, que navegaba por el mar con intención injusta, y tenía un equipo de ladrones que se mantenían anclados al acecho contra los puertos, con pretexto de dedicarse al transporte, componiendo una banda de piratas. Éste se encontró con el cortejo funerario y puso con ambición su mirada en el oro, y de noche, acostado en su lecho, no dormía, diciéndose a sí mismo:

—¿Entonces yo me arriesgo combatiendo en el mar y matando a vivos por un botín pequeño, cuando me es posible enriquecerme a costa de una simple muerta?
2 ¡Que juegue la suerte! No dejaré escapar esta ganancia. Y, ¿a quiénes reclutaré para este golpe? Mira, Terón, quién es el más adecuado de los que conoces. ¿Cenófanes el de Turio?, es listo pero cobarde. ¿Menón el Mesenio?, es audaz pero traidor.

---

[21] *Thesaurós* se llamaba antiguamente al lugar donde se guardaba algo, y al mismo tiempo a lo guardado. En los templos es la dependencia en que se acumulaban las riquezas procedentes de las ofrendas y el culto.

Y recorriéndolos uno a uno en su pensamiento como 3
quien prueba la plata, después de excluir a muchos,
encontró a algunos que le parecieron bastante adecua-
dos. Y en consecuencia, corriendo al puerto al despuntar
la aurora fue buscando a cada uno de ellos, y a algunos
los encontró en los prostíbulos, y a otros en tabernas,
ejército adecuado para tal estratego. Y diciendo que 4
había algo que tenía que comentar con ellos, se los llevó
detrás del puerto y empezó diciendo:

—Yo, que he encontrado un tesoro, os he elegido como
socios a vosotros entre todos; pues no es ganancia para
uno solo ni exige demasiado esfuerzo, sino que una sola
noche puede hacernos ricos a todos. Y no nos falta expe- 5
riencia en tales empresas, que producen repugnancia
entre los hombres estúpidos, pero utilidad a los sensatos.

Al punto se dieron cuenta de que les proponía o piratería o violación de tumbas o profanación de un templo, y dijeron:

—Deja de intentar persuadir a quienes ya están convencidos, y revélanos simplemente el asunto, pues no desaprovecharemos la ocasión.

Entonces Terón tomando la palabra de nuevo dijo: 6

—Habéis visto el oro y la plata de la muerta. Sería más justo que ése fuera nuestro, ya que nosotros estamos vivos. Soy de la opinión de que abramos de noche la tumba y luego, metiéndonos en la nave y navegando a donde nos lleve el viento, vendamos nuestra carga en tierra extranjera.

El plan les gustó.

—Así pues, ahora —siguió Terón— dedicaos a vuestras ocupaciones acostumbradas. Y cuando esté ya entrada la noche, que baje cada uno al navío llevando herramientas de albañil.

Éstos hicieron lo dicho. Y respecto a Calírroe, estaba 8
experimentando un nuevo y más extraño nacimiento.
Habiéndose producido por la falta de alimento una cier-

ta relajación en la respiración, que le faltaba hasta en-
tonces, *comenzó a respirar penosamente* y poco a poco.
Luego comenzó a mover su cuerpo miembro a miembro,
y al abrir los ojos recobró la consciencia como si salie-
ra del sueño, y llamó a Quéreas creyendo que dormía
2 a su lado. Y como no le oían ni su marido ni las criadas,
y todo era soledad y tiniebla, el escalofrío y el temblor
se apoderaron de la joven, aunque aún no era capaz de
alcanzar la verdad con su razón.

Al levantarse penosamente, tocó coronas y cintillas,
y produjo ruido de oro y plata, y había un gran olor
3 a plantas aromáticas. Entonces se acordó de la patada
y de la caída por ella producida, y con dificultad y an-
gustia reconoció aquello como una tumba. Y empezó
a gritar cuanto pudo «¡Estoy viva!» y «¡Ayudadme!».
Y como después de haber gritado muchas veces no ocu-
rrió nada, desesperó ya de la salvación, y apoyando la
cabeza en las rodillas se lamentaba diciendo:

—¡Ay de mí, desdichada!, estoy enterrada viva sin
haber delinquido en nada y voy a morir de una muerte
4 larga. Y me lloran a mí que estoy sana y salva. ¿Y qué
mensajero enviará qué mensaje? Criminal Quéreas, no
te hago reproches porque me hayas matado, sino porque
te apresuraste a sacarme de casa. No era preciso que
enterraras tan rápidamente a Calírroe ni aunque hubie-
ra estado muerta de verdad. Pero quizá sea que ya
ahora mismo estás pensando en un nuevo matrimonio.

9 Ella estaba en tales lamentaciones. Y, entre tanto,
Terón, después de esperar justo hasta la medianoche,
se acercaba sin ruido a la tumba, avanzando con sua-
vidad sobre el mar con los remos. Y desembarcando
él el primero dispuso a su tripulación de esta manera:
2 —A cuatro los envió a un puesto de vigilancia, orde-
nándoles que si alguien se acercaba al lugar lo mata-
ran si podían, y si no, avisaran de su llegada mediante
una señal convenida, y él mismo con otros cuatro se

acercó a la tumba. A los demás (pues eran en total dieciséis) les ordenó que se quedaran en la barca y que tuviesen los remos preparados para que, si ocurriera algo de improviso, pudieran alejarse navegando rápidamente después de recoger a los de tierra.

Cuando se aplicaron a forzar la puerta de la tumba 3
con palancas y golpes muy fuertes, se apoderaron de Calírroe miedo, alegría, preocupación, asombro, esperanza, incredulidad, todo a la vez.

—¿De dónde viene el ruido? ¿Acaso es un espíritu que se presenta contra mí según la ley común a los mortales? ¿O no es esto un ruido, sino la voz de los de abajo que me llaman a ellos? Es más lógico que sean profanadores de tumbas. Entonces eso se sumará a mis desgracias. ¡Oh riqueza inútil para un cadáver!

Mientras ella estaba aún pensando estas cosas, metió 4
la cabeza un ladrón y al poco rato entró. Calírroe, entonces, se lanzó hacia él, queriendo suplicarle; pero aquél, aterrorizado, salió de un salto y tembloroso dijo a sus compañeros:

—¡Huyamos de aquí, pues un espíritu custodia lo de dentro y no nos deja entrar!

Terón se echó a reír, llamándole cobarde y más ca- 5
dáver que la muerta. Luego mandó entrar a otro. Pero como nadie se atrevió, entró él mismo, llevando por delante la espada. Ante el brillo del hierro Calírroe, atemorizada, no habló, se tendió en un rincón y desde allí suplicaba emitiendo una débil voz:

—¡Compadécete, quienquiera que seas, de quien no tuvieron compasión ni su marido ni sus padres! ¡No mates a la que has salvado!

Cobró ánimos Terón, y como hombre listo comprendió 6
la verdad. Se quedó pensativo, y en un primer momento pensó en matar a la mujer, considerando que iba a ser un obstáculo para todo el asunto, pero inmediatamente cambió de idea por la ganancia y dijo para sí:

—¡Que sea también ella parte del tesoro de la tumba! Hay aquí mucha plata y mucho oro, pero de más precio que todo esto es la belleza de la mujer.

7 Así pues, cogiéndola de la mano, la sacó fuera, y luego, llamando a su cómplice, le dijo:

—He aquí el espíritu al que tuviste miedo. ¡Bonito ladrón que se asusta incluso de una mujer! Tú guárdala, pues quiero devolverla a sus padres. Nosotros llevémonos lo que hay dentro ahora que ya no lo guarda la muerta.

10 Una vez que metieron en la nave el botín, Terón or-
denó al guardián que se alejara un poco con la mujer,
2 y luego celebró consejo sobre ella. Y hubo opiniones
distintas y opuestas a otras. El primero en hablar dijo:

—Habíamos venido por otras cosas, oh camaradas, pero nos ha ocurrido lo mejor, deparado por la Fortuna. Aprovechémoslo, pues podemos hacerlo sin peligro. Mi opinión es dejar en tierra el tesoro funerario y devolver a Calírroe a su marido y a su padre, diciéndoles que echamos el ancla en este lugar, como es costumbre en los pescadores, y como oímos voces abrimos la tumba por piedad, para salvar a la que estaba encerrada dentro.
3 Hagamos jurar a la mujer que será en todo testigo a
nuestro favor. Ella lo hará con gusto por favorecer a
sus bienhechores, por quienes está a salvo. ¿De cuánta
alegría creéis que llenaremos a toda Sicilia? ¿Cuán gran-
de será la recompensa que obtendremos? Y al mismo
tiempo haremos algo justo a los ojos de los hombres
y piadoso a los de los dioses.

4 Mientras él estaba todavía hablando, se puso otro a hablar en su contra:

—Hombre inoportuno y estúpido, ¿nos invitas ahora a filosofar? ¿Acaso el violar tumbas nos ha hecho honrados? ¿Tendremos piedad de aquella de quien no la tuvo su propio marido, sino que la mató? Ciertamente no nos ha hecho ningún daño, pero nos hará el mayor.

Pues, en primer lugar, si la devolvemos a sus parientes 5
no sabemos qué opinión tendrán sobre lo ocurrido, y
es imposible que no sospechen la causa por la que vini-
mos a la tumba e, incluso, si nos hacen gracia de su
venganza los parientes de la mujer, los arcontes y el
propio pueblo no dejarán libres a unos violadores de
tumbas aunque les lleven por sí mismos el botín. Pues,
en efecto, no llevamos una vida libre de peligros. Pero 6
alguno dirá tal vez que es más provechoso vender a la
mujer, pues tendrá un precio alto por su belleza. Pero
eso también tiene un peligro. Porque el oro no tiene voz,
ni la plata dirá de dónde la tomamos. Sobre estas cosas 7
es posible componer una historia. Pero un botín que
tiene ojos y oídos y lengua ¿quién podría esconderlo?
Y ni siquiera tiene una belleza de mortal, para que po-
damos pasar desapercibidos. Porque ¿vamos a llamarla
«esclava»? ¿Y quién al verla lo creerá? Matémosla, por
tanto, aquí mismo, y no llevemos con nosotros a nues-
tro propio acusador.

Aunque eran muchos los que estaban de acuerdo con 8
éstos, Terón no dio su voto a ninguna de las dos opi-
niones:

—Tú, por un lado —dijo—, nos llevas al peligro, pero
tú, por otro, pierdes una ganancia. Yo ni devolveré
a esta mujer ni la mataré, pues, al ser vendida, callará
por miedo, y una vez vendida lejos, que acuse a quie-
nes ya no estarán presentes. ¡Ea, embarcad; hagámonos
a la mar, pues ya está cerca el día!

Levada el ancla, la nave se movía sin trabas, pues no 11
luchaban contra las olas ni el viento, ya que no se habían
fijado previamente ninguna ruta, sino que cualquier
viento les parecía favorable y les venía de popa. Terón
consolaba a Calírroe, intentando engañarla con diversas
invenciones. Y ella, por su parte, se daba cuenta de su 2
situación, y de que en vano se había salvado, pero fingía
que no lo sabía, sino que le creía, temiendo que incluso

la matasen si creían que estaba irritada con ellos. Y diciendo que no soportaba el mar, cubierta por el velo y llorando decía:

—Tú, oh padre, en este mar derrotaste a trescientas naves atenienses, y en cambio a mí, tu hija, la ha arrebatado una pequeña barca, y no puedes ayudarme. A tierra extranjera soy llevada, y voy a tener que ser es-
3 clava yo, una mujer de noble linaje. Y quizá comprará a la hija de Hermócrates algún amo ateniense. ¡Cuánto mejor hubiera sido para mí yacer muerta en la tumba! Al menos Quéreas sería enterrado conmigo; pero ahora nosotros nos vemos separados, al mismo tiempo vivos y muertos.

4 Mientras ella se entregaba a tales lamentaciones, los piratas pasaban de largo, costeándolas, islas pequeñas y sus ciudades. Pues no era su carga propia de pobres, sino que buscaban hombres ricos.

Echaron el ancla frente al Ática[22], al abrigo de un promontorio. Allí había una fuente de abundante y pura
5 agua y un tupido prado. Haciendo bajar a Calírroe, la dejaron lavarse y descansar un poco del viaje, pues querían preservar su belleza, y, ya a solas, deliberaron a dónde debían dirigir su ruta, y uno dijo:

—Está cerca Atenas, ciudad grande y próspera. Allí encontraremos gran cantidad de mercaderes y hombres ricos, pues lo mismo que es posible ver en el ágora a los hombres, es posible ver en Atenas a las distintas ciudades.

---

22 Atenas era la más importante ciudad de la Grecia antigua, centro económico y cultural de toda la vida griega. En el momento en que se sitúa la acción de la novela su poderío político había ya decaído, a consecuencia de su derrota frente a Esparta y sus aliados, pero no así su potencia económica y, sobre todo, su carácter de centro espiritual de la cultura, que pocos años antes había alcanzado su cénit.

A todos les parecía bien navegar hacia Atenas, pero a Terón no le agradaba la excesiva curiosidad de la ciudad: 6

—¿Sois vosotros los únicos que no habéis oído hablar de la indiscreción de los atenienses? Es un pueblo charlatán y aficionado a los juicios, y en su puerto miles de sicofantes[23] se informarán de quiénes somos y de dónde traemos estas mercancías. Y les entrará la mala sospecha a esos hombres malignos. Y allí inmediatamente interviene el Areópago[24] y los arcontes, más duros que tiranos. Temamos a los atenienses más que a los siracusanos. Un lugar más favorable para nosotros es Jonia[25], pues allí se encuentran riquezas regias que fluyen del interior de la gran Asia, y hombres voluptuosos y desocupados. Y espero también que allí encontraré algunos conocidos. 7

Aprovisionándose de agua, y tomando víveres de los navíos que había al lado, navegaron inmediatamente 8

---

23 La palabra sicofante designa a la persona que utilizaba el derecho a ejercer la acusación pública, que la legislación ateniense concedía a todo ciudadano, con el fin de enriquecerse o desacreditar a sus enemigos privados o políticos. Para defenderse de ellos se creó incluso una acusación especial, la *sykophantíās graphḗ*.

24 El Areópago era el más antiguo tribunal de Atenas, compuesto por todos los antiguos arcontes, que hasta el 462 a. C. concentraba en sí todo el poder judicial. Posteriormente se vio privado, por la reforma de Efialtes, de gran parte de sus atribuciones, que pasan al pueblo, y quedó reducido a entender solamente de casos de asesinatos premeditados, heridas con intención de causar la muerte, y tentativas de incendio o envenenamiento. Pero en la mente de muchos atenienses quedaba éste como el Tribunal Supremo, y, sobre todo, como el guardián de la Constitución.

25 Jonia es la región del O. de Asia Menor, situada en una franja de la costa, que comprendía las ciudades griegas fundadas por los jonios que escaparon del continente empujados por las invasiones dorias.

hacia Mileto[26], y al tercer día desembarcaron en una dársena que distaba de la ciudad ochenta estadios, muy apropiada para esperar.

12 Entonces Terón mandó sacar los remos, dejar sola a Calírroe y proporcionarle todo lo necesario para su comodidad. Pero eso no lo hacía por amabilidad, sino por deseo de lucro, actuando como un mercader más que como un ladrón.

Él mismo se apresuró a ir en persona a la ciudad, haciéndose acompañar por dos de sus amigos. No quería buscar abiertamente al comprador, ni hacer el asunto público, sino que tenía prisa de realizar la venta ocultamente y de mano a mano. Pero resultó difícil de arreglar, pues no era ella una posesión propia de la multitud ni del primero que llegase, sino de un hombre rico, e incluso de un rey, y a tales hombres temía acercarse.

2 Como por ello se produjo gran demora, no pudo ya resistir este retraso, y llegada la noche no podía dormir y se decía a sí mismo:

—Eres un estúpido, Terón, pues has dejado abandonados ya hace tantos días plata y oro en un lugar soli-
3 tario, como si fueras el único ladrón. ¿No sabes que por el mar navegan también otros piratas? Y además yo temo también a mis compañeros, no sea que abandonándonos se hagan a la mar, pues no has enrolado a los hombres más justos para que te guarden fidelidad,
4 sino a los más malvados de los que conocías. Así pues, ahora —se dijo— duerme por necesidad, y cuando llegue el día, corriendo a la barca, arroja al mar a esa mujer inoportuna e inútil para ti y no lleves más una mercancía invendible.

26 Mileto, famosísima ciudad jonia de la costa de Asia Menor, importante centro comercial y metrópoli de numerosísimas ciudades griegas.

Pero cuando se durmió vio en sueños unas puertas 5
cerradas. Entonces decidió esperar aquel día. Y, como
perplejo, estuvo sentado junto a una tienda con el alma
totalmente turbada. En este intervalo pasó una multitud 6
de hombres libres y esclavos, y en medio de ellos un
hombre ya en la edad madura, vestido de negro y con el
semblante triste. Terón, levantándose (pues la naturaleza
del hombre es curiosa) preguntó a uno de los que for-
maban el séquito:

—¿Quién es éste?

Y él le contestó:

—Me parece que eres extranjero o vienes de muy lejos, puesto que no conoces a Dionisio, que sobrepasa en riqueza, linaje y educación a todos los demás jonios, amigo del Gran Rey[27].

—¿Y por qué va vestido de negro? 7

—Porque ha muerto su mujer, a la que amaba.

Terón trataba de alargar mucho la conversación, ya que había encontrado un hombre rico y al que le gustaban las mujeres. Por tanto, ya no dejó irse al hombre, sino que preguntó:

—¿Qué puesto tienes tú junto a él? 8

Y él contestó:

—Soy el administrador de todas sus propiedades, y educo también a su hija, niña aún muy pequeña, privada antes de tiempo de su desdichada madre.

Terón: —¿Y cómo te llamas tú?

—Leonas.

—En buena hora —dijo Terón—, Leonas, te he encontrado. Soy mercader y vengo ahora navegando desde Italia, por lo que nada sé de los asuntos de Jonia. Una

---

27 Los griegos llamaban al rey del imperio persa el *basileús* (rey) por antonomasia, y a veces el Gran Rey. Por ello nosotros utilizaremos, cuando el texto se refiera a él, la mayúscula, para distinguirlo de los demás reyes que puedan salir en la acción.

mujer de Síbaris[28]; la más rica de las de allí, que tenía una esclava bellísima, su favorita, la vendió por celos,
9 y yo se la compré. Así que sea ella un beneficio para ti, si quieres guardarla como institutriz de la niña (pues tiene una buena educación), o si incluso consideras que es digna de agradar a tu amo, pues es más ventajoso para ti que él tenga una mujer comprada con dinero, para que no dé una madrasta a tu pupila.

10 Esto lo oyó Leonas con alegría, y dijo:

—Un dios te ha enviado a mí como bienhechor; que me presentas despierto lo que he visto en sueños. Ven, pues, a mi casa y sé mi amigo y huésped. Y sobre la elección de la mujer, la vista juzgará si es posesión digna de mi señor o mía propia.

13 Cuando llegaron a la casa, se asombró Terón de su grandeza y magnificencia (pues estaba preparada para recibir al Rey de los Persas), y Leonas le mandó que esperase mientras él se dedicaba primero al servicio de
2 su señor. Luego, tomándole de la mano, le condujo a su propia habitación, que era en todo adecuada a un hombre libre, y mandó poner la mesa. Y Terón, como hombre astuto y hábil para adaptarse a cualquier situación, se dedicaba a la comida y daba con brindis testimonio de amistad a Leonas, por una parte en prenda de su rectitud, pero más aún para dar garantía de cama-
3 radería. Y entre todas las cosas surgió muchas veces la conversación sobre la mujer, y Terón alababa más su carácter que su belleza, sabiendo que es lo que está oculto lo que tiene necesidad de defensa, pues la vista se da consistencia a sí misma.

—Vayamos, pues —dijo Leonas—, y muéstramela.

4 Y él contestó:

---

[28] Síbaris, colonia griega de la costa Sur de la península itálica se hizo famosa por el lujo y la molicie de sus ciudadanos. De esta fama procede nuestro uso del adjetivo «sibarita».

—No está aquí, pues a causa de los perceptores de impuestos nos detuvimos junto a la ciudad, y el navío está anclado a ochenta estadios. —Y le describió el lugar.

—Habéis fondeado —dijo Leonas— en nuestras tie-
rras. Eso es magnífico, ya que sin duda la Fortuna os 5
condujo a Dionisio. Marchemos, entonces, al campo, para
que también vosotros os repongáis del viaje, pues la
villa que hay allí cerca está suntuosamente preparada.

Terón se alegró mucho, considerando que iba a ser 6
más fácil la venta si no era en el ágora, sino en un lugar
solitario, y dijo:

—Partamos al apuntar el día, tú a la villa y yo a la nave, y de allí conduciré la mujer ante ti.

Acordaron esto, y dándose la mano uno a otro, se alejaron. Y a ambos se les hizo larga la noche, el uno porque tenía prisa por realizar la venta, y el otro de comprar.

Al día siguiente Leonas fue costeando hasta la villa, 7
llevando también dinero para asegurar de antemano al
vendedor. Terón llegó al promontorio junto a sus cóm-
plices, que ya le estaban echando mucho de menos, y
después que les contó el asunto comenzó a adular a
Calírroe:

—Yo —dijo—, hija, quería devolverte inmediatamente 8
a los tuyos, pero al haber vientos contrarios me lo im-
pidió el mar. Sabes cuánto cuidado hemos tenido de ti,
y sobre todo, que te hemos guardado pura. Sin mancha
te volverá a recibir Quéreas, salvada del tálamo de la
tumba gracias a nosotros. Ahora nos es preciso hacer 9
la travesía hasta Licia [29], pero no lo es que tú sufras
más penalidades en vano, ya que tan terriblemente te
mareas. Así que ahora te voy a dejar entre amigos dignos
de confianza, y cuando vuelva te recogeré, y con todo

[29] Licia, región del Sur de Asia Menor.

tipo de cuidados te llevaré a continuación a Siracusa. Coge de tus cosas las que quieras, pues para ti guardamos también las que quedan.

10 De esto se rio para sí Calírroe, pese a estar sumamente afligida (él la creía completamente estúpida), porque se daba cuenta de que ya estaba vendida, pero consideraba su venta más feliz aún que su antigua nobleza, ya que quería librarse de los piratas. Y dijo:

—Te estoy agradecida, padre[29a], por tu bondad hacia mí. ¡Ojalá os devuelvan a todos vosotros los dioses la
11 justa recompensa! Yo considero de mal agüero usar ofrendas funerarias. Guardádmelo bien todo. A mí me basta con este anillito que llevaba incluso muerta.

Y luego, cubriéndose la cabeza, dijo:

—Llévame ya, Terón, a donde quieras. Pues cualquier lugar es mejor que el mar y la tumba.

14 Cuando estuvo cerca de la villa, Terón planeó la estratagema siguiente. Le quitó el velo a Calírroe, le soltó el cabello, y abriendo la puerta la mandó que entrase ella la primera. Y Leonas y todos los que estaban dentro, al presentarse ella de pronto, quedaron estupefactos, creyendo que estaban viendo a una diosa, pues se decía
2 que en los campos se aparecía Afrodita. Y cuando aún no habían salido de su asombro, Terón, que la seguía, entró detrás y dijo a Leonas:

—Levántate y ven a recibir a la mujer, pues ésta es la que quieres comprar.

Y, al oírlo, se produjo en todos alegría y asombro a la vez.

3 Entonces, a Calírroe, haciéndola acostarse en la mejor de las habitaciones, la dejaron descansar. Y en efec-

---

[29a] La palabra *páter* se utiliza como apelativo cariñoso con las personas de cierta edad. Todo este párrafo de Calírroe tiene un sentido claramente irónico.

to, necesitaba mucho reposo de su dolor, fatiga y miedo. Y Terón, tomando de la mano a Leonas dijo:

—Mi parte está ya realizada fielmente. Tú sé ya el amo de la mujer (pues, además, eres mi amigo). Ve a la ciudad y coge el contrato, y entonces me darás el precio que quieras.

Y Leonas, queriendo corresponderle, dijo: 4

—No, por cierto, sino que ya te entrego en prueba de confianza el dinero antes del contrato.

Así, al mismo tiempo, quería asegurarse la venta, temiendo que quizá cambiara de opinión, pues pensaba que iba a haber muchos en la ciudad que querrían comprarla. De modo que le obligó a tomar el talento de 5
plata que había llevado consigo, y Terón lo tomó después de hacerse de rogar. Y como Leonas le retenía para que se quedase a comer (pues ya era una hora avanzada) le dijo:

—Quiero navegar esta tarde a la ciudad. Mañana nos encontraremos en el puerto.

Después de esto se separaron, y Terón al llegar a la 6
nave ordenó levar anclas y hacerse a la mar lo más rápidamente posible, antes de que los descubrieran. Y mientras ellos se alejaban a donde los llevaba el viento, Calírroe, sola al fin, se lamentaba libremente de su suerte.

—He aquí —decía— otra tumba en la que Terón me ha encerrado, más desierta aún que aquélla. Pues allí 7
habrían ido mi padre y mi madre, y Quéreas habría hecho libaciones llorando. Y yo me daría cuenta, incluso muerta. Pero aquí, ¿a quién llamaré amigo? Fortuna envidiosa, no te has saciado con mis males por tierra y mar, sino que primero convertiste a mi amante en mi asesino. Quéreas, que ni a un esclavo pegó nunca, me dio una patada mortal a mí, que le amaba. Y luego me 8
entregaste a las manos de unos violadores de tumbas, y me llevaste de la tumba al mar y me expusiste a unos

piratas más temibles que las olas. Para esto poseo mi
tan alabada belleza, para que Terón, el ladrón, obtenga
9 por mí un alto precio. He sido vendida en un lugar soli-
tario, ni siquiera he sido llevada a la ciudad como las
demás mujeres que se compran con plata. Porque tu-
viste miedo, oh Fortuna, de que le pareciera noble a
alguno de los que me vieran. Por eso fui entregada como
un mueble no sé a quiénes, griegos o bárbaros o a otros
ladrones.

Y al golpearse el pecho con las manos vio en el anillito la imagen de Quéreas y besándolo dijo:

—En verdad estoy perdida para ti, Quéreas, separada
10 de ti por tanto mar. Y seguro que tú sufrirás y tendrás
remordimientos, y te sentarás junto a la tumba vacía,
dando testimonio de mi modestia después de mi muerte.
Y yo, la hija de Hermócrates, tu mujer, hoy he sido
vendida a un amo.

Y después de lamentarse así, a duras penas descendió, al fin, el sueño sobre ella.

LIBRO SEGUNDO

Leonas, después de encargar a Focas, el administrador, tener mucho cuidado con la mujer, salió de noche aún hacia Mileto, ansioso de anunciar a su señor la buena nueva sobre la muchacha recién comprada, creyendo llevarle un gran consuelo a su pena. Y encontró a Dionisio aún acostado, pues fuera de sí de dolor no salía la mayor parte del tiempo, pese a la nostalgia que de él sentía su ciudad, sino que pasaba el tiempo en su habitación, como si su mujer estuviese aún con él. Y al ver a Leonas le dijo: 2

—Solamente esta noche he dormido bien después de la muerte de la desdichada, pues la vi claramente, pero más alta y más hermosa, y estaba conmigo como si estuviera despierto. Y me pareció que era el primer día de nuestras bodas, y que la conducían como novia desde mi finca de junto al mar, y eras tú quien me cantaba el himeneo.

Cuando aún estaba contándolo, gritó Leonas: 3

—¡Eres afortunado, señor, en sueños y despierto! Vas a oír lo que has visto.

Y comenzando a hablar le explicó:

—Se me acercó un mercader que vendía una muchacha bellísima, y que por los impuestos había anclado su nave fuera de la ciudad, cerca de tu finca. Y yo, des- 4
pués de concertarlo con él, marché al campo, y allí, habiéndonos reunido uno con otro, realizamos la venta

de hecho. Yo, en efecto, le di un talento. Pero ahora es preciso que se haga la escritura legalmente.

5 Dionisio oyó con placer lo de la belleza de la mujer (pues era en verdad hombre amante de las mujeres), pero con disgusto lo de la esclavitud, pues, hombre de estirpe real, muy superior en costumbres y educación al resto de la Jonia, rechazaba como algo indigno las relaciones con una esclava, y dijo:

—Es imposible, Leonas, que sea bello un cuerpo que
no ha nacido libre. ¿No has oído decir a los poetas que
son hijos de los dioses los bellos, mucho antes que de
hombres nobles? Ella te agradó en un lugar solitario,
6 al compararla con las campesinas. Pero en fin, ya que
la has comprado, vete al ágora. Adrasto, el más enten-
dido en leyes, organizará las escrituras.

Se alegró Leonas de no ser creído, pues lo inesperado
iba a hacer admirarse más a su señor. Y recorriendo
todos los puertos de Mileto y las mesas y la ciudad en-
7 tera no pudo encontrar a Terón por ninguna parte. In-
terrogó a comerciantes y marineros, pero nadie los co-
nocía. Al encontrarse en tal dificultad tomó una barca
de remos y costeó hasta el promontorio, y de allí a la
finca, pero no iba a encontrar al que ya se había hecho
a la mar.

8 Entonces penosa y lentamente volvió junto a su señor. Y Dionisio, al verlo con aire sombrío, le preguntó qué le había ocurrido, y él dijo:

—Te he hecho perder, señor, un talento.

—Lo ocurido —dijo Dionisio— te hará más prudente en lo sucesivo. Pero, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Acaso se ha escapado la esclava que acabas de comprar?

—Ella no —respondió—, sino el vendedor.

—Entonces era un traficante de hombres libres, y por eso, porque era una esclava ajena, te la vendió en lugar solitario. ¿De dónde dijo el hombre que era la esclava?

—Sibarita, de Italia, vendida por su señora por celos. 9
—Busca si hay algún sibarita que resida aquí, y entre
tanto deja allí a la mujer.

Entonces se marchó Leonas entristecido porque no le había sido favorable el asunto. Pero acechaba la oportunidad de convencer a su señor de ir a la finca, pues sólo le quedaba la esperanza de que viera a la mujer.

Por otra parte, ante Calírroe entraron las campesinas, 2
y al punto empezaron a adularla como si fuese una
señora. Y Plangón, la mujer del administrador, persona
no inexperta, le dijo:

—Estás buscando, hija, en verdad a los tuyos. Piensa
que también aquí hay otras cosas y otras personas que
somos tuyos, pues Dionisio, nuestro amo, es un hom-
bre excelente y humanitario. Para tu fortuna te han
conducido los dioses a una buena casa: aquí vivirás
como en tu patria. Así pues, quítate el barro de tan 2
larga travesía. Aquí tienes a tus servidoras.

Con dificultad, y contra su voluntad, la condujo a
pesar de todo al baño. Y una vez que hubo entrado,
la ungieron de aceites y la lavaron cuidadosamente, de
modo que, si al estar ella vestida se admiraban de su
rostro casi divino, al quedar desnuda se asombraron
aún más, pareciéndoles que su rostro era igual a todo
su cuerpo. Pues su piel blanca resplandeció al punto,
brillando de un modo semejante a un vivo resplandor,
y su carne era tan delicada que temían que incluso el
contacto de los dedos le hiciera grandes heridas. Y en 3
voz baja se decían unas a otras:

—Nuestra ama era hermosa y famosa, pero hubiera parecido su esclava.

Pero a Calírroe le entristecían los elogios, pues no le faltaba capacidad de predecir el futuro.

Una vez que estuvo lavada y trenzado su cabello, le proporcionaron finos vestidos, pero ella dijo que no

convenían esas cosas a una esclava recién comprada:
4 —Dadme un manto de esclava, pues vosotras sois superiores a mí.

Así pues, se vistió uno de los que encontraron a mano, y éste le sentaba bien e, iluminado por su belleza, daba la impresión de ser un vestido costoso.
5 Una vez que comieron las mujeres dijo Plangón:

—Ve al templo de Afrodita y ruégale por ti misma, pues la diosa se aparece aquí, y no sólo le ofrecen sacrificios los vecinos, sino también gentes que vienen de la ciudad. Ella es particularmente favorable a Dionisio, y él nunca pasa de largo por su templo.
6 Luego le contaron las apariciones de la diosa, y una de las campesinas dijo:

—Te parecerá, mujer, al mirar a Afrodita, que estás viendo tu propia imagen.

Pero Calírroe, al oír esto, se llenó de lágrimas y dijo para sí:

—¡Ay de mí, desdichada, también aquí está Afrodita, la diosa que es causa de todos mis males! Pese a ello, iré, pues quiero hacerle muchos reproches.
7 El santuario estaba cerca de la casa junto al mismo camino. Calírroe, postrándose y cogiéndose a los pies de Afrodita, dijo:

—Tú fuiste la primera que me mostraste a Quéreas, y habiendo ajustado tan hermoso yugo, no lo cuidaste.
8 Y, sin embargo, nosotros te rendíamos culto. Pero ya que así lo quisiste sólo una gracia solicito de ti: que hagas que a nadie agrade después de a él.

A esto se negó Afrodita, pues es madre de Eros y de nuevo le estaba organizando otro matrimonio, que tampoco le iba a conservar.

Así pues, Calírroe, liberada de los piratas y del mar, iba recobrando toda su belleza, de suerte que asombraba a los campesinos al verla cada día más hermosa.

Leonas, habiendo encontrado el momento oportuno, 3
le dijo a Dionisio las siguientes palabras:

—En tu finca de junto al mar, señor, no has estado
ya hace mucho tiempo, y allí se añora tu llegada. Es
preciso que veas los rebaños y las plantaciones y que
apresures la recolección de los frutos. Y que hagas uso 2
de la magnificencia de la casa que construimos por or-
den tuya. Además, allí soportarás más tolerablemente
tu pena, distraído por el placer del campo y la adminis-
tración de la finca. Y si quieres recompensar a un bo-
yero o un pastor le puedes dar la mujer que acabamos
de comprar.

Le agradó esto a Dionisio, y anunció su partida para
el día convenido. Y dada la orden, los cocheros prepa- 3
raron los carruajes, los palafreneros los caballos y los
marineros las barcas, y los amigos y gran número de
libertos fueron invitados a acompañarlo en el viaje,
pues era Dionisio de natural magnificente.

Cuando todo estuvo dispuesto mandó que el equipaje 4
y la mayoría de las personas fueran por mar, y que los
carros le siguieran una vez que él mismo se hubiera
adelantado, porque no cuadraba la escolta a un hombre
en duelo. Así, con la aurora, y antes de que la mayoría
se diera cuenta, subió al caballo con otros cuatro hom-
bres, uno de los cuales era Leonas.

Así, Dionisio salía al campo. Y por su parte Calírroe, 5
que aquella noche había visto a Afrodita, quiso de nuevo
postrarse ante ella. Y estaba de pie haciéndole súplicas
cuando Dionisio, bajándose del caballo el primero, entró
en el templo.

Calírroe, al oír ruido de pasos se volvió hacia él. Y 6
Dionisio al verla gritó:

—¡Séme propicia, Afrodita, y que tu aparición me
sea para bien!

Y cuando él estaba ya prosternándose le detuvo Leo-
nas y dijo:

—Ésta es, señor, la recién comprada. No te turbes.
Y tú, mujer, acércate a tu amo.

Calírroe, bajando la cabeza ante la palabra «amo»,
dejó escapar un torrente de lágrimas, teniendo que ol-
vidar tardíamente su libertad. Pero Dionisio, golpeando
a Leonas, dijo:

7 —Impío, ¿hablas a los dioses como si fueran hom-
bres? ¿Dices que ésta es una mujer comprada con di-
nero? Entonces es lógico que no encuentres al que te
la vendió. ¿No has oído que Homero nos enseñó que
*los dioses, tomando la forma de extranjeros de otras
tierras, vigilan la insolencia y la justicia de los hom-
bres?* [30]

Entonces Calírroe dijo:

—Deja de burlarte de mí, llamando diosa a esta que
ni siquiera es una persona afortunada.

8 Y, al hablar ella, su voz le pareció a Dionisio una voz
divina, pues sonaba como música y producía un son
como el de la cítara. Así que, muy turbado y sintiendo
pudor de permanecer con ella más tiempo, se marchó
a la casa, inflamado ya de amor.

No mucho después llegó de la ciudad el equipaje, y
9 al punto se corrió la voz de lo ocurrido. Por ello, todos
estaban ansiosos de ver a la mujer, y todos ponían el
pretexto de ir a venerar a Afrodita. Calírroe, avergonza-
da ante la multitud, no sabía qué hacer, pues todos eran
para ella extraños y no veía ni a la familiar Plangón,
sino que ella estaba dedicada a la recepción de su señor.
10 Como pasaba el tiempo y nadie llegaba a la casa,
sino que todos estaban allí detenidos como fascinados,
Leonas se dio cuenta de lo ocurrido y, yendo al templo,
sacó a Calírroe. Y entonces fue posible ver que los reyes
lo son por su propia naturaleza, como ocurre en los en-
jambres de abejas, pues todos la seguían automática-

---

[30] *Od.* XVII, 485 ss.

mente, como si la hubieran hecho por votación señora
por su belleza.

Ella, pues, se fue a su habitación de costumbre. Y 4
Dionisio estaba herido, pero intentaba esconder su heri-
da, como hombre cultivado y que busca muy especial-
mente la virtud. Y no queriendo parecer despreciable
a sus servidores ni pueril a sus amigos, resistió toda la
tarde, creyendo que lo ocultaba; pero haciéndolo más
evidente por su silencio. Y tomando una parte de la 2
cena, dijo:

—Que alguien lleve esto a la extranjera. Pero que no diga «de parte del amo», sino «de parte de Dionisio».

Y prolongó mucho la bebida de sobremesa[31], pues
sabía que no iba a dormir, de modo que quería pasar su 3
insomnio con los amigos. Después que hubo pasado
parte de la noche, puso fin a la reunión, pero no consi-
guió el sueño. Todo su ser estaba en el templo de Afro-
dita, y se acordaba de todo, del rostro, del cabello, de
cómo se había dado la vuelta, cómo había mirado, de
su voz, de su figura, de sus palabras. Y sus lágrimas le
quemaban.

Entonces se pudo ver el combate entre la razón y el 4
sentimiento, pues, inundado por el deseo, intentaba,
como hombre de noble linaje, resistir. Y como el que
saca la cabeza de una ola, se decía a sí mismo:

—¿No te avergüenzas, Dionisio, el primer hombre de Jonia por tu virtud y tu fama, al que admiran los sátrapas[32], los reyes y las ciudades, de sentir cosas de

---

31 En los banquetes griegos se dejaban para el final la bebida y libaciones a los dioses. Era éste el momento en que tenían lugar la recitación de poesías, discursos y discusiones filosóficas, tal como Platón nos describe en algunos de sus diálogos.

32 La palabra *sátrapa* viene del antiguo persa *xšaçapavan* que significa «protector de la tierra». Eran los gobernadores enviados por el Rey a las distintas demarcaciones en que el territorio

chiquillo? Estás enamorado después de haberla visto
una sola vez, y eso estando de duelo, antes de haber ofre-
5 cido expiaciones a la sombra de la desdichada. ¿Por
eso has venido al campo, para celebrar una boda vestido
de luto, y una boda con una esclava, y que quizá perte-
nece a otro? Pues ni siquiera tienes su escritura.

Pero Eros gustaba de luchar con el que razonaba sen-
satamente, y le parecía orgullo su templanza. Por eso
inflamaba más fuerte al alma que filosofaba en cues-
6 tiones de amor. Así pues, no soportando más el dialogar
solo consigo mismo, mandó a buscar a Leonas. Y éste,
al ser llamado, se dio cuenta de la causa, pero fingió
desconocerla, y como turbado dijo:

—¿Por qué tienes insomnio, señor? Quizá de nuevo se ha apoderado de ti el dolor por tu mujer muerta?

—Por una mujer sí —dijo Dionisio—, pero no por la
7 muerta. Nada hay que yo no pueda decirte por tu afecto
y fidelidad. Pero por tí estoy perdido, Leonas. Tú eres
el causante de mis males. Trajiste el fuego a mi casa,
o mejor, a mi alma. Y además me conturba el misterio
que hay en torno a esa mujer. Me has contado una his-
toria de un mercader con alas, que no sabes ni de dónde
venía ni a dónde se volvió a marchar. ¿Quién, que pose-
yera tal belleza, la vendería en lugar solitario, y por
sólo un talento, a una mujer digna de las riquezas del
8 Rey? ¿Te engañó algún dios? Reflexiona, pues, y recuer-
da lo ocurrido. ¿A quiénes viste? ¿Con quién hablaste?
Dime la verdad, tú la nave no la viste.

—No, no la vi, sino que oí hablar de ella.

—Eso es. Una de las Ninfas o de las Nereidas salió del mar. Incluso a los dioses les sobrevienen ocasiones que les obligan a entablar trato con los hombres por

del imperio persa estaba dividido. De poder absoluto dentro de su territorio, debían rendir cuentas al Rey de su gestión.

decreto del destino. Eso nos cuentan los poetas e historiadores.

Con agrado se convencía Dionisio a sí mismo de glo- 9
rificar a la mujer para hacerla más augusta que el común de los hombres. Leonas, que quería agradar a su señor, dijo:

—No nos ocupemos más, señor, de quién es. Si la deseas, la conduciré a ti, y no te aflijas, como si no la pudieras obtener, cuando estás en libertad de amarla.

—No podría hacerlo —dijo Dionisio—, antes de saber 10
quién es esa mujer y cuál es su origen. Por la mañana sabremos por ella la verdad. Pero no la envíes aquí, no sea que sospeche alguna violencia, sino a donde la vi por primera vez. Que nuestra conversación tenga lugar bajo la protección de Afrodita.

Eso le pareció bien, y al día siguiente Dionisio, co- 5
giendo a sus amigos y libertos y a los más fieles de sus criados, para tener también testigos, fue al santuario, después de arreglarse no precisamente con descuido, sino habiendo adornado moderadamente su cuerpo, como el que va a estar con su amada. Y era él de na- 2
tural hermoso, y alto, y sobre todo, de apariencia respetable.

Leonas, por su parte, cogiendo a Plangón, y con ella a las esclavas que solían servir a Calírroe, fue hacia ella y le dijo:

—Dionisio es un hombre muy justo y respetuoso de 3
la ley. Ve, pues, al templo, mujer, y dile la verdad sobre quién eres, pues no dejarás de obtener ninguna clase de ayuda justa. Sólo háblale con sencillez, y no le ocultes nada de la verdad, pues eso le inclinará a tener más benevolencia contigo.

Después de oírle marchó Calírroe, con más ánimo porque la conversación entre ellos iba a tener lugar en el templo. Y cuando llegó, aún más la admiraron todos. 4

Dionisio, impresionado, se quedó sin voz, y después de un largo silencio, tras mucho tiempo y con dificultad habló:

—Mis cosas te son conocidas todas, mujer. Soy Dio-
nisio, el primer hombre de Mileto y casi de toda la
5 Jonia, celebrado por mi piedad y benevolencia. Es justo
que también tú nos digas la verdad sobre ti misma.
Los que te vendieron dijeron que eras de Síbaris y
que fuiste vendida allí por tu ama por celos.

Enrojeció Calírroe, y bajando la cabeza dijo suavemente:

—Esta es la primera vez que he sido vendida. Y nunca estuve en Síbaris.

6 —Ya te decía yo —dijo Dionisio mirando a Leonas—
que no era una esclava. Y adivino que incluso es de
noble familia. Cuéntame, mujer, todo, y en primer lugar
tu nombre.

—Calírroe —respondió (y agradó el nombre a Dionisio). Pero se calló todo lo demás. Y como le preguntaba con tenacidad le dijo:

—Te lo suplico, señor, permíteme guardar silencio
7 sobre mi suerte. Lo anterior fue un sueño y un cuento.
Yo soy ahora lo que he llegado a ser, esclava y ex-
tranjera.

Y al decir esto, intentaba ocultarlo, pero le resbalaban las lágrimas por las mejillas. Y se puso a llorar también Dionisio y todos los que estaban con él; y a alguno le pareció que la propia Afrodita se había puesto más triste.

Pero Dionisio se sentía aún más curioso y dijo:

8 —Yo te pido este primer favor. Cuéntame, Calírroe,
tu historia. No hablarás a un extraño, pues ya hay como
un cierto tipo de parentesco. No tengas miedo, ni aunque
hayas hecho algo terrible.

Ante esto se indignó Calírroe y dijo:

—No me ofendas, pues no estoy implicada en nada 9
vil. Pero como mi condición es muy superior a mi suerte presente, no quiero parecer pretenciosa ni hacer relatos increíbles para quienes no los conocen. Pues no me sirven de testigo las cosas de antes para las de ahora.

Se admiró Dionisio de la cordura de la mujer y dijo:

—Ya te comprendo, incluso aunque no hables; pero
habla, pues no puedes decir sobre ti misma nada tan
grande como lo que estamos viendo. Cualquier magní- 10
fico relato es inferior a ti.

Entonces ella empezó penosamente a contar su historia:

—Soy hija de Hermócrates, el estratego de Siracusa. Habiéndome quedado sin voz por un repentino golpe me enterraron mis padres con todo lujo. Unos ladrones de tumbas abrieron el sepulcro; me encontraron a mí ya volviendo a respirar, me condujeron aquí, y Terón me entregó a este Leonas en lugar solitario.

Al decir todo sólo calló lo de Quéreas. 11

—Te suplico, Dionisio (pues eres griego y participas
de una ciudad humanitaria y de educación), que no seas
igual a los violadores de tumbas y no me prives de mi
patria y mis parientes. Poco es para ti, que eres rico,
un solo esclavo, y no perderás mi precio si me devuel-
ves a mi padre. Pues Hermócrates no es desagradecido.
Admiramos a Alcínoo[33] y todos lo amamos porque con-
dujo a su patria al suplicante. Yo también te suplico.
Salva a esta huérfana cautiva, pues si no puedo vivir 12
como noble, elegiré una muerte libre.

[33] Alcínoo, rey de los feacios, recibió a Ulises como un náufrago en su palacio, y, tras oír el relato de sus aventuras, le proporcionó una nave para volver a su reino, a Ítaca, que no se halla lejos de su isla, y lo cargó además de regalos.

Al oír esto se echó a llorar, en apariencia por Calírroe, pero en realidad por sí mismo, pues se dio cuenta de que no iba a lograr su deseo.

—Ten valor —dijo—, Calírroe, y mantén con ánimo tu alma, pues no serás privada de lo que reclamas. Pongo por testigo de ello a esta Afrodita. Entre tanto, tendrás entre nosotros el trato de una señora más que el de una esclava.

6 Ella se marchó convencida de que ya no podía ocurrirle nada contra su voluntad, y Dionisio entristecido llegó a su casa, y llamando a solas a Leonas, dijo:

—En todo soy desafortunado y odiado por Eros. A la que había desposado la he enterrado, y se me escapa la que acabo de comprar, la que confiaba que era un regalo de Afrodita, y con la que planeaba una vida más feliz que la de Menelao[34] el marido de la lacedemonia, pues creo que ni Helena ha sido tan hermosa. Y además ésta tiene incluso el poder de persuadir con sus
2 palabras. Mi vida se ha acabado. El mismo día en que Calírroe abandone este lugar abandonaré yo la vida.

Ante esto gritó Leonas:

—No, señor, no te maldigas a ti mismo. Tú eres el amo y tienes poder sobre ella, de modo que, queriendo o no, hará lo que a ti te parezca bien, pues la hemos comprado por un talento.

3 —¿Que tú has comprado, tres veces desgraciado, a una mujer noble? ¿No has oído hablar de Hermócrates, el estratego de toda Sicilia, que goza de amplia fama, el que el Rey de los persas admira y ama y le envía cada año presentes porque venció en batalla naval a los atenienses, enemigos de los persas? ¿Voy yo a conducirme como un amo con una persona libre, y yo, Dionisio, celebrado por mi templanza, voy a ultrajar contra

34 Menelao, rey de Esparta y marido de la hermosísima Helena, que, al huir con Paris, hizo estallar la guerra de Troya.

su voluntad a una mujer a quien ni siquiera Terón el
pirata ultrajaría?

Esto le dijo a Leonas, pero en realidad no renun- 4
ciaba a convencerla, pues por naturaleza es Eros fácil-
mente accesible a la esperanza, y confiaba en realizar
su deseo mediante sus cuidados. Así pues, llamando a
Plangón le dijo:

—Me has dado ya suficientes pruebas de tu solicitud.
Te encomiendo por eso la mayor y más preciada de mis
posesiones, la extranjera. Quiero que ella no se vea
privada de nada, que se llegue incluso a la molicie en
sus lujos. Considérala tu señora, cuídala, adórnala y haz 5
que nos tome afecto. Alábame ante ella a menudo y cuén-
tale lo que se te ocurra. Y cuida de no llamarme «amo».

Comprendió bien Plangón su orden, pues era por na-
turaleza hábil, y aplicando al asunto toda su inteligen-
cia poco aparente, se puso a llevarlo a cabo. De suerte
que, presentándose ante Calírroe, no le reveló que se
le había ordenado servirla, sino que le hacía ver que
era pura buena disposición personal, y quiso que la
tomara por consejera digna de toda confianza.

Y ocurrió lo siguiente: 7

Dionisio pasaba el tiempo en la finca, con un pre-
texto u otro, pero realmente porque no podía alejarse
de Calírroe ni quería llevársela de allí, pues en cuanto
fuese vista iba a ser famosa y a su belleza se iba a so-
meter toda la Jonia, e iba a subir su fama incluso hasta
el Gran Rey. Y al ocuparse durante su estancia más 2
minuciosamente de los asuntos de su propiedad, hizo
en alguna ocasión ciertos reproches a la gestión de su
administrador Focas.

El reproche no llegó más allá, sino sólo a las pala-
bras, pero así encontró Plangón una buena oportunidad,
y llena de miedo corrió a Calírroe arrancándose los ca-
bellos. Y cogiéndose a sus rodillas le dijo:

—Te lo suplico, señora, sálvanos. Pues Dionisio está
irritado con mi marido, y por naturaleza es un hombre
3 colérico, tanto cuanto benévolo. Nadie sino tú podría
salvarnos, pues Dionisio te concederá con gusto la pri-
mera gracia que le pidas.

Calírroe sentía vergüenza de presentarse ante él, pero por otra parte no podía decirle que no a quien tanto le insistía y suplicaba, obligada por sus servicios anteriores. Así que para no parecer desagradecida dijo:

—También yo soy una esclava y no puedo hablar libremente, pero si crees que tengo algún poder, estoy dispuesta a ir a suplicar contigo. Y ojalá tengamos éxito.

4 Cuando llegaron, mandó Plangón al que estaba ante la puerta que anunciara al amo que Calírroe estaba allí. Y estaba precisamente Dionisio derrumbado por el dolor, y se le iba consumiendo incluso el cuerpo; al oír que Calírroe estaba allí se quedó sin voz, y una especie de niebla le inundó, por lo inesperado, y recobrándose con dificultad dijo:

—¡Que entre!

5 Calírroe, situándose cerca y con la cabeza baja, al primer momento se inundó de rubor; pero aun así, y con alguna dificultad, habló:

—Yo conozco mi deuda con Plangón, pues ella me quiere como a una hija. Por eso te suplico, señor, que no te irrites con su marido, sino concédele la gracia de la salvación.

Y aunque quería seguir hablando, no pudo.

6 Dionisio entonces, dándose cuenta de la estratagema de Plangón dijo:

—Estoy irritado, y ningún hombre podría haber librado de perecer a Focas y Plangón por haber hecho tales cosas. Pero con gusto les concedo gracia por ti. Y vosotros sabed que es por mediación de Calírroe por quien os habéis salvado.

Plangón se arrojó a sus rodillas y Dionisio dijo:

—Arrojaos a las rodillas de Calírroe, pues es ella la que os ha salvado.

Y como Plangón vio que Calírroe se alegraba y sentía 7
placer por la gracia dijo:

—Entonces sé tú quien dé las gracias a Dionisio en nuestro nombre.

Y al mismo tiempo la empujó hacia él.

Ella, cayendo a sus pies de este modo, tomó la mano de Dionisio, y él, como el que considera poco digno darle la mano, acercándosele, la besó, y luego rápidamente la dejó ir, para que no hubiera sospecha alguna de la artimaña.

Las dos mujeres salieron, y a Dionisio se le hundió 8
el beso como un dardo en el corazón, y ya no era capaz de ver ni de oír, y estaba por todas partes cogido en la trampa, no encontrando ningún remedio a su amor. Ni con regalos, pues veía la grandeza de alma de la mujer, ni con amenazas o violencia, convencido de que ella elegiría la muerte antes que ser ultrajada. Así que consideraba que su única ayuda era Plangón, y enviándola a buscar dijo:

—En la primera empresa has sido buen estratego, y te doy las gracias por el beso. Pero este beso me ha salvado y me ha perdido. Mira, pues, cómo tú, mujer, 2
puedes vencer a una mujer, teniéndome también a mí como aliado. Pues sabe que tu premio será la libertad y, lo que creo que te es más agradable que la libertad, la vida de Dionisio.

Con este impulso aplicó Plangón a la empresa todas sus estratagemas y su arte. Pero Calírroe era absolutamente inconquistable y permanecía sólo fiel a Quéreas. Mas fue vencida por las artimañas de la Fortuna, que 3
es la única contra la que nada puede la inteligencia del hombre, pues es una diosa que ama la lucha y nada que proceda de ella es inesperado. Y así entonces aprovechó

un hecho extraordinario, o mejor, increíble. Merece la
pena oír cómo.

4 Conspiró la Fortuna contra la virtud de la mujer,
pues Quéreas y Calírroe al tener la primera relación
amorosa de su matrimonio, tenían ambos igual deseo
de placer uno del otro, y ese deseo equilibrado hizo que
5 su unión no quedara sin fruto. Así que poco antes del
golpe la mujer había concebido.

Por los peligros y sufrimientos posteriores no se dio
cuenta de que estaba embarazada, pero al empezar el
tercer mes se le empezó a curvar el vientre, y en el
baño se dio cuenta Plangón, puesto que ya tenía expe-
6 riencia en los asuntos de las mujeres. Y de momento
se calló, por la presencia de varias esclavas, pero al caer
la tarde, cuando tuvieron un poco de tiempo libre, sen-
tándose en el lecho le dijo:

—Sabe, hija, que estás embarazada.

Calírroe se echó a llorar y, gritando y arrancándose
los cabellos, dijo:

—Aún añades ésta, oh Fortuna, a mis desgracias, para
que también engendre un hijo esclavo.

7 Y golpeándose el vientre dijo:

—Desdichado, antes de nacer estuviste en una tumba
y fuiste entregado a manos de piratas. ¿A qué clase de
vida vienes? ¿Con qué esperanzas te voy a llevar en
mi seno, huérfano, sin patria y esclavo? ¡Antes de nacer
busca la muerte!

Plangón la cogió de las manos, prometiéndole que al
día siguiente le proporcionaría un modo fácil de abortar.

9 Cada una de las mujeres al quedar sola emprendió
sus propias reflexiones. Plangón pensaba:

—Se presenta una circunstancia favorable para rea-
lizar el amor del amo. Tienes un defensor en el ser que
lleva en su vientre. Ya he encontrado la seguridad de
que se dejará convencer. Vencerá a la virtud de la mu-
jer el amor de la madre.

Y combinaba el modo de realizarlo de una manera convincente.

Calírroe, por su parte, deliberaba matar a su hijo, 2
diciéndose a sí misma:

—¿Voy yo a engendrar para un amo al descendiente
de Hermócrates, y a traer al mundo un niño cuyo padre
nadie conoce? Quizá incluso dirá algún envidioso «en
poder de los piratas lo concibió Calírroe». Basta que 3
sea yo sola la infortunada. No conviene que tú, hijo,
vengas a una vida miserable, que te convendría rehuir
incluso si ya hubieras nacido. ¡Márchate libre, sin que
te afecten las desgracias, y no oigas nada de las aven-
turas de tu madre!

Y de nuevo volvía a reflexionar, y la entraba compasión del que tenía en su vientre.

—¿Estás pensando en matar a tu hijo? Jasón era un
hombre licencioso. Y tú, ¿tomas los razonamientos de 4
Medea? [35]. Pero incluso más feroz que la escita parece-
rás, pues ella odiaba a su marido; pero tú quieres matar
al hijo de Quéreas y no dejar ningún recuerdo de vues-
tro matrimonio tan celebrado. ¿Y si va a ser un niño?
¿Y si va a ser semejante a su padre? ¿Y si va a ser más
afortunado que yo? ¿Va a matar su madre al que se
salvó de la tumba y los piratas? ¿De cuántos hijos de 5
dioses y reyes hemos oído que, nacidos en la esclavitud,
recobraron más tarde el rango de su padre, como Zeto

[35] Medea, aludida también más adelante como «la escita», es la hija del rey de la Cólquide, nieta, por tanto, del Sol, y de la maga Circe. Ayudó a Jasón y los Argonautas a conquistar el vellocino de oro, y se desposó con él, de quien tuvo dos hijos. Traicionada después por su marido, se venga de la futura nueva esposa de éste, regalándole un vestido que la hace arder a ella y su palacio, y completa su venganza asesinando a sus propios hijos, y escapando en un carro de fuego que le envía su abuelo el Sol. Aquí se alude al famoso monólogo patético de la *Medea* euripídea.

y Anfión, y Ciro[36]? Quizá tú, hijo, navegues un día a Sicilia, y buscarás a tu padre y a tu abuelo y les contarás la historia de tu madre. Y de allí se enviará una expedición en mi ayuda. Tú, hijo, devolverás uno al otro a tus padres.

6 Razonando así durante toda la noche le vino el sueño unos instantes. Y se le presentó la imagen de Quéreas, en todo semejante a él, *parecida en la altura y en los bellos ojos y en la voz, y sobre su piel tenía las mismas vestiduras*[37]. Y poniéndosele delante, dijo: «Te confío, mujer, a nuestro hijo». Y cuando aún quería seguir hablando, se lanzó hacia él Calírroe, tratando de abrazarlo. Así que, creyéndolo un consejo de su marido, decidió criar a su hijo.

10 Al día siguiente, al llegar Plangón le reveló su decisión. Y ella no pasó por alto lo inoportuno de su resolución, sino que dijo:

—Es imposible, mujer, que críes a tu hijo entre nosotros, pues nuestro amo, que está enamorado de ti, no te forzará contra tu voluntad por respeto y por templanza; pero no consentirá en criar al niño por celos, considerándose insultado si pones tanto afecto en el
2 ausente y le desprecias a él, que está presente. Por tanto, a mí me parece mejor matar al niño antes de nacer que después de que haya nacido, pues te ahorrarás a ti

[36] Zeto y Anfión, gemelos, hijos de Zeus y Antíope, fueron expuestos en el monte al nacer por su abuelo. Recogidos y criados por un pastor, reconocieron a su madre cuando fueron mayores, y la vengaron, ocupando el trono de Tebas. De Ciro, primer rey de los persas, cuenta Heródoto que fue también expuesto en el monte al nacer, por orden de su abuelo Astiages, rey de los medos, al que un sueño le había anunciado que el hijo de su hija sería superior a él. Salvado y criado por un pastor, fue más tarde reconocido por su abuelo, al que tiempo más tarde destronó (HERÓDOTO, *Historia* I, 107-122).

[37] *Il.* XXIII, 66-67, aparición de Patroclo a Aquiles.

misma vanos dolores y un embarazo inútil. Yo te aconsejo la verdad porque te quiero.

Con dolor la oyó Calírroe, y arrojándose a sus rodillas
la suplicó que buscara algún modo de poder criar al
niño. Ella, después de darle muchas negativas y de dila- 3
tar la respuesta dos o tres días, cuando ya la había
inflamado más para que le suplicara, y se le había hecho
más digna de confianza, en primer lugar le hizo jurar
que a nadie diría su artimaña, y luego, frunciendo las
cejas y retorciéndose las manos, dijo:

—Las grandes cosas, mujer, se arreglan con grandes
proyectos, y yo por cariño hacia ti voy a traicionar a mi
amo. Sabe, pues, que te va a ser preciso una de las dos 4
cosas: o hacer perecer a tu hijo o que nazca el más
rico de los jonios, heredero de la más ilustre casa. Y
eso te hará a ti una madre feliz. Elige, pues, cuál de las
dos cosas quieres.

—¿Y quién —respondió— será tan insensata para elegir la muerte de su hijo en lugar de su felicidad? Pero me parece que dices algo imposible e increíble, así que explícamelo con más claridad.

Preguntó entonces Plangón: 5

—¿De cuánto tiempo crees que estás embarazada?

Y ella dijo:

—De dos meses.

—Entonces el tiempo nos ayuda, pues puedes hacer creer que lo has tenido sietemesino de Dionisio.

Ante esto gritó Calírroe:

—¡Mejor que muera!

Y Plangón le dijo cínicamente: 6

—Tienes razón, mujer, al preferir abortar. Hagamos
eso, pues es menos peligroso que engañar al amo. Corta
todos tus recuerdos de nobleza, y no tengas ya más
esperanza de tu patria. Adáptate a tu actual suerte y 7
hazte exactamente una esclava.

Al aconsejarle Plangón esto, nada sospechó Calírroe, muchacha noble y sin experiencia de las astucias de los esclavos. Pero cuanto más le exhortaba ella a matarlo, tanto más compadecía al que llevaba en su vientre, y dijo:

—Dame tiempo para reflexionar, pues se trata de una elección entre las cosas más graves: mi virtud o mi hijo.

8 De nuevo alabó esto Plangón, el no elegir precipitadamente:

—Pues es poderosa la inclinación hacia ambas cosas. Lo uno tiene la fidelidad de la esposa, y lo otro el amor de la madre. Sin embargo, la ocasión no admite un largo retraso, sino que es preciso que mañana sepas ya cuál de las dos cosas eliges, antes de que tu vientre se haga evidente.

Acordaron esto, y se separaron una de otra.

11 Calírroe, subiendo al piso superior y cerrando las puertas, acercó a su vientre la imagen de Quéreas y dijo:

—He aquí que nos hemos convertido en tres, un hombre, su mujer y el hijo. Deliberemos sobre lo que nos conviene a todos. Yo voy a mostrar primero mi pensamiento. En efecto, yo quiero morir como esposa de Quéreas sólo. Esto es para mí más dulce que los padres, la patria y el hijo, el no tener conocimiento de otro
2 hombre. ¿Y tú, hijo, qué eliges para ti mismo? ¿Morir, con una medicina, antes de ver el sol, y ser arrojado junto con tu madre, y quizá no ser considerado digno ni de una sepultura; o vivir y tener dos padres, uno de Sicilia, y el otro el primero de Jonia? Cuando llegues a hombre serás reconocido fácilmente por tus parientes, pues estoy convencida de que te engendraré igual a tu padre. Y navegarás brillantemente en los trirremes[38] milesios, y Hermócrates recibirá con alegría a su

[38] El trirreme es el navío de guerra griego, provisto de puente y con tres órdenes de bancos de remeros.

descendiente, ya capaz de ser estratego. Traes, hijo, 3
un voto contrario al mío y no nos consientes matarte.
Preguntemos también a tu padre. Pero en realidad él
ya ha hablado, pues él mismo, presentándoseme en sue-
ños me dijo: «te confío a nuestro hijo». Te tomo por
testigo, Quéreas, tú me desposas con Dionisio.

Todo el día y la noche estuvo en estas reflexiones, y 4
no por sí misma, sino por el niño, se persuadió de seguir
viviendo. Y al día siguiente, cuando llegó Plangón, se
sentó primero con semblante sombrío, y mostró el as-
pecto de participar de su dolor, y ambas permanecieron
en silencio. Y cuando hubo pasado largo tiempo Plangón 5
preguntó:

—¿Cuál es tu opinión? ¿Qué hacemos? Pues no es mo-
mento de esperar.

Pero Calírroe no pudo contestarle al pronto, llorando
y trastornada, y penosamente dijo:

—Mi hijo me traiciona contra mi voluntad. Haz tú
lo necesario. Pero temo que incluso si me someto a
esta violencia Dionisio me desprecie por mi situación y,
considerándome como concubina, no como esposa, no
eduque al engendrado por otro, y yo perderé en vano
mi virtud.

Mientras estaba aún hablando, la interrumpió Plangón 6
y dijo:

—Yo misma he pensado en eso antes que tú, pues ya
te quiero más que al amo. Confío en el carácter de Dio-
nisio, pues es un hombre honrado, pero aún así le pediré
juramento, aunque él sea mi amo. Pues es preciso que
lo hagamos todo con plena seguridad. Y tú, hija, confía
en su juramento. Yo me voy ahora a llevar esta em-
bajada.

LIBRO TERCERO

1 Dionisio, como no obtenía el amor de Calírroe, y no soportaba ya seguir viviendo, había resuelto dejarse morir, y escribió su testamento disponiendo cómo debía ser enterrado. Y en su escrito suplicaba a Calírroe que se acercara a él, aunque fuera una vez muerto.

Plangón quería entrar a presencia de su amo, pero le cerró el paso un criado que había recibido la orden
2 de no permitírselo a nadie. Y, como se pusieron a discutir ante la puerta, los oyó Dionisio y preguntó quién venía a molestar. Y al decirle el criado que era Plangón dijo:

—En mal momento se presenta (pues ya no quería ver nada que le recordara su deseo), pero, sin embargo, llámala.

3 Ella, abriendo las puertas, dijo:

—¿Por qué te atormentas, amo, llorando por ti mismo como quien ha fracasado? Calírroe, en efecto, te llama a la boda. Ponte hermosos vestidos, ofrece el sacrificio y recibe a la novia que amas.

Recibió una fuerte impresión Dionisio por lo inesperado, y la oscuridad le inundó los ojos, y como estaba muy débil quedó con todo el aspecto de un muerto.

Plangón, llorando a gritos, hizo que se reuniera gran número de gente, y por toda la casa se lloró al amo
4 como muerto; y ni siquiera Calírroe oyó la noticia sin

lágrimas. Tan grande era el dolor de todos que incluso ella lloraba a Dionisio[39].

Tras cierto tiempo, se fue recobrando penosamente, y con débil voz dijo:

—¿Cuál de los dioses me engaña, queriendo apartarme del camino que me había propuesto? ¿Despierto o en sueños he oído eso? ¿Quiere casarse conmigo Calírroe, que no quería ni dejarse ver?

Poniéndose a su lado le dijo Plangón: 5

—Deja de causarte dolor en vano a ti mismo, y de no creer en tu propio bien. Pues yo no engaño a mi amo, sino que me ha enviado Calírroe a traerte esta embajada sobre la boda.

—Dame, pues, esa embajada —dijo Dionisio—, y re-
pite sus propias palabras; y no quites ni añadas nada, 6
sino que trata de acordarte con exactitud.

—Yo —me dijo—, que pertenezco a la primera casa
de Sicilia, he sufrido desgracias, pero conservo aún
mi orgullo. Me he visto privada de patria y padres, pero
lo único que no he perdido es la nobleza. Así pues, si
Dionisio quiere tenerme como concubina y saciar así sus
deseos, me ahorcaré antes de entregar mi cuerpo a un
ultraje de esclava. Pero si me quiere como esposa legí-
tima de acuerdo con las leyes, también yo quiero ser
madre, para que el linaje de Hermócrates tenga un su-
cesor. Que Dionisio delibere sobre esto, no a solas ni 7
apresuradamente, sino con sus amigos y parientes, para
que nadie pueda decirle más adelante «¿Vas a criar al
hijo de una esclava y avergonzar así tu casa?». Si no
quiere ser padre, que no sea tampoco marido.

Estas palabras inflamaron aún más a Dionisio, y concibió una ligera esperanza, pensando que su amor era correspondido, y tendiendo las manos al cielo dijo:

[39] Traducimos aceptando la conjetura de Reiske *tosaútē lýpē*... El pasaje, sin embargo, claramente corrupto, permanece aún oscuro.

—Ojalá vea yo, oh Zeus y Helios, un hijo de Calírroe. Entonces me consideraré más feliz que el Gran Rey. Vayamos ante ella. Condúceme tú, Plangón, que tanto quieres a tu amo.

2 Llegado al piso de arriba, en primer lugar se sintió impulsado a arrojarse a las rodillas de Calírroe, pero se contuvo y sentándose reposadamente dijo:

—He venido, mujer, a darte las gracias por mi salvación. Pues yo no iba a violentarte contra tu voluntad,
2 pero como no podía obtenerte había decidido morir. Por ti he vuelto a la vida. Y te tengo el mayor agradecimiento, pero, sin embargo, hay algo que te reprocho, pues tú no has creído que yo te iba a tener como esposa para engendrar hijos según las leyes griegas. Si yo no te amara, no hubiera deseado conseguir tal matrimonio. Pero tú, al parecer, me considerabas un loco, si creías que yo iba a hacer esclava a una mujer noble, e iba a considerar un hijo indigno de mí a un descendiente de
3 Hermócrates. «Piénsalo», dices. Ya lo tengo bien pensado. ¿Temes a mis amigos tú, a quien todos aman sobremanera? ¿Y quién se va a atrever a decir que es indigno el engendrado por mí, y que tiene un abuelo más grande que su padre?

Mientras decía estas cosas llorando se acercó a ella. Y ella enrojeciendo le besó dulcemente y dijo:

—Confío en ti, Dionisio, pero desconfío de mi suerte, pues ya antes fui arrojada de mayores bienes por ella.
4 Y temo que aún no se haya reconciliado conmigo. Tú, entonces, aunque eres bueno y justo, pon por testigos a los dioses, no por ti mismo, sino por los demás ciudadanos y parientes, para que ya nadie pueda conspirar nada malo contra mí, sabiendo que has hecho un juramento. Pues es fácil despreciar a una mujer sola y extranjera.

5 —¿Qué juramento —dijo— quieres que haga a los dioses? Pues estoy dispuesto a jurar, si fuera posible,

subiendo al cielo y poniendo mi mano sobre el propio Zeus.

—Júrame —dijo— por el mar que me trajo a ti, y por Afrodita que me mostró a ti, y por Eros, el que conduce a las novias.

Le pareció bien esto y al punto lo hizo.

La pasión amorosa le daba prisa y no consentía retra- 6
sar la boda, pues es desagradable imponer economías a la libertad de amar. Dionisio, hombre cultivado, estaba dominado por la tempestad y tenía su alma sumergida en ella, pero se obligaba a sacar la cabeza fuera de aquella como triple ola de pasión. De modo que en- 7
tonces se contuvo con los siguientes razonamientos:

—¿Voy a desposarla en lugar solitario, como si realmente fuera una esclava comprada con dinero? No soy tan desagradecido como para no celebrar con fiestas mi boda con Calírroe. Es en esto en lo primero que debo honrar a mi mujer. Y además esto me da también seguridad ante el futuro, pues lo más rápido de todas las cosas es la Fama: se marcha por el aire y tiene libres los caminos. Por su causa nada extraordinario puede quedar oculto. Ya está corriendo a llevar a Sicilia la inesperada noticia. «Calírroe vive. Unos violadores de tumbas abriendo su sepultura la robaron y fue vendida en Mileto». Ya vienen navegando los trirremes de 8
Siracusa y el estratego Hermócrates a reclamar a su hija. ¿Y qué les voy a decir? «Terón me la vendió.» ¿Y dónde está Terón? E incluso si consigo hacerme creer, ¿en verdad no he dado hospitalidad a un pirata? Reflexiona, Dionisio, sobre tu causa, pues quizá la tendrás que exponer ante el Gran Rey. Así pues, lo mejor será decir: «Yo oí decir que una mujer libre había llegado aquí no sé cómo, y entregándoseme ella misma en matrimonio, abiertamente la desposé según las leyes». Así 9
convenceré también más a mi suegro de que no soy indigno de este matrimonio. Aguanta, alma mía, este corto

plazo, para que puedas gozar ya todo el tiempo de un placer seguro. Seré más fuerte ante el juicio si hago uso del derecho de marido y no del de amo.

10 Decidió esto, y llamando a Leonas le dijo:

—Vete a la ciudad y prepara todo magníficamente para mi boda. Que se traigan rebaños, que se transporten por tierra y mar trigo y vino. Me he propuesto invitar a toda la ciudad en común.

11 Habiéndolo dispuesto todo cuidadosamente, al día siguiente hizo él el camino en carro, y ordenó que Calírroe (pues aún no quería mostrarla a la multitud) fuese llevada por la tarde en barca hasta la casa, que estaba precisamente en el puerto llamado Dókimo, y puso en manos de Plangón su cuidado.

12 Calírroe, cuando ya iba a abandonar el campo, en primer lugar fue a rogar a Afrodita, y entrando al templo, después de hacer salir a todos, dijo esto a la diosa:

—Soberana Afrodita, ¿debo en justicia hacerte reproches, o estarte agradecida? Tú, cuando yo era virgen,
me uniste a Quéreas, y ahora después de él me casas
13 con otro. No me hubiera dejado convencer de hacer el
juramento por ti y por tu hijo si no me hubiera persuadido este niño (dijo, señalando a su vientre). Te suplico —añadió— no por mí misma, sino por él. Haz que mi engaño quede oculto. Puesto que él no tiene a su verdadero padre, que sea considerado hijo de Dionisio, y una vez criado ya encontrará a su otro padre.

14 Los marineros, al verla yendo del templo al mar, se sintieron invadidos por el miedo, como si fuese la propia Afrodita la que iba a embarcarse, y todos se apresuraron a prosternarse. Y por el ardor de los remeros llegó la nave al puerto más rápido de lo que se tarda en decirlo.

15 Al despuntar el alba estaba la ciudad coronada de flores. Cada uno ofrecía un sacrificio ante su propia casa, no sólo en los templos. Había multitud de conjeturas

sobre quién era la novia, y el populacho estaba persuadido, a causa de la belleza de la mujer, y del hecho de ser una desconocida, de que era una Nereida que había salido del mar, o que era la diosa que se aparecía en las propiedades de Dionisio, pues esto era lo que con-
taban los marineros. Uno sólo era el deseo de todos: 16
contemplar a Calírroe, y por ello se congregó una gran multitud en torno al templo de la Concordia, donde era costumbre de la ciudad que los que se iban a casar recibieran a las novias.

Entonces se adornó Calírroe por primera vez desde que había sido encerrada en la tumba, pues una vez que había decidido casarse pensó que su belleza era su patria y su linaje. Y tras ponerse un vestido milesio y la corona de novia, salió ante la multitud, y todos gritaron entonces:

—¡Es Afrodita la que se casa! 17

Extendieron ante ella tejidos y púrpura, rosas y violetas, y vertieron perfumes a su paso, y no quedó en las casas ni un niño ni un anciano, ni tampoco en los puertos. Hasta a los tejados se subió la multitud en los pasajes estrechos.

Pero incluso ese mismo día se irritó de nuevo aquella divinidad celosa, y el cómo, poco más adelante lo diré. Quiero contar antes lo ocurrido en Siracusa durante este tiempo.

Los violadores de tumbas habían cerrado el sepulcro 3
sin cuidado ninguno, pues tenían prisa por hacerlo en la noche. Quéreas, habiendo aguardado al despuntar del día, fue a él con el pretexto de llevar coronas y libaciones, pero en verdad con la intención de quitarse la vida, pues no soportaba verse separado de Calírroe y consideraba la muerte como único médico de su dolor.

Al llegar allí encontró las piedras removidas y la en-
trada abierta. Y al verlo quedó asombrado y preso de 2
un gran estupor, por no saber qué había ocurrido. La

Fama, rápida mensajera, se encargó de anunciar a Si-
racusa ese hecho extraño, y todos corrieron al sepul-
cro, pero nadie se atrevía a entrar dentro antes de que
3 Hermócrates lo ordenase. Por fin hicieron entrar a uno
y éste lo describió todo exactamente, y les pareció in-
creíble que no estuviese la muerta. El propio Quéreas
se lanzó dentro con el deseo de ver otra vez a Calírroe,
aunque fuese muerta, pero aunque registró toda la tum-
4 ba, nada pudo encontrar. Después de él entraron mu-
chos, por incredulidad, y de todos se apoderó el estu-
por, y uno de los presentes dijo:

—Las ofrendas funerarias han desaparecido. Eso es obra de violadores de tumbas. Pero la muerta, ¿dónde está?

Muchas y diversas conjeturas corrieron entre la multitud, y Quéreas, mirando al cielo y tendiendo a él las manos, dijo:

—¿Cuál de los dioses es el que se hizo mi rival en
amor y se llevó a Calírroe, y ahora la retiene junto a
él contra su voluntad, obligada por un destino más
5 poderoso? Por eso murió repentinamente, para que no
sufriese enfermedad. Así también a Teseo le arrebató
Dioniso a Ariadna, y a Sémele la raptó Zeus. Yo no sabía
que tenía por mujer a una diosa, y que era superior a
nuestra condición. Pero no debía haberse ido de entre
6 los hombres tan rápidamente y con tal pretexto. Tetis
era también una diosa, pero permaneció junto a Peleo
y él tuvo un hijo de ella; pero yo en la flor de mi amor
me veo privado de él. ¿Qué me va a pasar? ¿Qué va a
ser de mí, desdichado? ¿Me voy a suicidar? Y, ¿junto
a quién seré enterrado?, pues esa era mi única esperan-
za en la desgracia, que si no conservaba el lecho común
con Calírroe iba a conseguir una tumba común con ella.
7 Me defiendo ante ti, señora, por mi vida. Tú me obligas
a vivir, pues te buscaré por tierra y por mar, y por el

aire si puedo subir a él. Y esto te suplico, mujer, que
no huyas tú de mí.

Rompió la multitud en lamentos ante estas palabras,
y todos comenzaron a llorar a Calírroe como si acabase
de morir.

Inmediatamente sacaron al mar los trirremes y mu- 8
chos hombres se distribuyeron la búsqueda. El propio
Hermócrates buscó en Sicilia, y Quéreas en Libia. Al-
gunos fueron enviados a Italia y a otros se les ordenó
atravesar el mar jónico.

Pero la ayuda humana fue totalmente ineficaz, y quien
sacó a la luz la verdad fue la Fortuna, sin la cual no hay
nada que pueda ser llevado a término. Puede uno darse
cuenta de ello por lo que ocurrió.

Los violadores de tumbas, una vez que vendieron la 9
mercancía incómoda, la mujer, abandonaron Mileto e
hicieron la travesía a Creta, de la que habían oído hablar
como isla rica y grande, y en la que esperaban que les
fuera más fácil la venta de sus mercancías. Pero un
fuerte viento que se les presentó de improviso les des-
vió hacia Jonia, y luego de allí en adelante marchaban 10
a la deriva a través del solitario mar. Truenos y relám-
pagos y una larga noche cayeron sobre los impíos, de-
mostrándoles la Providencia que antes habían tenido
una buena travesía gracias a Calírroe.

Aún estando muchas veces cerca de la muerte, no
les liberó el dios rápidamente del miedo, haciéndoles
largo el naufragio. No hubo, en efecto, tierra que aco- 11
giera a los impíos, y ellos, después de vagar por el mar
mucho tiempo se encontraron con falta de lo necesario,
especialmente de bebida, y de nada les servía la riqueza
injustamente obtenida, sino que morían de sed entre el
oro. Tarde se arrepentían de aquello a lo que habían
osado, reprochándose unos a otros que «de ningún pro-
vecho nos ha servido».

12 Así pues, todos los demás murieron de sed, pero Terón aun en aquella situación fue malvado, ya que, escondiendo algo de bebida, incluso a sus cómplices robó. Él creía que había hecho algo hábil, pero en realidad fue obra de la providencia, que guardaba a ese hombre para la tortura y la cruz.

13 El trirreme que llevaba a Quéreas se encontró por azar con la barca que iba a la deriva, y en un primer momento la esquivó, creyendo que era de piratas, pero al darse cuenta de que estaba sin piloto, llevada a la ventura según la acometida de las olas, uno gritó desde el trirreme:

—No tiene tripulación. No temamos nada, sino que acercándonos investiguemos este caso extraño.

14 Esto le pareció bien al piloto, pues Quéreas lloraba con la cabeza cubierta en el fondo de la nave, y una vez que se acercaron, en primer lugar llamaron a los de dentro, y como nadie respondía, subió un hombre del trirreme y vio que no había más que oro y cadáveres. Lo contó a los marineros y se alegraron, considerándose afortunados, pensando que habían encontrado
15 un tesoro en el mar. Y como esto produjo un gran tumulto, Quéreas preguntó cuál era la causa de ello, y después que le informaron, también él quiso conocer aquel hecho extraordinario. Y al reconocer las ofrendas funerarias rasgó sus vestiduras y lanzó un grito largo y penetrante:

—¡Ay de mí, Calírroe!, éstas son tus ofrendas. Ésta es la corona que yo puse en tu cabeza. Esto te lo dio tu padre, y esto tu madre, y éste es tu vestido de novia.
16 Esta nave ha sido tu tumba. Veo tus cosas, pero tú ¿dónde estás? De las ofrendas funerarias sólo falta la muerta.

Oyendo esto, Terón estaba echado igual que los muertos, y efectivamente estaba medio muerto, pues había tomado la decisión de no emitir un sólo sonido ni mo-

verse, ya que no era para él imprevisible el futuro. Pero por naturaleza ama el hombre la vida, y ni en las peores desgracias pierde la esperanza de un cambio a mejor, habiendo sembrado en todos esta ilusión el dios creador para que no escapen a una vida desdichada.

Así pues, dominado por la sed, lo primero que lan- 17
zó fue esta voz: «¡Agua!», y una vez que se la dieron
y obtuvo todo tipo de cuidados, sentándose junto a él
le preguntó Quéreas:

—¿Quiénes sois? ¿A dónde navegáis? ¿Y de dónde sacásteis estas cosas? ¿Y qué le habéis hecho a su dueña?

Terón se acordó de que era un hombre astuto y dijo:

—Soy cretense y navego a Jonia. Busco a mi hermano
que es soldado. Fui abandonado por los que me llevaban 18
en su nave en Cefalenia, al haberse marchado de allí
rápidamente. Embarqué en este navío que pasó oportunamente por allí. Pero fuimos desviados por fuertes vientos a este mar, y como se produjo luego una larga calma, todos murieron de sed, y sólo yo me he salvado por mi piedad.

Oído esto, Quéreas mandó atar la barca al trirreme hasta que llegasen al puerto de Siracusa.

Pero llegó antes la Fama, que es rápida por natura- 4
leza y que entonces se dio más prisa en anunciar tantos
sucesos sorprendentes y extraordinarios. Así que todos
corrieron a reunirse a la orilla, y había a la vez senti-
mientos diversos: unos lloraban, otros se asombraban,
otros preguntaban, otros no podían dar crédito a las
noticias, pues tan extraña nueva los había dejado per-
plejos. La madre, al ver las ofrendas funerarias de su 2
hija, empezó a gritar:

—Todo lo reconozco. Sólo tú, hija, faltas. ¡Extraños violadores de tumbas, que han guardado los vestidos y el oro y sólo han robado a mi hija!

Resonaron las orillas y el puerto con los golpes de las mujeres, y llenaron la tierra y el mar de lamentos.
3 Pero Hermócrates, que era estratego y conocedor de lo que debía hacerse, dijo:

—No se debe investigar aquí, sino que hay que hacer una indagación más ajustada a la ley. Vayamos a la asamblea. ¿Quién sabe si incluso tendremos necesidad de jueces?

4 No había acabado de hablar y ya estaba lleno el teatro. A aquella asamblea pudieron ir también las mujeres. El pueblo tomó asiento muy excitado, y entró el primero Quéreas, vestido de negro, pálido, cubierto de polvo, como quien acaba de acompañar a la tumba a su mujer, y no quiso subir a la tribuna, sino que, colocándose abajo, primero estuvo llorando largo rato, y aunque quería hablar no era capaz de hacerlo, pero la
5 multitud gritó: «¡Ten ánimo y habla!» Y él, levantando penosamente la cabeza, dijo:

—No es momento el actual de hablar en público, sino de lamentarse, y yo sólo por obligación hablo y estoy vivo, hasta que descubra la desaparición de Calírroe. Habiendo salido de aquí por ello, no sé si he hecho
6 una travesía favorable o desfavorable. En efecto, vimos una nave que andaba errante en el mar tranquilo, llena de su propia tempestad y hundida en la calma. Asombrados nos acercamos, y creí ver la tumba de mi desdichada mujer, porque tenía todas sus cosas, excepto ella misma. Y había una gran cantidad de muertos, todos extranjeros, y uno de entre ellos, aquí presente, fue encontrado medio muerto. A éste con todo cuidado lo reanimé y os lo guardé para vosotros.

7 Mientras hablaba, los esclavos públicos condujeron al teatro a Terón, atado, con la escolta adecuada para él, pues le seguían la rueda, el potro y el fuego y los látigos, devolviéndole así la Providencia el premio del

certamen. Y cuando se colocó en medio de los arcontes, 8
uno le preguntó:

—¿Quién eres?

—Demetrio —dijo.

—¿Y de dónde?

—Cretense.

—¿Qué es lo que sabes? Dilo.

—Navegando a Jonia al encuentro de mi hermano fui
abandonado por mi nave, y luego embarqué en un navío
que pasó por allí. Entonces creí que eran mercaderes,
pero ahora veo que eran violadores de tumbas. Después 9
de estar en el mar mucho tiempo, todos los demás
murieron por falta de agua, y apenas yo me he salvado,
por no haber hecho ningún mal en mi vida. Así pues,
siracusanos, no seáis para mí vosotros, pueblo afama-
do por su benevolencia, peores que la sed y el mar.

Al decir él esto con tono plañidero la multitud sintió 10
compasión, y quizá les hubiera persuadido, hasta el pun-
to de conseguir recursos para marcharse, si un dios
vengador de Calírroe no se hubiera irritado contra él
por tan injusta persuasión —pues iba a ser lo más la-
mentable de todo el asunto el que los siracusanos se
convencieran de que era el único que se había salvado
por su piedad el que se había salvado sólo por impie-
dad— para que fuese más castigado.

En efecto, sentado entre la multitud un pescador lo 11
reconoció, y dijo en voz baja a los que estaban sentados
cerca:

—A ése lo he visto ya antes dando vueltas por nuestro puerto.

Inmediatamente se extendió la noticia a todos, y uno gritó:

—¡Miente!

Todo el pueblo se dio la vuelta y los magistrados or- 12
denaron que bajara el que había hablado el primero,
y aunque Terón negó, fue creído el pescador.

Al punto llamaron a los verdugos y aplicaron los lá-
tigos al malvado. Quemado y desgarrado, resistió mu-
13 cho, y faltó poco para que venciera a la tortura. Pero
es grande la conciencia y todopoderosa la verdad, pues
con dificultad y lentamente, pero al fin confesó Terón,
y así empezó a relatar:

—Al ver tan gran riqueza enterrada reuní un grupo
14 de ladrones. Abrimos la tumba; encontramos viva a la
muerta; reuniéndolo todo lo metimos en la barca; na-
vegando a Mileto vendimos sólo a la mujer, y el resto
lo llevábamos a Creta y, desviados al mar Jonio por los
vientos, ya habéis visto qué más nos pasó.

Lo dijo todo, y solamente dejó sin mencionar el nombre del comprador.

15 Dicho esto, todos sintieron a la vez alegría y tristeza: alegría porque Calírroe estaba viva, y tristeza porque había sido vendida. Para Terón fue votada la pena de muerte, pero Quéreas suplicó que no muriera todavía el hombre.

—Para que —dijo— venga conmigo y me muestre a los compradores. Daos cuenta de mi necesidad: estoy hablando en favor del que ha vendido a mi mujer.

16 A esto se opuso Hermócrates diciendo:

—Es mejor hacer la búsqueda más difícil que violar las leyes. Os pido, siracusanos, que, acordándoos de mis campañas como estratego y mis trofeos, me devolváis este favor pensando en mi hija. Enviad una embajada en su ayuda y recobrémosla, pues es una mujer libre.

17 Cuando aún estaba hablando gritó todo el pueblo:

—¡Todos iremos!

Del Consejo se propusieron como voluntarios la mayor parte, pero Hermócrates dijo:

—Os agradezco a todos este honor, pero bastan como embajadores dos hombres del pueblo y dos del Consejo. Y Quéreas será el quinto que vaya.

Les pareció bien esto y se le dio fuerza de ley, y des- 18
pués se disolvió la asamblea. Gran parte de la multitud acompañó a Terón, que fue llevado a la muerte. Fue crucificado ante la tumba de Calírroe, y desde la cruz veía el mar, por el que se había llevado cautiva a la hija de Hermócrates y del que ni los atenienses se habían podido apoderar.

A todo el mundo le parecía bien esperar la estación 5
buena para la navegación, y hacerse a la mar cuando empezara a brillar la primavera, pues entonces aún era invierno y les parecía totalmente imposible atravesar el mar Jonio. Pero Quéreas tenía prisa, y por su amor estaba dispuesto a, construyendo una balsa, lanzarse él mismo al mar a merced de los vientos. Los embajadores 2
tampoco quisieron diferir el viaje por respeto hacia él y, sobre todo, hacia Hermócrates, sino que se mostraron dispuestos a hacerse a la mar.

Los siracusanos organizaron la expedición a costa de los fondos públicos, para que también esto se añadiera al rango de la embajada. En consecuencia, pusieron a 3
flote un trirreme, la nao capitana de su flota, que todavía tenía las enseñas de la victoria. Y cuando llegó el día marcado para la partida la multitud se congregó en el puerto, no sólo los hombres, sino también las mujeres y los niños, y había al mismo tiempo súplicas, lágrimas, gemidos, exhortaciones, miedo, valor, desesperación, esperanza...

Aristón, el padre de Quéreas, llevado a hombros por 4
su extrema vejez y por la enfermedad, se abrazó al cuello de su hijo y colgado de él decía llorando:

—¿Por quién me abandonas, hijo, a mí, anciano ya
medio muerto? Pues es evidente que ya no te volveré 5
a ver. Quédate aunque sea unos pocos días, para que muera entre tus brazos; y entiérrame y vete luego.

Y su madre, abrazada a sus rodillas:

—Te lo suplico, hijo, no me dejes aquí sola, sino que méteme en el trirreme, pues seré una carga bien ligera. Y si soy pesada y excesiva, arrojadme al mar por el que tú navegues.

6 Al decir esto rasgó sus vestidos, y exponiendo su pecho y sus senos dijo:

—Hijo, *respeta esto y compadécete de mí, si alguna vez tuve tu boca sobre los pechos que destierran la pena*[40].

Se sintió abatir Quéreas ante las súplicas de sus padres, y se arrojó de la nave al mar, queriendo morir para escapar de una de las dos cosas: o no buscar a Calírroe, o hacer sufrir a sus padres. Y lanzándose de-
7 trás los marineros, con dificultad lo izaron. Entonces Hermócrates hizo apartarse a la multitud y mandó al piloto que acabase de aparejar.

Y ocurrió también otro hecho de amistad no sin nobleza: Policarmo, el amigo de Quéreas, durante lo ocurrido no había sido visto entre la gente, sino que incluso había dicho a sus padres:

—Muy querido en verdad, mucho, me lo es Quéreas, pero no hasta el punto de correr con él tan terribles peligros. Por ello, hasta que él parta permaneceré apartado.

8 Pero cuando la nave se había alejado de tierra se despidió de ellos desde su popa, para que ya no pudieran retenerle.

9 Quéreas, al salir del puerto dijo, mirando hacia el mar abierto:

—Llévame, oh mar, por el mismo camino por el que llevaste a Calírroe. Te suplico, Poseidón, que o ella vuelva con nosotros o no vuelva yo aquí sin ella, pues si no puedo recobrar a mi mujer, quiero ser esclavo con ella.

---

40 *Il.* XXII, 82-83.

Un viento favorable empujó al trirreme, y éste corría 6
como sobre la huella de la barca. En el mismo número
de tres días llegaron a Jonia, y fueron empujados al
mismo promontorio en las tierras de Dionisio. Y mien- 2
tras los demás, fatigados, bajando a tierra se dedicaron
a recuperarse, construyendo tiendas y preparando comi-
da, Quéreas, vagando de un lado a otro con Policar-
mo, dijo:

—Y ahora, ¿cómo podemos encontrar a Calírroe?, pues temo sobre todo que Terón nos haya mentido y esté muerta la desdichada. Y si ha sido vendida de verdad, ¿quién sabe dónde?, pues Asia es muy grande.

Caminando sin rumbo, se encontraron el santuario 3
de Afrodita, y les pareció bien entonces ir a postrarse
ante la diosa, y arrojándose a sus rodillas dijo Quéreas:

—Tú fuiste, señora, la primera que me mostraste a Calírroe en tu fiesta. Sé tú también ahora la que me devuelva a aquella a la que recibí como un don.

Y al mismo tiempo, levantando la cabeza, vio junto
a la diosa la imagen de oro de Calírroe, ofrenda de Dio-
nisio, *y a él se le desataron las rodillas y el corazón*[41],
y cayó presa de vértigo. La sacerdotisa, que lo había vis- 4
to, trajo agua, y una vez que consiguió reanimarlo dijo:

—Ten ánimo, hijo, también a muchos otros ha abatido la diosa, pues hace apariciones y se muestra a sí misma claramente. Pero eso es señal de un gran bien. ¿Ves esa estatua de oro? Esa era una esclava, pero Afrodita la ha hecho señora de todos nosotros.

—Pues ¿quién es? —dijo Quéreas. 5

—Ella es la dueña de estas tierras, hijo, la mujer de Dionisio, el primer hombre de Jonia.

Al oír esto, Policarmo, como hombre prudente que era, no dejó que Quéreas hablara más, sino que sosteniéndole lo sacó de allí, pues no quería que se conocie-

---

41 *Il.* XXI, 144.

ra quiénes eran, antes de haber pensado bien todo y
haber tomado una decisión consultando unos con otros.
6 Así que Quéreas, mientras la sacerdotisa estuvo pre-
sente, nada dijo, sino que, dominándose, se mantuvo
en silencio, excepto que por sí solas se le escaparon las
lágrimas. Pero cuando estuvieron lejos, se arrojó al
suelo y dijo:

—Oh mar benévolo, ¿por qué me has salvado?, ¿aca-
so para que, después de una buena travesía, vea a
7 Calírroe como esposa de otro? No creí que ocurriera
eso nunca, ni después de morir Quéreas. ¿Qué haré,
desdichado? Tenía la esperanza de sacarte de las manos
de un amo, y confiaba en persuadir con un rescate a tu
comprador, pero ahora te encuentro rica, quizá incluso
reina. ¡Cuánto más feliz hubiera sido si te hubiera en-
contrado mendigando! ¿Cómo le voy a decir a Dionisio,
presentándome ante él: «devuélveme a mi mujer»? ¿Pero
8 quién le dice eso a un marido? Ni siquiera puedo acer-
carme a ti, si te encontrara de frente, ni abrazarte como
a una compatriota, como sería lo más normal. Y quizá
corra el riesgo de perecer por inducir a adulterio a mi
propia mujer.

Y mientras él se lamentaba así, Policarmo le con-
solaba.

7 Entre tanto Focas, el administrador de Dionisio, como
había visto un trirreme de guerra, sintió un cierto te-
mor, e interrogando a un marinero supo por él la ver-
dad, quiénes eran y de dónde y por qué se habían hecho
a la mar.

Se dio cuenta entonces de que aquel trirreme traía
una gran desgracia para Dionisio, y que no viviría mu-
2 cho si le separaban de Calírroe. Y como amaba a su
señor, quiso prevenir el peligro y evitar una guerra,
no grande ni de toda la ciudad, sino exclusiva de la
casa de Dionisio.

Por ello, cabalgando hasta una guarnición de bárbaros[42], les anunció que un trirreme enemigo había anclado ocultamente, quizá para espiar, quizá para entregarse a la piratería, y que convenía al interés de su rey que lo tomaran antes de que hiciera algún daño.

Convenció a los bárbaros, y los condujo en orden de 3
batalla. Y ellos, cayéndoles encima en mitad de la noche y arrojando fuego, incendiaron el trirreme, y a cuantos cogieron vivos los llevaron atados a la guarnición. Al hacerse el reparto de prisioneros, Quéreas y Policarmo pidieron ser vendidos al mismo dueño, y el que los obtuvo los vendió en Caria, y allí, arrastrando gruesas cadenas, trabajaron en las posesiones de Mitrídates.

A Calírroe, entre tanto, se le apareció en sueños Qué- 4
reas encadenado, que trataba de acercarse a ella, pero no podía. Y entonces dio en sueños un grito resonante y fuerte: «¡Quéreas, ven!». Ésta fue la primera vez que oyó Dionisio el nombre de Quéreas, y preguntó a su mujer, que estaba profundamente conmovida:

—¿Quién es ése al que llamas?

A ella le traicionaron las lágrimas, y no pudo contener su pena, sino que dio libertad de hablar a su sufrimiento y dijo:

—Un hombre desdichado, el que se casó conmigo 5
cuando yo era virgen, ni siquiera feliz en sueños, pues lo he visto encadenado. Tú, desdichado, has muerto buscándome (pues es evidente que esas cadenas son las de la muerte), y yo en cambio estoy viva y vivo entre lujos, y estoy acostada en lecho de oro con otro hombre. Pero no tardaré en marcharme contigo, pues si 6
vivos no hemos gozado uno del otro, muertos nos perteneceremos.

---

42 Se trata de una guarnición de persas, del ejército del Rey. Para los griegos los «bárbaros» eran simplemente los no-griegos.

Oyendo esto Dionisio tenía pensamientos muy diversos. Pues le invadieron por una parte los celos, y deseaba que Quéreas estuviese muerto, pero por otro lado le invadió también el miedo de que ella se matase. Le daba, sin embargo, ánimos el que su mujer creyese que su marido estaba muerto, pues ella no iba a abandonar
7 a Dionisio si Quéreas ya no existía. Así pues, la consoló cuanto pudo y la vigiló durante muchos días, no fuera que se hiciese algún daño a sí misma.

A ella, por su parte, le quitó la pena la esperanza de que quizá él estaba aún vivo y había tenido un sueño falso. Y sobre todo su vientre, pues al séptimo mes de su boda dio a luz un hijo, al parecer de Dionisio, pero en verdad de Quéreas. La ciudad hizo una gran fiesta y llegaron a Mileto embajadores de todas partes, congratulándose de que el linaje de Dionisio aumentara. Y él, por la alegría, dejó todo en manos de su mujer y la declaró dueña de su casa. Llenó los templos de ofrendas e invitó a los banquetes de los sacrificios a la ciudad en pleno.

8 Calírroe, temiendo que su secreto fuese traicionado, decidió dar la libertad a Plangón, la única que sabía con ella que se había entregado a Dionisio ya encinta, para tener fidelidad por parte de ella no sólo por sus sentimientos, sino también por su condición.

—Con alegría —dijo Dionisio— daré a Plangón una
2 recompensa por su ayuda a mi amor. Pero cometeremos una injusticia si honramos a la criada y no devolvemos su favor a Afrodita, junto a la que nos vimos por primera vez.

—También yo lo quiero —dijo Calírroe—, y más que tú, pues he recibido de ella mayores favores. Ahora aún estoy recién parida, pero en cuanto pasen unos pocos días más, podremos ir al campo con mayor seguridad.
3 Rápidamente se repuso del parto, y se puso más fuerte y más hermosa, tomando el esplendor no ya de

muchacha, sino de mujer. Y cuando ellos llegaron al campo, Focas preparó sacrificios magníficos, e incluso acudió gran cantidad de gente de la ciudad, y Dionisio, al empezar la hecatombe[43], dijo:

—Soberana Afrodita, tú eres la causa de todos mis
bienes. De ti he recibido a Calírroe, de ti a mi hijo y 4
por ti soy marido y padre. A mí me bastaba Calírroe, más querida para mí que la patria y los padres, y amo a mi hijo porque me ha hecho más segura a su madre. Lo tengo como prenda de mi afecto hacia ella. Te suplico, señora, que conserves para mí a Calírroe, y para Calírroe a su hijo.

La multitud de los de alrededor aprobó con exclama- 5
ciones sus palabras, y los cubrieron, unos con rosas, otros con violetas y otros con coronas, de suerte que el templo se llenó de flores.

Dionisio dijo su plegaria delante de todos, pero Calí-
rroe quiso hablar sola a Afrodita. En primer lugar puso 6
al niño en sus brazos y ofreció una bellísima imagen, como no pintó pintor alguno, ni modeló ningún escultor, ni poeta alguno relató hasta ahora. Pues ninguno de ellos hizo a Ártemis o Atenea llevar un niño en brazos. Al verla se echó a llorar de placer Dionisio, y en silencio elevó una plegaria a Némesis.

Mandando que se quedara sólo Plangón, hizo que los demás fueran precediéndoles hacia la casa de campo.
Y una vez que se alejaron, colocándose cerca de Afrodi- 7
ta y tendiendo hacia ella a su hijo en los brazos dijo:

—Por éste, señora, te estoy agradecida, pues por mí misma no lo sé. Te estaría agradecida también por mí misma si me hubieras guardado a Quéreas. No me has dado más que una imagen de ese hombre queridísimo,
y he perdido a Quéreas entero. Concédeme que mi hijo 8
llegue a ser más feliz que sus padres y semejante a su

[43] La hecatombe era el solemne sacrificio de cien bueyes.

abuelo. Que él también navegue en una nao capitana, y que se diga de él, cuando entre en batalla: «el descendiente de Hermócrates es superior a él». Pues será feliz su abuelo por tener un sucesor de su valor, y se-
9 remos felices sus padres, aunque estemos muertos. Te suplico, señora, que te reconcilies conmigo en lo sucesivo, pues ya he sufrido bastantes desgracias. He muerto, he vuelto a la vida, he sido robada, me he visto exilada de mi patria, fui vendida y sufrí esclavitud; y considero mi segundo matrimonio como aún más terrible que todo esto. Sólo una gracia te pido a cambio de ello, a ti y a través tuyo a todos los dioses. Mantén a salvo a este huérfano.

Quería aún decir más cosas, pero se lo impidieron las lágrimas.

9 Después de un poco de tiempo llamó a la sacerdotisa, y la anciana compareciendo dijo:

—¿Por qué lloras, hija, tú que estás en tales bienes?, pues ya incluso los extranjeros se postran ante ti como si fueses una diosa. Hace unos días llegaron hasta aquí dos hermosos jóvenes que vinieron por mar, y uno de ellos, al contemplar tu imagen, faltó poco para que expirara. Tan notable te hizo Afrodita.

2 Dio un vuelco ante esto el corazón de Calírroe, y como si se hubiera vuelto loca, levantando los ojos gritó:

—¿Quiénes eran esos extranjeros? ¿De dónde venían? ¿Qué te contaron?

La anciana, cogiendo miedo, primero se quedó muda, y luego con cierta dificultad habló:

—Yo sólo los vi. Yo no oí nada.

3 —¿Cómo eran los que viste? Acuérdate de su aspecto.

La vieja hizo una descripción no muy clara, pero aun así sospechó ella la verdad, pues lo que uno desea está fácilmente dispuesto a creerlo. Y mirando a Plangón dijo:

—Es posible que el desdichado Quéreas haya llegado
errante hasta aquí. Pero ¿qué ocurrió? Busquémosle,
pero sin decir nada a nadie.

Así, cuando se reunió con Dionisio le dijo sólo lo que 4
a la sacerdotisa le había oído, pues sabía que por natu-
raleza es Eros curioso y que él se iba a ocupar por sí
mismo de lo ocurrido. Lo que evidentemente ocurrió,
pues Dionisio al enterarse del suceso se llenó de celos,
y estaba lejos de sospechar que fuera Quéreas, pero tenía
miedo de que se ocultara por los campos algún intento
de adulterio, pues la belleza de su mujer le invitaba a
sospecharlo todo y a temerlo todo. Y no sólo temía las 5
conspiraciones de los hombres, sino que pensaba que
incluso iba a bajar del cielo un dios como rival suyo.

Por tanto, llamando a Focas, inquirió:

—¿Quiénes eran esos jóvenes y de dónde venían?
¿Eran, quizá, ricos y hermosos? ¿Por qué fueron a ado-
rar a mi Afrodita? ¿Quién se la indicó? ¿Quién les dio
permiso para entrar?

Pero Focas ocultaba la verdad, no por miedo a Dio- 6
nisio, sino porque sabía que Calírroe lo mataría a él
y a todo su linaje si se enteraba de lo ocurrido. Así
pues, cuando él negó que hubiera entrado nadie, no
sabiendo Dionisio la causa, sospechó que había una
conspiración más grave contra él. E, irritado, pidió lá- 7
tigos y la rueda para aplicárselos a Focas, y no sólo a
él, sino que convocó a todos los del campo, convencido
de que iba a descubrir una tentativa de adulterio.

Focas, dándose cuenta de en qué peligro estaba, tanto
si hablaba como si callaba, dijo:

—A ti, señor, a solas, te diré la verdad.

Dionisio, haciendo salir a todos, dijo: 8

—Ea, pues, estamos solos, no mientas ya más. Di la
verdad aunque sea desagradable.

—Desagradable —dijo— no lo es, señor, pues te traigo
el relato de grandes bienes. Y si el principio te es peno-

so no te inquietes ni sufras por ello, sino que espera con paciencia hasta que lo hayas oído todo, pues tiene un final favorable para ti.

9 Dionisio, que estaba en suspenso ante sus noticias, y totalmente pendiente de lo que oía, dijo:

—No te detengas, cuéntalo ya.

De modo que él empezó a decir:

—Llegó aquí navegando desde Sicilia un trirreme y unos embajadores de Siracusa a reclamarte a Calírroe.

10 Desfalleció Dionisio al oírlo y la noche inundó sus ojos, pues tuvo la visión de que Quéreas se presentaba ante él y le arrebataba a Calírroe. Cayó, pues, al suelo con aspecto y color de muerto, y Focas se encontró en un apuro, pues no quería llamar a nadie para que nadie fuese testigo de su secreto. Penosamente y poco a poco logró reanimar él mismo a su señor diciéndole:

—Ten ánimo. Quéreas ha muerto. La nave está destruida. Ya no hay motivo de temor.

11 Estas palabras dieron la vida a Dionisio, y volviendo de nuevo paulatinamente en sí preguntó exactamente por todo, y Focas le habló del marinero que le indicó de dónde venía el trirreme y para quién navegaban y quiénes eran los que estaban allí. De su propia estratagema con los bárbaros, de la noche, el fuego, el asalto a la nave, la matanza, las prisiones. Así Dionisio disipó como una última nube de su alma y abrazándose a Focas dijo:

—Tú eres mi bienhechor. Tú eres mi defensor verda-
12 dero y el más fiel en mis secretos. Por ti tengo a Ca-
lírroe y a mi hijo. Yo, en efecto, no te hubiera ordena-
do dar muerte a Quéreas, pero no te reprocho el que
lo hayas hecho tú, pues es un crimen cumplido por amor
a tu amo. Sólo una cosa has hecho sin cuidado: no te
ocupaste de informarte si Quéreas estaba entre los
muertos o entre los prisioneros. Convenía buscar el ca-
dáver, pues así él hubiera tenido una tumba y yo podría

tener ánimo con más seguridad. Pero ahora no puedo ser feliz sin inquietud a causa de los prisioneros, pues no sabemos dónde ha sido vendido cada uno de ellos.

Y después de ordenarle a Focas que contara clara- 10
mente todo lo que había ocurrido, pero que callase dos cosas: su propia estratagema y que aún estaban con vida algunos de los del trirreme, se presentó ante Calírroe con rostro sombrío, convocando además a los campesinos, para que la mujer, al enterarse de lo ocurrido, perdiese ya con mayor seguridad toda esperanza respecto a Quéreas.

Ellos vinieron todos y contaron lo que sabían, que 2
«unos piratas bárbaros, que atacaron de noche, incendiaron un trirreme griego que había fondeado el día anterior en el promontorio, y ya de día vimos el agua mezclada con sangre y los cadáveres llevados por las olas».

La mujer al oírlos rasgó sus vestiduras y golpeándose 3
los ojos y las mejillas corrió a la habitación donde estuvo la primera vez nada más ser vendida.

Dionisio dio licencia a su dolor, temiendo hacérsele insoportable si trataba de estar con ella en un momento inoportuno. Por ello mandó a todos que la dejasen y que sólo se quedase con ella Plangón, no fuera a atentar contra sí misma.

Calírroe, en cuanto se quedó sola[44], arrojándose al 4
suelo y vertiendo polvo sobre su cabeza, arrancándose los cabellos comenzó a dar estos gritos:

—Yo deseaba, Quéreas, morir antes o al mismo tiempo que tú, y me es preciso quizá morir después. Pues ¿qué esperanza me queda ya que me retenga en la vida?
Hasta ahora en los reveses de la fortuna me decía a mí 5
misma: «algún día volveré a ver a Quéreas y le contaré cuántas cosas sufrí por él, y eso me hará más preciada

[44] Aceptamos la corrección de Naber *erēmías*.

ante él. Y de cuánta alegría se llenará cuando vea a su hijo». Pero todo se me ha hecho ya vano, e incluso mi hijo está de más, pues ese huérfano se añade a mis des-
6 gracias. Injusta Afrodita, tú sola viste a Quéreas, y no me lo mostraste a mí cuando vino. A manos de piratas entregaste su hermoso cuerpo, y no te compadeciste de él, que por ti había hecho el viaje. ¿Quién puede venerarte a ti, diosa que matas a tus propios adoradores?
7 No le prestaste ayuda en esa noche terrible, viendo matar cerca de ti a un muchacho hermoso, digno de amor. Tú me has arrebatado al compañero, al conciudadano, al amante, al amado, al esposo. Devuélvemelo, aunque sea muerto. Yo admito que nosotros hemos nacido los más desdichados de todos los seres, pero ¿qué falta había cometido el trirreme para que los bárbaros lo incendiaran también a él, al que ni los atenienses vencieron? Ahora sin duda se sentarán frente al mar nuestros padres, los de los dos, esperando nuestra vuelta, y ante cualquier nave que se deje ver a lo lejos dirán: «¡Llega Quéreas, trayendo a Calírroe!». Nos tendrán preparado nuestro lecho nupcial, y adornado el tálamo para nosotros, a quienes ni siquiera pertenece una tumba propia. Mar nefasto, tú eres el que has traído a Mileto a Quéreas a morir, y a mí a ser vendida.

LIBRO CUARTO

Esa noche la pasó Calírroe entre lamentos, llorando 1
a Quéreas que aún estaba vivo; y en un momento en que se durmió vio en sueños una banda de piratas bárbaros que llevaban fuego, y vio el trirreme en llamas, y a sí misma socorriendo a Quéreas.

Dionisio sufría viendo a su mujer consumirse, pues 2
temía que incluso su belleza se marchitase, y creía que sería ventajoso para su propio amor que ella abandonase toda esperanza sobre su anterior marido. Y que- 3
riendo mostrarle su ternura y magnanimidad le dijo:

—Levántate, mujer, y construye una tumba para ese desdichado. ¿Por qué persigues lo imposible y descuidas lo necesario? Considera que él apareciéndosete te dice: «*Entiérrame y atravesaré lo antes posible las puertas del Hades*» [45]. Pues aunque no se encuentre el cuerpo del infortunado, es ésta una antigua costumbre de los griegos, el preparar tumbas también para los desaparecidos.

La convenció inmediatamente, pues el consejo res- 4
pondía a sus deseos. Con esta nueva preocupación se calmó un tanto su pena, y levantándose del lecho se puso a buscar un lugar donde hacer la tumba. Y le agradó uno cercano al templo de Afrodita, para que incluso los de allí lo considerasen un recuerdo de amor.

---

45 *Il.* XXIII, 71.

5 Pero Dionisio envidió a Quéreas esta proximidad, y además guardaba ese lugar para sí mismo. Y como al mismo tiempo quería hacer durar el máximo aquella ocupación dijo:

—Vayamos, mujer, a la ciudad, y allí ante ella construyamos la tumba en lugar elevado y fácilmente distinguible, *de modo que sea visible de lejos desde el mar para los hombres*[46]. Los puertos de los milesios son buenos, y a ellos llegan frecuentemente incluso siracusanos, y así no quedará sin conocimiento entre tus compatriotas tu liberalidad.

6 El argumento agradó a Calírroe, y entonces se calmó su prisa. Pero en cuanto llegó a la ciudad comenzó a construir en un lugar elevado, a orillas del mar, una tumba en todo igual a la suya de Siracusa, en forma, tamaño y riqueza, y también ésta, como aquélla, para un vivo.

Después que se acabó la obra, rápidamente gracias a los abundantes gastos y la gran cantidad de obreros,
7 quiso hacer un simulacro de entierro. Se anunció el día convenido, y en él se reunió una multitud no sólo de milesios, sino también de casi toda Jonia. Y estaban también presentes dos sátrapas que habían llegado oportunamente, Mitrídates de Caria y Fárnaces de Lidia[47].
8 Su pretexto era honrar a Dionisio, pero la razón verdadera era ver a Calírroe, pues era grande la fama de la mujer en toda el Asia y había llegado hasta el Gran Rey el nombre de Calírroe, superando al de Ariadna y al de Leda. Y ellos entonces la encontraron superior aún a su fama.

Avanzaba, en efecto, vestida de negro, con los cabellos sueltos, y con el rostro resplandeciente y los brazos

---

[46] *Od.* XXIV, 83.

[47] Caria, región del S.O. de Asia Menor, situada al N.O. de Licia, S. de Lidia y S.O. de Frigia.

desnudos se mostraba superior a las *muchachas de blan-*
cos brazos y a las *de hermosos tobillos* que describe
Homero. Y ninguno de los demás podía soportar el 9
fulgor de su belleza, sino que unos volvían la cabeza
como deslumbrados por los rayos del sol, y otros in-
cluso se prosternaban. E incluso los niños sufrían su
influjo.

Mitrídates, el gobernador de Caria, se derrumbó ató-
nito sin pronunciar palabra, como hombre a quien in-
esperadamente alcanza el disparo de una honda, y con
gran trabajo le sujetaban sus sirvientes para sostenerle
en pie.

Iba en la procesión una estatua de Quéreas, esculpida 10
de acuerdo con la grabada en el anillo. Pero, aunque la
imagen era bellísima, nadie la miraba en cuanto apare-
cía Calírroe, sino que ella sola atraía los ojos de todos.

¿Cómo podría narrarse dignamente el final de la pro- 11
cesión? Pues cuando llegaron cerca de la tumba, los
que llevaban el lecho funerario lo depositaron, y Calí-
rroe, subiéndose a él, se abrazó a Quéreas, y besando
su imagen dijo:

—Tú me enterraste a mí primero en Siracusa, y yo
a mi vez a ti en Mileto. Hemos sufrido males no sólo 12
grandes, sino también asombrosos, pues nos hemos en-
terrado el uno al otro, pero ninguno de los dos posee el
cadáver del otro. Fortuna celosa, que incluso después
de muertos nos negaste por envidia el recibir encima la
misma tierra, e hiciste unos desterrados incluso a nues-
tros cadáveres.

Prorrumpió en lamentos la multitud, y todos compa-
decieron a Quéreas, no por estar muerto, sino por ha-
berse visto privado de tal mujer.

Así, Calírroe enterraba a Quéreas en Mileto: y Qué- 2
reas, por su parte, trabajaba en Caria encadenado. Y a
fuerza de trabajar la tierra se agotó pronto su cuerpo,
pues muchas eran las cosas que pesaban sobre él: la

pena, la falta de cuidados, las cadenas, y más aún que
estas cosas, el amor, y, queriendo morir, no se lo per-
mitía una leve esperanza de que quizá podría ver algún
día a Calírroe.
2 Policarmo, el amigo capturado con él, viendo que
Quéreas no podía trabajar y que por ello recibía golpes
y vergonzosos ultrajes, dijo al capataz:
—Separa para nosotros un lugar especial, para que
no se nos impute la indolencia de los demás prisioneros.
Nosotros te daremos la medida asignada cada día.
3 Él se dejó persuadir y se lo concedió. Y Policarmo,
como joven de naturaleza viril y no esclavizado por el
amor, duro tirano, hacía casi solo la parte de los dos,
tomando más trabajo que él con placer, para salvar a su
amigo.
4 Ellos estaban, pues, en tales desgracias, yendo olvi-
dándose, después de cierto tiempo, de la libertad. Y
Mitrídates, el sátrapa, volvió a Caria, no tal como había
marchado a Mileto, sino pálido y delgado, como si tu-
5 viera en el alma una herida ardiente y punzante. Con-
sumido por el amor de Calírroe, quizá se hubiera muer-
to si no hubiera conseguido un cierto consuelo del modo
siguiente.
Algunos de los trabajadores encadenados con Qué-
reas (eran dieciséis encerrados en una cabaña oscura),
cortando de noche las cadenas, degollaron al guardián
6 y luego intentaron la huida. Pero no pudieron escapar,
pues los perros los delataron con sus ladridos.
Cogidos, pues, «in flagranti», aquella noche fueron
atados todos más cuidadosamente a una viga, y de día el
administrador le contó al dueño lo ocurrido, y él, sin
verlos ni oír su defensa, mandó que crucificasen al pun-
to a los dieciséis que ocupaban la misma cabaña.
7 Los hicieron salir, en consecuencia, atados unos a
otros por los pies y el cuello, y cada uno llevaba su
cruz, pues al necesario castigo habían añadido los que

lo ejecutaban algo más penoso: la ostentación pública del castigo, como ejemplo que indujera al miedo a sus semejantes.

Quéreas se dejaba llevar en silencio, pero Policarmo, llevando su cruz, dijo:

—Por causa tuya, Calírroe, sufrimos esto. Tú eres la causante de todos nuestros males.

El administrador, al oírle, creyó que se refería a al- 8
guna mujer cómplice del intento, y para que también ella sufriera castigo y se hiciera una investigación completa del complot, separando inmediatamente a Policarmo de la cadena común, lo llevó ante Mitrídates.

Éste estaba en el jardín, solo e inquieto, representándose a Calírroe tal como la había visto en el duelo, y totalmente absorbido en este pensamiento vio a su sirviente sin agrado alguno.

—¿Por qué —dijo— me molestas? 9

—Es necesario —respondió—, señor. He averiguado el origen de tan gran audacia. Este hombre maldito conoce a una mujer criminal, cómplice del delito.

Al oír esto Mitrídates frunció las cejas, y dirigiéndole una mirada terrible dijo:

—Nómbrame a esa cómplice que ha participado con vosotros en los crímenes.

Pero Policarmo dijo que no lo sabía, pues ni él había 10
participado en el asunto. Pidieron entonces látigos y trajeron fuego e hicieron todos los preparativos para la tortura, y uno de los hombres, cogiendo a Policarmo, dijo:

—Di el nombre de la mujer que has confesado que es la causa de tus males.

—Calírroe —contestó Policarmo.

Ese nombre golpeó a Mitrídates, y le pareció que 11
era bien poco afortunada la igualdad de nombre de ambas mujeres. Y ya no quería seguir haciendo averiguaciones, por temor a verse en la obligación de inju-

riar un nombre que tan dulce le era. Pero como sus amigos y servidores le impulsaban a proseguir la investigación con más exactitud dijo:

—¡Que venga Calírroe!

12 Entonces, golpeando a Policarmo, le preguntaron quién era ella y de dónde debían traerla. Y él, desdichado, encontrándose en tal dificultad, no quería acusar falsamente a ninguna mujer, y dijo:

—¿Por qué armáis tal tumulto en vano, buscando una mujer que no está aquí? Yo he mencionado a Calírroe, la de Siracusa, la hija del estratego Hermócrates.

13 Al oír esto Mitrídates enrojeció y se llenó de sudor, e incluso, sin quererlo, derramó algunas lágrimas, de suerte que Policarmo se calló y todos los presentes se quedaron sin saber qué hacer. Por fin y con gran dificultad Mitrídates, volviendo en sí, dijo:

—¿Qué tienes tú que ver con esa Calírroe y por qué la nombraste cuando ibas a morir?

Y él respondió:

14 —Es una larga historia, señor, y de nada me va a servir ya. No voy a molestarte con mis inoportunos delirios, porque además temo que, si tardo, mi amigo se me adelante, y yo quiero morir con él.

Se rompió así la cólera de los que le oían, y su ánimo se cambió a la compasión, y Mitrídates quedó aún más confuso y dijo:

—No temas, pues no me molestarás con tu explicación. Yo tengo un alma compasiva. Di todo con ánimo
15 y no pases nada por alto. ¿Quién eres y de dónde, y cómo llegaste a Caria y por qué trabajas la tierra encadenado? Y sobre todo háblame de Calírroe y dime quién es tu amigo.

3 Entonces Policarmo comenzó a hablar:

—Nosotros, los dos encadenados, somos siracusanos de nacimiento. El otro joven era el primero de Sicilia en fama, riqueza y belleza, y yo era un hombre corrien-

te, pero condiscípulo y amigo suyo. Nosotros, abandonando a nuestros padres, salimos en barco de nuestra patria, yo por él y él por la mujer de nombre Calírroe, a la que había enterrado con todo fasto creyéndola muerta. Unos violadores de tumbas, encontrándola viva, la vendieron en Jonia. Esto nos lo contó públicamente en tortura Terón el pirata. 2

En consecuencia, la ciudad de Siracusa envió un trirreme con embajadores a buscar a la mujer, y este trirreme lo incendiaron los bárbaros de noche mientras estaba anclado, y degollaron a la mayoría de su tripulación, pero a mí y a mi amigo, encadenándonos, nos vendieron aquí. Nosotros soportamos pacientemente nuestra desgracia, pero algunos otros de los encadenados con nosotros, a los que no conocemos, rompiendo sus cadenas, cometieron este crimen, y por orden tuya nos llevan a todos a la cruz. 3

Mi amigo, ni al morir ha acusado a la mujer, pero yo me sentí impulsado a acordarme de ella y a decir que era la causante de nuestros males, ella, por quien emprendimos el viaje. 4

Aún estaba él hablando cuando Mitrídates gritó:

—¿Hablas de Quéreas?

—Él es mi amigo —dijo Policarmo—. Te lo suplico, señor, ordena al verdugo que no separe nuestras cruces. 5

Lágrimas y lamentos siguieron al relato, y Mitrídates los envió a todos a buscar a Quéreas, para que no se adelantase a morir. Y encontraron a los demás ya colgados, y a él a punto de subir a la cruz. Y desde lejos 6
gritó uno:

—¡No le matéis!

Y otro:

—¡Bájalo!

Y otro:

—¡No le hagas daño!

Y otro:

—¡Suéltalo!

El verdugo detuvo su acción, y Quéreas bajó de su cruz con pena, pues se alegraba de dejar una vida desdichada y un amor infortunado. Y cuando le llevaban, salió a su encuentro Mitrídates y abrazándole dijo:

—¡Hermano y amigo, por muy poco me haces caer en realizar algo impío, por tu silencio valeroso pero inoportuno!

7 Y al punto ordenó a los criados llevarlos al baño y cuidar su cuerpo, y, una vez lavados, vestirlos con túnicas griegas lujosas. Y él mismo invitó a los notables a un banquete y celebró con sacrificios la salvación de Quéreas. Corrió bebida abundante y hubo una dulce cordialidad y nada faltó para que reinase la alegría.
8 Y ya a punto de terminar el banquete, Mitrídates, animado por el vino y el amor, dijo:

—No es por las cadenas y la cruz, Quéreas, por lo que te compadezco, sino porque has sido privado de tal mujer.

Y Quéreas sorprendido gritó:

—¿Pero dónde has visto tú a mi Calírroe?

—Ya no es tuya —dijo Mitrídates—, sino que está legalmente casada con Dionisio de Mileto, e incluso tienen ya un hijo.

9 Quéreas no pudo dominarse al oír esto, sino que cayendo a los pies de Mitrídates dijo:

—Te lo suplico, mi señor, devuélveme de nuevo a la
cruz, pues peor tormento es para mí el obligarme a
10 vivir después de decirme esto. ¡Infiel Calírroe, la más
impía de todas las mujeres! Yo por tu causa fui vendido
y trabajé la tierra, arrastré una cruz y fui entregado a
manos del verdugo, y mientras tanto tú has vivido en la
molicie y has celebrado tu boda estando yo encadenado.
Y no te bastó el ser esposa de otro estando Quéreas
aún vivo, sino que has sido incluso madre.

Todos comenzaron a llorar, y el banquete cambió a un 11
tema triste. El único que se alegró de estas cosas fue Mitrídates, encontrando en ello una cierta esperanza para su amor, pues consideraba que ya podía hablar y hacer algo en favor de Calírroe, de modo que pareciera que ayudaba a su amigo.

—De momento —dijo—, puesto que es de noche, re- 12
tirémonos. Mañana, ya sobrios, deliberaremos sobre ello, pues para deliberar es necesario suficiente tiempo libre.

Después de dicho esto, se levantó y dio por terminado el banquete, y él mismo fue a acostarse, según tenía por costumbre. Y asignó a los jóvenes siracusanos servidores y una habitación especial.

Aquélla fue para todos una noche llena de preocupa- 4
ciones, y nadie pudo dormir. Pues Quéreas estaba encolerizado, Policarmo trataba de consolarle y Mitrídates se sentía alegre, esperando que, como en los juegos atléticos él, permaneciendo como reserva entre Quéreas y Dionisio, podría obtener sin lucha el premio, o sea, a Calírroe.

Al día siguiente expuso cada uno su opinión. Quéreas 2
consideraba que debía ir al punto a Mileto y pedirle a Dionisio su mujer, pues creía que Calírroe no iba a quedarse allí en cuanto le viera. Pero Mitrídates dijo:

—Por mí vete, pues no quiero que te veas ni un solo día más separado de tu mujer. ¡Ojalá no hubierais salido de Sicilia y no os hubieran ocurrido a ambos cosas tan terribles! Pero puesto que la Fortuna, que sólo se complace en la novedad, os ha asignado tan triste drama, es preciso deliberar con más cordura sobre el futuro, pues ahora tienes más prisa por la pasión que por obra del razonamiento, sin prever el futuro. ¿Piensas 3
irte a una gran ciudad, solo y extranjero, y quieres arrebatarle a su mujer, con la que se ha unido solemnemente, a un hombre rico y muy importante en Jonia?

¿Y confiando en qué fuerzas? Lejos de ti estarán Her-
mócrates y Mitrídates, tus únicos aliados, que sólo po-
4 drán preocuparse por ti, pero no servirte de ayuda. Y
tengo miedo también de que el lugar te sea adverso,
pues ya has sufrido allí terribles males. Pero aún te
parecerán suaves los de entonces. Caíste prisionero, sí,
pero salvaste la vida. Fuiste vendido, pero a mí. Pero
ahora, si Dionisio se entera de que tú conspiras contra
su matrimonio, ¿qué dios podría salvarte? Quedarás en-
tregado a un rival de poder absoluto, y quizá ni crea
que eres Quéreas, e incluso correrás más peligro si cree
5 que lo eres de verdad. ¿Acaso eres el único que desco-
noce cuál es la naturaleza del Amor, y que este dios
se complace en los engaños y traiciones? A mí me pa-
rece mejor probar primero a tu mujer con una carta,
a ver si se acuerda de ti y quiere abandonar a Dionisio,
o *quiere hacer prosperar la casa del que la despose*[48].
Escríbele una carta, y ella, que sienta pena, que se ale-
gre, que te busque, que te llame. Yo me ocuparé del
envío de la carta. Ea, ve a escribir.

6 Quéreas se dejó persuadir, y cuando se encontró en
lugar apartado quiso escribir, pero no podía, pues se
le llenaban los ojos de lágrimas y le temblaba la mano.
Y llorando sus desdichas, a duras penas pudo comen-
zar la siguiente carta:

7 *Quéreas a Calírroe.*

*Vivo, y vivo gracias a Mitrídates, mi bienhechor y es-
pero que también el tuyo. Pues fui vendido en Caria por
los bárbaros que incendiaron nuestra hermosa nao ca-
pitana, la de tu padre. En ella había enviado la ciudad
una embajada a buscarte. No sé qué fue de los demás
ciudadanos, pero a mí y a Policarmo, mi amigo, cuando
ya íbamos a morir nos salvó la compasión de nuestro*
8 *amo. Y el propio Mitrídates, que me hizo todo el bene-*

[48] *Od.* XV, 21.

ficio posible, me dio a cambio de él también este dolor, el contarme tu boda. Mi muerte, ya la tenía prevista, pues soy un hombre, pero tu casamiento no lo esperaba. Te lo suplico, cambia tu pensamiento. He rociado esta carta mía con lágrimas y besos. Yo soy Quéreas, el tuyo, 9
el que viste cuando eras virgen yendo al templo de Afrodita. Por el que perdiste el sueño. Acuérdate de nuestro tálamo y de aquella noche sagrada en que por primera vez tú conociste a un hombre y yo a una mujer. Sí, luego tuve celos, pero esto es propio de los enamorados, y ya te he pagado suficiente castigo: fui vendido, he sufrido esclavitud y estuve encadenado. No me guardes 10
rencor por mi brutal patada, pues yo incluso subí a la cruz por tu causa sin acusarte de nada. Si aún te acordaras de mí, nada serían mis sufrimientos. Pero si piensas de otra manera, me habrás sentenciado con ello a muerte.

Esta carta se la dio Mitrídates a Higinio, el hombre 5
en quien más confianza tenía, a quien tenía también en Caria como administrador de toda su hacienda, y al que había descubierto su propio amor. Y él mismo le escribió a Calírroe, mostrándole su simpatía y adhesión, diciéndole que por ella había salvado a Quéreas, aconsejándole que no injuriase a su primer marido, y prometiéndole que él haría todo lo posible para que se recobraran el uno al otro, si era éste el voto que de ella recibía.

Envió también con Higinio tres criados y regalos sun- 2
tuosos y gran cantidad de oro, y a los demás criados les dijo que esto se lo enviaba a Dionisio, para no despertar sospechas. Y le mandó a Higinio que, después de que llegase a Priene[49], dejase a los demás allí y se

[49] Priene, ciudad de Caria, poblada por carios y posteriormente por griegos, de la que se conoce solamente el emplazamiento del siglo IV a. C., no el primitivo.

fuese él solo como observador a Mileto, haciéndose pasar por jonio (pues hablaba griego). Y que luego, cuando ya supiese cómo debía cumplir su misión, llevase a Mileto a los que se habían quedado en Priene.

3 Éste se marchó e hizo lo que se le había encomendado, pero la Fortuna no arbitró un resultado adecuado a su intención, sino que puso en movimiento el principio de mayores acontecimientos.

En efecto, cuando Higinio se marchó a Mileto, los esclavos, quedándose sin quien les diera órdenes y con
4 abundancia de oro, se entregaron al libertinaje. Pero, en una ciudad pequeña y llena de helénica curiosidad, aquel derroche de unos extranjeros atrajo la atención de todos, pues aquellos hombres desconocidos que vivían entregados al lujo, les parecieron tal vez piratas o quizá esclavos fugitivos.

5 En consecuencia, fue al albergue el estratego de la ciudad, y en el registro encontró oro y lujosos adornos. Y pensando que eran el botín de un delito preguntó a los esclavos quiénes eran y de dónde habían sacado esas cosas. Y ellos, por miedo al tormento, confesaron la verdad: que Mitrídates, el gobernador de Caria, enviaba regalos a Dionisio, y le mostraron las cartas.

6 El estratego no las abrió, pues estaban selladas por fuera, pero entregándoselas a los servidores públicos, lo envió todo, junto con los propios esclavos, a Dionisio, creyendo que con ello le hacía un gran servicio.

7 Éste se encontraba dando un banquete a los notables de la ciudad. Era una fiesta espléndida, y ya sonaba incluso la flauta y se oía el son de los cantos, y en ese momento alguien le dio esta carta:

8 *El estratego de Priene, Bias, a su bienhechor Dionisio, salud:*

Los presentes y cartas que te enviaba Mitrídates el gobernador de Caria los estaban dilapidando unos esclavos infieles. Yo los he detenido y te los envío.

Esta carta la leyó Dionisio en medio del banquete,
envaneciéndose por aquellos presentes dignos de un
rey. Y ordenando romper los sellos se puso a leer las
cartas. Y entonces vio: «Quéreas a Calírroe: vivo...».
Y a él se le desataron las rodillas y el corazón[50] y las 9
tinieblas inundaron sus ojos; pero al desmayarse, su-
jetó, sin embargo, fuertemente la carta, temiendo que
algún otro la leyera. Se produjo una gran conmoción,
corrieron hacia él y él volvió en sí, y dándose cuenta
de lo que pasaba ordenó a sus criados que lo llevasen
a otra habitación, porque ahora quería estar solo.

El banquete acabó tristemente (pues se tenía la im- 10
presión de que había tenido un ataque de apoplejía),
y Dionisio, una vez que se encontró a solas, leyó mu-
chas veces las cartas, y le invadieron muy variados sen-
timientos: cólera, desánimo, miedo, incredulidad... Por
un lado no creía que Quéreas estuviera vivo (pues natu-
ralmente no quería creerlo en absoluto), y sospechaba
en Mitrídates una intención adúltera: que quería sedu-
cir a Calírroe con la esperanza de recobrar a Quéreas.

Durante el día sometió a su mujer a estrecha vigi- 6
lancia, para que nadie se le acercara ni le anunciase lo
que había ocurido en Caria. E imaginó el siguiente modo
de defenderse:

Estaba en la ciudad en aquel momento Fárnaces, el gobernador de Lidia y Jonia, del que se creía era el más preciado de los enviados del Rey en la costa. A éste fue Dionisio, pues era amigo suyo, y solicitó tener con él a solas una conversación privada.

—Te suplico, señor —dijo—, que nos ayudes a mí y a ti mismo. Pues Mitrídates, el más malvado de los hombres, también envidioso de ti, pese a haber sido mi huésped conspira contra mi matrimonio y ha envia-

---

[50] *Il.* XXI, 114.

do cartas adúlteras, acompañadas además de oro, a mi mujer.

2 Tras esto le leyó las cartas y le explicó la intriga.

Fárnaces oyó su historia con alegría, quizá también por Mitrídates (pues había entre ellos no pocos motivos de descontento, ya que eran vecinos), pero sobre todo por su amor, pues también él ardía por Calírroe, y por ella permanecía la mayor parte del tiempo en Mileto, invitando a banquetes a Dionisio y a su mujer.
3 Le prometió, pues, ayudarle del modo como le fuera posible, y escribió en secreto la siguiente carta:

Al Rey de reyes Artajerjes el sátrapa de Lidia y Jonia Fárnaces, a su señor, salud:

4 *Dionisio de Mileto es por su familia tu siervo, fiel y favorable a tu casa. Éste se ha quejado ante mí de que Mitridates, el gobernador de Caria, siendo huésped suyo, intenta seducir a su mujer. Esto comporta para tus asuntos un gran descrédito, e incluso más aún, disturbios. Toda falta a las leyes de un sátrapa es censurable, pero especialmente ésta, pues Dionisio es el más poderoso de los jonios, y la belleza de su mujer es famosa, de suerte que no podrá ocultarse el ultraje.*

5 Recibida esta carta, el Rey la leyó a sus amigos y deliberó sobre qué era preciso hacer. Se dieron opiniones diversas, pues los que envidiaban a Mitrídates o aspiraban a su satrapía opinaban que no se debía pasar por alto este ataque al matrimonio de un hombre ilustre. En cambio, a los que eran de natural más indulgente o estimaban a Mitrídates (pues tenía muchos amigos que gozaban de posición preeminente) no les agradaba dejar despojado de sus prebendas por una calumnia a un hombre respetado.

6 Como las opiniones estaban igualadas, el Rey no decretó nada ese día, sino que difirió la decisión. Pero al

llegar la noche le invadió el odio a la tal falta, por el honor de su reino y, por otra parte, por precaución ante el futuro, pues en efecto esto podía ser para Mitrídates
el principio del desprecio hacia él. Resolvió, en conse- 7
cuencia, llamarle a juicio.

Por otra parte, otro sentimiento le impulsaba a hacer venir a aquella mujer tan hermosa, pues el sueño y la oscuridad, que eran sus consejeros cuando estaba solo, recordaban al Rey esta parte de la carta, y le excitaba aún más el rumor de que una tal Calírroe era la más bella de Jonia. Y esto sólo le reprochaba el Rey a Fárnaces, que no había escrito en la carta el nombre de
la mujer. Entonces, en la duda de si había otra más 8
bella que aquella de la que le habían hablado, le pareció bien llamar también a la mujer, y escribió a Fárnaces: «Envíame a Dionisio de Mileto, mi siervo», y a Mitrídates: «Ven a defenderte de haber atentado contra el matrimonio de Dionisio».

Mitrídates se quedó sorprendido y sin saber la causa 7
de tal acusación, hasta que Higinio volvió y le contó lo ocurrido con los esclavos. Traicionado, pues, por su carta, pensó en no ir al interior hacia el Rey, por temor a las calumnias y la cólera de éste, sino tomar Mileto, matar a Dionisio, el culpable de estas cosas, y apoderándose de Calírroe, hacer defección del Rey.

—¿Por qué corro —se decía— a entregar mi libertad 2
a manos de mi dueño? Quizá podrás salir vencedor si permaneces aquí, pues el Rey está lejos y tiene generales ineptos, e incluso si te condenase, no podrías sufrir nada peor. Entretanto, no traiciones tú las dos cosas más bellas: el amor y el poder. El poder es una ilustre mortaja, y con Calírroe la muerte es dulce.

Mientras pensaba todas estas cosas y se preparaba 3
para hacer defección, llegó un hombre con la noticia de que Dionisio había salido de Mileto y se llevaba a Calírroe. Esto lo oyó Mitrídates con más tristeza que la or-

den que lo llamaba a juicio, y lamentando su desgracia dijo:

—¿Qué esperanza me queda ya? Me traiciona por
4 todas partes la suerte. Quizá el Rey tenga compasión de mí, que en nada he delinquido. Pero si me fuera preciso morir, al menos veré de nuevo a Calírroe. Y además en el juicio tendré a Quéreas y Policarmo no sólo como defensores, sino también como testigos.

Ordenando, pues, que le acompañasen todos sus servidores, salió de Caria con buen ánimo, porque daba la apariencia de que en nada había delinquido. De suerte que no le acompañaron con lágrimas, sino con sacrificios y cortejos.

5 Desde Caria enviaba Eros una expedición: ésta. Y desde Jonia otra más notable, pues la belleza es cosa más ilustre y regia. Precedía en efecto a la mujer la Fama, anunciando a todos los hombres que llegaba Calírroe, el nombre célebre, la gran perfección de la naturaleza, *a Ártemis semejante, o a la dorada Afrodita*[51]. Y la hacía aún más notable el relato del juicio.

6 Ciudades enteras le salían al encuentro y los que acudían para verla obstruían los caminos. Y a la mayoría le parecía la mujer superior a su fama.

Pero Dionisio, al recibir parabienes por su felicidad, se entristecía, y lo grande de su fortuna le hacía más temeroso, pues como hombre instruido sabía que Eros es amante de lo nuevo: por eso los poetas y escultores le atribuyen el arco y el fuego, es decir, lo de menos
7 peso y lo que no quiere permanecer quieto. Y además se acordó de las antiguas historias, de cuántas vicisitudes les ocurrieron a las mujeres hermosas.

Así pues, todo le daba miedo a Dionisio, y a todos miraba como rivales, y no sólo a su adversario en el juicio, sino incluso al propio juez, de suerte que incluso

---

51 *Od.* XVII, 37.

pensaba que se había adelantado demasiado al contarle a Fárnaces todo el asunto, *siéndole posible dormir tranquilo y poseer a su amada*[52]. Pues no era lo mismo guardar a Calírroe en Mileto que contra el Asia entera.

Sin embargo, guardó su secreto hasta el fin, y no le 8
confesó a su mujer la verdadera causa del viaje, sino que le dijo que el Rey le había mandado llamar porque quería deliberar sobre los asuntos de Jonia. Calírroe se entristeció al ser llevada tan lejos del mar helénico, pues mientras veía los puertos de Mileto le parecía que se encontraba cerca de Siracusa. Y además allí tenía un gran consuelo en la tumba de Quéreas.

---

52 Verso yámbico, tomado quizá de alguna comedia de Menandro.

LIBRO QUINTO

1 Cómo Calírroe se casó con Quéreas, la más hermosa de las mujeres con el más hermoso de los hombres, siendo Afrodita la que arregló la boda, y cómo la creyeron muerta a consecuencia del golpe que le dio Quéreas por celos de amor, y, enterrada con gran lujo, recobró luego el sentido en la tumba y se la llevaron de Sicilia una noche unos violadores de tumbas que, navegando hasta Jonia, la vendieron a Dionisio. Y el amor de Dionisio, la fidelidad de Calírroe a Quéreas y la necesidad de contraer de nuevo matrimonio por estar encinta. La confesión de Terón, el viaje de Quéreas en busca de su mujer, su captura y venta en Caria
2 con su amigo Policarmo, y cómo Mitrídates reconoció a Quéreas cuando iba a morir y cómo se apresuró a devolver a los amantes el uno al otro, y cómo Dionisio, enterado de esto por las cartas, le acusó ante Fárnaces, y éste al Rey, y el Rey los llamó a ambos a juicio, eso lo he mostrado ya en mi anterior relato. Lo que pasó a continuación es lo que voy a contar ahora.

3 Calírroe soportó bien la marcha hasta Siria y Cilicia, pues oía hablar griego y veía el mar que llevaba a Siracusa. Pero cuando llegó al río Éufrates, tras el cual se extiende el gran continente, y que es el punto de partida de los extensos territorios del Rey, entonces le invadió la nostalgia de su patria y de su familia, y la deses-
4 peración de no poder regresar de nuevo. Colocándose,

pues, en la orilla y mandando volver atrás a todos, ex-
cepto a la fiel Plangón, comenzó a decir lo siguiente:
—Fortuna envidiosa, que persistes en hacer la guerra
contra una simple mujer. Tú me encerraste viva en una
tumba y de allí me sacaste, no por compasión, sino para
entregarme a unos piratas. De mi destierro se dividen 5
la culpa el mar y Terón. Yo, la hija de Hermócrates,
fui vendida, y, lo que me es más penoso que la falta de
amigos, fui amada, de modo que me casara con otro
estando vivo aún Quéreas. Y aún de esto has sentido
celos, pues ya ni siquiera es a Jonia donde me destie-
rras. Me habías dado una tierra extranjera, pero al
menos griega, y donde tenía un gran consuelo: que es-
taba junto al mar. Pero ahora me arrojas fuera de mi
cielo habitual, y me veo separada de mi patria por el
mundo entero. Me arrebatas ahora otra vez Mileto, 6
como antes Siracusa. Me llevan al otro lado del Éufra-
tes, y yo, nacida en las islas, voy a ser encerrada en lo
más profundo de las tierras bárbaras, donde no hay
mar. ¿Cómo voy a esperar aún que llegue una nave de
Sicilia? Se me arranca también de tu tumba, Quéreas, 7
¿quién te ofrecerá ahora libaciones, alma benévola?
En adelante serán mi casa y mi tumba Bactra y Susa.
Una sola vez, Éufrates, voy a atravesarte. Pues temo
no tanto la duración del viaje como el parecerle tam-
bién allí hermosa a alguien.

Mientras decía esto besaba la tierra, y luego, subien-
do a la lancha, cruzó el río.

Llevaba Dionisio un gran cortejo, pues quiso mostrar 8
a su mujer unos recursos lo más ricos posibles, y la
benevolencia de los habitantes de las tierras por donde
iban pasando les proporcionó un viaje digno de reyes.
Cada pueblo los escoltaba hasta el siguiente, y cada
sátrapa los entregaba a su vecino, pues a todos arrastra
la belleza. Y también otra esperanza animaba a los
bárbaros, la de que aquella mujer quizá llegase a tener

gran poder, y por eso cada uno se apresuraba a darles hospitalidad o a procurarse de todas las maneras posibles algún agradecimiento de ella.

2 Tal era la situación de éstos. Y por su parte Mitrídates hacía el camino más rápidamente atravesando Armenia, sobre todo porque temía que fuese también un motivo de culpa ante el Rey el que siguiese los pasos de la mujer, y además porque quería llegar antes y preparar las cosas para el juicio.

2 Una vez que llegó a Babilonia (pues el Rey residía allí), el primer día descansó en su casa, pues todos los sátrapas tienen designada una residencia, y al día siguiente, yendo ante las puertas del Rey, saludó en primer lugar a los Persas homotimos[53]. Y a Artaxates, el eunuco, que era ante el Rey la persona más importante y poderosa, primero le honró con regalos, y luego le dijo:

—Anúnciale al Rey: Mitrídates, tu siervo, se presenta para defenderse de la falsa acusación del griego, y para prosternarse ante ti.

3 Después de no mucho tiempo, el eunuco salió y le respondió:

—El Rey desea que en nada sea encontrado culpable Mitrídates. Pero juzgará cuando Dionisio llegue.

Por tanto, Mitrídates, tras prosternarse, se alejó, y cuando estuvo solo llamó a Quéreas y le dijo:

—Estoy ardiendo de irritación. Por haber querido devolverte a Calírroe se me llama a juicio; pues tu carta, la que escribiste a tu mujer, dice Dionisio que la he escrito yo, y cree tener en ella una prueba de adulterio, ya que está convencido de que tú has muerto. Y es preciso que siga convencido de ello hasta el juicio, para
4 que te vea de improviso. Esto te pido a cambio de mis

[53] *Homótimos*, «iguales en rango», entre los persas una especie de pares del reino.

favores: que te mantengas oculto, que tengas fuerzas para no ver a Calírroe ni tratar de enterarte de nada de ella.

Contra su voluntad, desde luego, obedeció Quéreas, y trataba de que no se le notase, pero le corrían las lágrimas por las mejillas. Sin embargo, diciendo «Haré, señor, lo que mandas», marchó a la habitación en la que se alojaba con Policarmo, su amigo, y arrojándose al suelo se rasgó los vestidos, y cogiendo con ambas manos *ceniza aún caliente, la derramó por su cabeza y afeó su hermoso rostro*[54], y luego dijo llorando:

—Estamos cerca, Calírroe, y no podemos vernos. Tú 5
de nada eres culpable, pues no sabes que Quéreas está vivo. Soy yo el más impío de los hombres, pues se me ha ordenado que no te mire y, cobarde y por amor a la vida, soporto que hasta tal grado se me tiranice. Pero a ti, si alguien te hubiese mandado eso, no hubieras podido seguir viviendo.

Así a él le consolaba Policarmo, y por su parte Dio- 6
nisio estaba ya cerca de Babilonia, y antes que él invadió la ciudad la Fama, anunciando a todos que llegaba una mujer de belleza no humana, sino divina, cual no ha visto el Sol otra sobre la tierra. Por naturaleza los bárbaros se vuelven locos por las mujeres, de modo que cada casa y cada calle se llenó de esta noticia, y subió el rumor hasta el propio Rey, de suerte que incluso preguntó a Artaxates el eunuco si había llegado ya la milesia.

Ya desde hacía tiempo lamentaba Dionisio la celebri- 7
dad de su mujer (pues con ello no tenía seguridad alguna), pero cuando iban a llegar a Babilonia se consumía más aún, y gimiendo se decía a sí mismo:

—Esto ya no es Mileto, Dionisio, tu ciudad. Incluso allí te tuviste que guardar de los que conspiraban contra

[54] *Il.* XVIII, 23-24.

8 ti. ¡Imprudente, que no has sabido prever el futuro! ¿Traes a Calírroe a Babilonia, donde hay tantos Mitrídates? Menelao, en la virtuosa Esparta, no pudo guardar a Helena, y le superó, a él, que era un rey, un pastor bárbaro. Pues bien, hay muchos Paris en Persia. ¿No ves los peligros que se avecinan ni el preámbulo de
9 ellos? Las ciudades nos han salido al encuentro y nos han honrado los sátrapas, y ella se ha hecho ya más altanera; y aún no la ha visto el Rey. La única esperanza de salvación es ocultarla, pues sólo podrás guardarla si puede pasar desapercibida.

Habiendo pensado esto, montó a caballo, dejó a Calírroe en el carro y corrió las cortinas. Y quizá hubiese conseguido lo que quería si no hubiera ocurrido lo siguiente:

3 Las mujeres de los más notables de los persas fueron a presencia de Estatira, la esposa del Rey, y una de ellas dijo:

—Oh señora, una mujer griega viene a luchar contra nuestras compatriotas, incluso contra aquellas a las que desde hace mucho todos admiraban por su belleza. Ahora corre peligro de perderse con nosotras la fama de las mujeres persas. Ea, pues, miremos cómo podemos hacer prevalecer nuestra fama sobre la extranjera.

2 Se echó a reír la reina no creyendo los rumores y dijo:

—Son unos jactanciosos los griegos, y unos mendigos, y por ello tributan gran admiración a cosas sin importancia. Dicen que Calírroe es hermosa del mismo modo que Dionisio rico. Que una de nosotras se muestre junto a ella cuando efectúe su entrada, para que la eclipse, haciéndola parecer una esclava.

3 Todas se prosternaron ante la reina y se admiraron de su decisión y gritaron a coro con una sola voz:

—¡Ojalá fuese posible que fueses tú vista a su lado, señora!

Después se dividieron las opiniones, y nombraron a
las más famosas por su belleza. Lo sometieron a vota- 4
ción, como en el teatro, y salió elegida Rodoguna, hija
de Zopiro y esposa de Megabizo, mujer de gran belleza
y famosa: lo que era en Jonia Calírroe, eso mismo era
en Asia Rodoguna.

Las mujeres, tomándola a su cargo, se pusieron a arreglarla, cada una le llevó algo de su casa para adornarla, y la propia reina le dio un brazalete y un collar.

Una vez que la hubieron preparado bien para el cer- 5
tamen, salió, diciendo que iba al encuentro de Calírroe.
Tenía, en efecto, el pretexto de su familia, pues era
hermana de Fárnaces, el que había escrito al Rey sobre
Dionisio.

Toda Babilonia salió a verla y la multitud atascó las 6
puertas. Y en el lugar más visible esperaba Rodoguna
con una escolta regia. Estaba allí brillante de lujo, vo-
luptuosa y como provocando, y todos la miraban y se
decían unos a otros:

—Ya hemos vencido. La persa eclipsará a la extran-
jera. Si puede, que compita con ésta. Que los griegos 7
aprendan que son unos jactanciosos.

En esto llegó Dionisio, y al anunciársele que estaba allí la pariente de Fárnaces, echando pie a tierra se acercó a saludarla, y ella le dijo ruborizándose:

—Quiero abrazar a mi hermana. 8

Y al mismo tiempo se acercó al carro.

Ya no fue entonces posible que ella permaneciese oculta, y Dionisio, contra su voluntad y suspirando, pero obligado por la cortesía, ordenó a Calírroe que saliera. Al mismo tiempo que lo hizo, todos tendieron no sólo los ojos, sino también el alma hacia ella, y poco faltó para que cayesen unos sobre otros por querer cada uno verla antes que el otro, y estar lo más cerca posible.

9 Brillaba el rostro de Calírroe, y su resplandor llenó todas las miradas, como cuando en la profundidad de la noche aparece de pronto una gran luz. Así pues, los bárbaros, sorprendidos, se prosternaron y a nadie le pareció ya que estaba presente Rodoguna. También ella se dio cuenta de su inferioridad, y no pudiendo marcharse ni queriendo ser vista, se metió tras las cortinas con Calírroe, entregándose a quien tan superior le era.
10 Avanzó, pues, la carroza con las cortinas echadas, y los hombres, no pudiendo ya ver a Calírroe, besaban el carro.

El Rey, cuando supo que Dionisio había llegado mandó a Artaxates el eunuco que le dijera:

—Hubieras debido no retrasarte tanto, tú que acusas
a un hombre que ha recibido tan gran poder. Pero te
11 perdono porque viajabas con tu mujer. Yo ahora cele-
bro una fiesta y estoy ocupado con los sacrificios. Den-
tro de treinta días escucharé el juicio.

Dionisio, tras prosternarse, se marchó.

4 A partir de este momento ambos hicieron preparativos para el juicio como para la mayor de las guerras. Se dividió el pueblo de los bárbaros, y cuantos eran de la clase de los sátrapas se pusieron a favor de Mitrídates, pues él lo había sido en un principio de Bactra, y luego había sido trasladado a Caria. Dionisio tenía como partidario al pueblo llano, pues a éstos les parecía que se había faltado a las leyes al tratar de seducir a su mujer, y lo que es más, a tal mujer.

2 Ni siquiera estaba tranquilo el gineceo de los persas, sino que también allí se dividían los cuidados, pues las que se sentían orgullosas de su hermosura envidiaban a Calírroe y deseaban que ella recibiese del juicio algún ultraje, pero el resto, que envidiaban a sus conciudadanas, deseaban que la extranjera resultase honrada.

3 Y de los dos rivales cada uno creía que tenía la victoria en sus manos. Dionisio porque confiaba en las

cartas que Mitrídates había escrito a Calírroe en nombre de Quéreas (pues en modo alguno pensaba que éste podía estar vivo), y Mitrídates, que podía presentar a Quéreas, estaba convencido de que no podía ser cogido en falta. Sin embargo, fingía tener miedo y llamaba en su ayuda a algunos consejeros, para que su defensa resultase más clara por lo inesperado de ella.

En treinta días no hablaron de otra cosa los persas 4
y sus mujeres más que de este juicio, de suerte que, si hay que decir la verdad, Babilonia entera era un tribunal. A todos les parecía largo el término fijado para el juicio, y no sólo a los hombres comunes, sino incluso al propio Rey. ¿Qué certamen olímpico o noches eleusinas merecieron ser esperadas con tanta impaciencia?

Cuando llegó el día fijado, el Rey se dispuso a pre- 5
sidir la sesión. Hay una habitación especial en el palacio del Rey dedicada a tribunal, distinta de las demás por su tamaño y belleza. Allí en medio de ella está el trono del Rey, y a ambos lados los de sus amigos, los que por su nobleza y méritos son señores de señores.

Se colocan en torno al trono los comandantes y ta- 6
xiarcos[55] y los de mayor rango de los libertos del Rey, de modo que de aquella asamblea podría bien decirse aquello de *los dioses sentados junto a Zeus celebraban consejo*[56]. Y fueron introducidos los pleiteantes en silencio y con miedo.

En efecto, ya desde la aurora había llegado el prime- 7
ro Mitrídates, escoltado por amigos y parientes, no demasiado brillante ni magnífico, sino tratando de inspirar piedad, como persona que va a rendir cuentas. Le seguía Dionisio con aspecto muy griego, ciñendo ves-

[55] Los *taxiarcos* eran los jefes de una *taxis*, una formación del ejército. El *lochāgós* (comandante) era el jefe de otra división del ejército, el *lóchos*, típica del de Esparta.

[56] *Il.* IV, 1.

tidos milesios, y sujetando en sus manos las cartas.
8 Una vez introducidos dentro, se prosternaron. Luego, el
Rey ordenó al secretario público que leyese las cartas,
la de Fárnaces y lo que él le había contestado, para que
se enterasen sus asesores de cómo se había entablado
el asunto.

9 Leídas las cartas, prorrumpieron todos en elogios, ad-
mirándose de la prudencia y justicia del Rey. Se hizo
luego el silencio, y tenía que empezar su discurso Dio-
nisio, el acusador, y todos miraron hacia él, pero Mi-
trídates dijo:

—No es que me adelante a defenderme, señor, pues
conozco el orden que debe seguirse. Pero es necesario
que antes de los discursos se presenten en el juicio todos
los que son indispensables para él, y ¿dónde está la
mujer por la que se ha entablado la querella? Tú la
consideraste indispensable en tu carta, y escribiste que
10 se presentara, y vino. Por tanto, que Dionisio no oculte
lo principal y la causa de todo el asunto.

A esto respondió Dionisio:

—También eso es propio de un adúltero, traer ante
la multitud a la mujer ajena contra la voluntad de su
11 marido, sin ser ella acusadora ni acusada. Pues si hu-
biese sido seducida debería presentarse, como quien
debe rendir cuentas, pero en este caso tú intentaste
seducirla sin que ella lo supiera, y yo no necesito a mi
mujer ni como testigo ni como defensor. ¿Por qué va
a ser necesario que comparezca quien ninguna parte
tiene en el proceso?

Esto lo dijo Dionisio como hombre experto en el foro
que era, pero a nadie convenció, pues todos deseaban
12 ver a Calírroe. Y como el Rey sentía pudor de mandar-
lo, sus amigos tomaron como pretexto su carta, pues
en efecto había sido llamada como indispensable para
el juicio.

—¿Y no es extraño —dijo uno— que haya venido de Jonia y estando ya en Babilonia permanezca retirada?

Así pues, cuando se determinó que también Calírroe 13
compareciera, Dionisio, que nada le había dicho antes, sino que hasta entonces le había ocultado la verdadera causa del viaje a Babilonia, temiendo que la llevaran ante el tribunal de improviso, sin saber nada (pues era natural que su mujer se indignase considerándose engañada) consiguió que se aplazara el juicio hasta el día siguiente.

Entonces se levantó así la sesión, y Dionisio al llegar 5
a su casa, como hombre sensato y educado, dirigió a su mujer las palabras más persuasoras posibles en tales circunstancias, contándole los hechos uno por uno dulcemente y con calma. Pero Calírroe no le escuchó sin lágrimas, y ante el nombre de Quéreas prorrumpió en lamentos y sufrió un gran disgusto por lo del juicio.

—Sólo esto —dijo— faltaba a mis desgracias, presen- 2
tarme ante un tribunal. Estuve muerta y enterrada, fue violada mi tumba y fui vendida y esclavizada, y he aquí, Fortuna, que se me somete a juicio. No te bastaba haberme calumniado injustamente ante Quéreas, sino que me hiciste también sospechosa de adulterio ante
Dionisio. Entonces con tu calumnia me llevaste a la 3
tumba, ahora al tribunal del Rey. He llegado a estar en boca de todo el mundo en Asia y Europa. ¿Con qué ojos miraré al juez? ¿Qué palabras voy a tener que oír? Belleza traidora, para esto sólo me fuiste dada por la
naturaleza, para llenarme de calumnias. La hija de Her- 4
mócrates se ve sometida a juicio y no está su padre para defenderla. Los demás, cuando se presentan al tribunal, desean hallar benevolencia y gracia ante él, y yo en cambio lo que temo es agradar al juez.

Lamentándose de este modo pasó todo el día desani- 5
mada, y más aún que ella Dionisio. Pero al llegar la noche se vio en sueños a sí misma, aún virgen, en Sira-

cusa, yendo al templo de Afrodita y volviendo de allí, y viendo a Quéreas y vio el día de su boda, y a toda la ciudad coronada de fiesta y a sí misma conducida
6 por su padre y su madre a la casa del novio. Y cuando iba a abrazar a Quéreas se despertó de su sueño, y llamando a Plangón (pues Dionisio se había levantado antes que ella para reflexionar sobre el juicio) le contó su sueño y Plangón le respondió:

—Ten ánimo, señora, y alégrate. Has tenido un hermoso sueño. Abandona toda preocupación, pues lo que has visto en sueños es lo mismo que verás despierta.
7 Sal hacia el tribunal del Rey como si fuera el templo de Afrodita, acuérdate de quién eres y recobra la belleza del día de tu boda.

Mientras hablaba así, vistió y adornó a Calírroe, y ella sintió automáticamente su alma alegre, como si adivinase lo que iba a ocurrir.

8 Desde la aurora había un gran tumulto en torno al palacio, y hasta afuera estaban llenos los pasillos. Todos habían acudido, en apariencia a oír el juicio, pero en realidad a contemplar a Calírroe, y ella les pareció tan superior a sí misma cuanto antes lo había sido a las
9 demás mujeres. Entró, en efecto, ante el tribunal cual dice el divino poeta que se presentó Helena ante los ancianos *que rodeaban a Príamo, Pantoo y Zimoetes*[57], y su visión produjo asombro y silencio y *todos hicieron la súplica de poder acostarse en su lecho*[58], y si Mitrídates hubiera tenido que hablar el primero no hubiera tenido voz, pues sobre su antigua herida de amor recibió de nuevo un golpe más fuerte aún que su antiguo deseo.
6 Pero fue Dionisio el que comenzó su discurso así:

---

57 *Il.* III, 146.

58 Alusión a la Odisea, referido a los sentimientos de los pretendientes de Penélope.

—Te doy las gracias por el honor que me has hecho,
oh Rey, a mí, a la virtud y al matrimonio de todos, pues
no has tolerado que un simple particular estuviera ex-
puesto a las intrigas de un gobernante, sino que le lla-
maste para vengar su insolencia hacia mí y sus ofensas,
e impedir que las repitiera con los demás. Y el hecho 2
merece un castigo mayor a causa de quién fue su autor.
Pues Mitrídates, que no era mi enemigo, sino mi hués-
ped y amigo, conspiró contra mí. Y no contra cual-
quier otro de mis bienes, sino contra lo que es más
querido a mi cuerpo y mi alma: contra mi mujer. Él, 3
que hubiera debido, si algún otro hubiera faltado con-
tra mí, correr en nuestra ayuda, si no por ser yo su
amigo, al menos sí por ti, el Rey. Pues tú le investiste
de la mayor autoridad, a la que deshonró mostrándose
indigno de ella. Y sobre todo traicionó al que le había
confiado el mando.

Las súplicas de Mitrídates, su fuerza y sus prepara- 4
tivos, cuantos ha empleado cara al juicio, y el hecho
de que no llegamos en igualdad de condiciones, ni yo
mismo lo desconozco. Pero confío, oh Rey, en tu jus-
ticia y en el Matrimonio y las Leyes, que tú adminis-
tras de un modo igual para todos. Pues si vas a absol- 5
verlo, sería mucho mejor que no lo hubieses llamado,
porque entonces todos seguirían teniendo miedo, cre-
yendo que la insolencia recibe siempre castigo si es
sometida a juicio. Pero en lo sucesivo se te despreciará,
si una vez juzgado no recibe castigo alguno.

Mi argumento es claro y breve. Soy el marido de Ca-
lírroe, aquí presente, y ya incluso me ha hecho padre.
No la desposé siendo virgen, sino que ya había pertene-
cido a otro marido, de nombre Quéreas, muerto hace
mucho tiempo, cuya tumba está en nuestra patria. Mi- 6
trídates, que estuvo en Mileto y vio a mi mujer en vir-
tud de mi hospitalidad, no actuó luego ni como amigo
ni como hombre virtuoso y moderado, como tú quieres

que sean aquellos a quienes encomiendas tus ciudades,
7 sino que se mostró insolente y tiránico. Y conociendo
la virtud y el amor a su marido de mi mujer, consideró
imposible persuadirla con palabras o riquezas, y en-
contró una treta para su complot, según creyó, de mu-
cha mayor credibilidad. Fingió, en efecto, que su ante-
rior marido, Quéreas, estaba vivo, y escribiendo unas
cartas en su nombre se las envió a Calírroe por unos
8 esclavos. Pero tu malignidad, oh Fortuna, se enfrentó
a un Rey digno, y la previsión de los demás dioses dejó
al descubierto las cartas, pues a esos esclavos, con las
propias cartas, me los envió Bias, el general de Priene,
y yo, después de abrirlas, se lo conté al sátrapa de
Lidia y Jonia, y él a ti.

9 Ya he explicado el desarrollo del asunto sobre el que
versa tu juicio. Y las pruebas son irrefutables, pues
es necesario una de dos, o que Quéreas esté vivo o que
Mitrídates haya tramado un adulterio. Y ni siquiera
puede decir que no sabía que Quéreas estaba muerto,
pues fue estando él en Mileto cuando elevamos su tum-
10 ba, y formó parte del duelo con nosotros. Pero cuando
Mitrídates quiere cometer adulterio, hace resucitar a
los muertos.

Acabo con la lectura de la carta que él envió por sus
propios esclavos a Mileto desde Caria. Dice al empezar:
«Yo, Quéreas, estoy vivo». Que demuestre Mitrídates eso
y será absuelto. Piensa, oh Rey, cuán desvergonzado es
el adúltero que llega a usar en falso el nombre de un
muerto.

11 Con estas palabras consiguió Dionisio irritar a los que
le oían y se atrajo el voto favorable. Y el Rey, indig-
nado, dirigió a Mitrídates una mirada dura y sombría.

7 Pero él, en modo alguno abatido, dijo:

—Te suplico, oh Rey, pues eres justo y benévolo, que
no me condenes antes de oír las razones de ambos, y
que no sea un griego, que ha levantado con gran astu-

cia contra mí falsas acusaciones, más digno de confianza
ante ti que la verdad.
Sé que aumenta la sospecha contra mí la belleza de 2
la mujer, pues a nadie le parece increíble que uno qui-
siera seducir a Calírroe. Yo por mi parte he vivido hasta
ahora virtuosamente y ésta es la primera acusación que
he tenido. Pero si hubiera sido licencioso e impúdico,
me hubiera hecho mejor el haberme confiado tú
tantas ciudades. ¿Quién puede ser tan insensato como 3
para elegir el perder tales bienes por un solo placer, y
éste además vergonzoso? Pero, por otra parte, si yo
tuviera conciencia de ser culpable, podría incluso es-
quivar el castigo, pues Dionisio no pleitea por una mu-
jer casada con él según la ley, sino que la compró,
pues fue vendida; y la ley del adulterio no se aplica
a los esclavos. Que te lea primero el acta de manumi- 4
sión y que sólo después hable de matrimonio. ¿Te atre-
ves a llamar esposa a la que te entregó por un talento
Terón el pirata y que él había robado de una tumba?
«Pero —dirá— yo la compré siendo libre». Entonces eres
un traficante en hombres libres, y no un marido. Pese
a todo ello, me defenderé ahora como si fuese un mari-
do. Tú llamas matrimonio a la venta y dote al precio. 5
Que pase por milesia hoy la que es siracusana.
Sabe, oh señor, que no le he faltado a Dionisio ni
como marido ni como amo. Pues en primer lugar me
acusa, no de un adulterio consumado, sino de un in-
tento de adulterio, y no pudiendo hablarte de hechos,
nos lee vanas cartas. Pero las leyes castigan las accio- 6
nes. Presentas una carta, y yo puedo decir: 'No la he
escrito yo. Esa letra no es de mi mano. A Calírroe es
Quéreas quien la busca. Júzgale entonces a él de adul-
terio'.
«Sí, dice él, pero Quéreas está muerto, y tú quieres
seducir a mi mujer usando el nombre de un muerto».
Me haces un desafío, Dionisio, en modo alguno venta- 7

joso para ti. Te pongo como testigo: soy tu amigo y huésped tuyo; retráctate de la acusación, te será más ventajoso. Pide al Rey que suspenda el juicio, y entona tu palinodia[59]: «Mitrídates no ha cometido falta alguna. Equivocadamente le he censurado». Pero si persistes te arrepentirás. Atraerás contra ti el voto desfavorable y, te lo aviso, perderás a Calírroe. Y no será a mí, sino a ti a quien el Rey encontrará adúltero.

8 Dicho esto se calló, y todos miraron a Dionisio deseosos de saber si, enfrentado a esta elección, renunciaba a la acusación o se mantenía firme. Pues ellos no sabían qué era lo que había insinuado Mitrídates, pero creían que Dionisio sí lo sabía. Sin embargo, también él lo ignoraba, y no esperando en modo alguno que Quéreas estuviera vivo, dijo:

9 —Di lo que quieras, pues no me engañarás con sofismas ni amenazas indignas de crédito. Ni se encontrará jamás que Dionisio ha ejercido de sicofante.

10 Entonces Mitrídates alzó la voz y como bajo la inspiración divina dijo:

—Dioses reales, celestes y subterráneos, ayudad a un hombre bueno que muchas veces os ha elevado preces como era justo y os ha ofrecido sacrificios. Dadme la recompensa a mi piedad, a mí, a quien están acusando en falso. Prestadme a Quéreas aunque sólo sea para este juicio. Muéstrate, alma benévola, te llama tu Calírroe. Y, poniéndote entre ambos, Dionisio y yo, dile al Rey cuál de entre nosotros es el adúltero.

---

59 La palinodia, es decir, la retractación de lo dicho anteriormente. Dice una leyenda que el poeta Estesícoro compuso un canto narrando la historia de Helena, en el que se la acusaba de haber huido voluntariamente con Paris, y se decía que después de la guerra de Troya había estado en Egipto, y que por ello fue castigado con la ceguera hasta que compuso la *Palinodia*, el canto en que se retractaba de esta historia.

Cuando aún estaba hablando (pues así lo habían orga- 8
nizado) avanzó Quéreas en persona, y al verle Calírroe
gritó:

—Quéreas, ¿estás vivo?

Y se lanzó a correr hacia él. Pero Dionisio la retuvo y poniéndose en medio no dejó que se abrazasen.

¿Quién sería capaz de describir dignamente el aspec- 2
to de aquel tribunal? ¿Qué autor sacó a escena una his-
toria tan extraordinaria? Podría uno pensar que estaba
en un teatro lleno de miles de sentimientos, pues había
de todo a la vez: lágrimas, alegría, asombro, compa-
sión, incredulidad, ruegos... Felicitaban a Quéreas, se 3
alegraban con Mitrídates, sufrían con Dionisio, y respec-
to a Calírroe, estaban indecisos. Y ella estaba extraor-
dinariamente turbada y se mantenía en pie sin pro-
nunciar palabra, sólo mirando a Quéreas con ojos que
se le escapaban volando hacia él. Y me parece que el
propio Rey hubiera deseado ser Quéreas en aquel mo-
mento.

Normal y pronta es la guerra entre todos los rivales 4
en amor, y a aquéllos los impulsaba aún más a luchar
uno contra otro la vista del premio, de tal modo que,
si no hubiera sido por respeto al Rey, hubieran llegado
a las manos. Pero llegó su lucha a las palabras, y Qué- 5
reas dijo:

—¡Yo soy su primer marido!

Y Dionisio:

—¡Y yo el más seguro!

—¡Yo no he repudiado a mi mujer!

—No, pero la enterraste.

—Muéstrame la disolución de mi matrimonio.

—¡Mira la tumba!

—Su padre me la dio a mí.

—Y a mí se entregó ella misma.

—Eres indigno de la hija de Hermócrates.

—Más lo eres tú, que has sufrido las cadenas de Mitrídates.

—Yo reclamo a Calírroe.

—Y yo la retengo.

—Tú ejerces violencia sobre la mujer ajena.

—Y tú mataste a la tuya.

—¡Adúltero!

—¡Asesino!

6 Así luchaban uno contra otro, y todos los demás los oían no sin placer. Y Calírroe estaba de pie, con la vista baja y llorando, amando a Quéreas, pero llena de respeto hacia Dionisio.

El Rey, por su parte, haciendo salir a todos, deliberó con sus amigos, no ya sobre Mitrídates, pues se había demostrado de un modo patente su inocencia, sino sobre si era necesario dar una decisión judicial sobre la
7 mujer. Y a algunos les parecía que no era ésta decisión algo propio del Rey:

—La acusación de Mitrídates hiciste bien en oírla, pues era un sátrapa, pero todos éstos no son más que simples particulares.

Pero la mayoría opinaban lo contrario, tanto por el padre de la mujer, que no había sido inútil a la casa del Rey, como porque no se invocaba su decisión desde fuera, sino que era casi parte de lo que ya había sido juzgado, pues la causa verdadera no querían confesarla, y era que la belleza de Calírroe era algo a lo
8 que difícilmente renunciaban los que la veían. En consecuencia, llamando de nuevo a su presencia a los que había hecho salir, dijo:

—A Mitrídates le absuelvo, y que se marche inmediatamente a su satrapía con los regalos que le entregaré. Quéreas y Dionisio, que digan cada uno qué derechos tienen sobre esta mujer, pues debo cuidar de la hija de Hermócrates, el que venció a los atenienses, los mayores enemigos míos y de los persas.

Pronunciada la sentencia, Mitrídates se prosternó, y 9
los otros se encontraron sin saber qué hacer. Y el Rey, viéndolos sin recursos, dijo:

—No os doy prisa, sino que os concedo que vengáis preparados al juicio. Os doy un plazo de cinco días, entre tanto, de Calírroe cuidará Estatira, mi mujer, pues no es justo que la que se va a someter a un juicio sobre quién es su marido venga con un marido al juicio.

Salieron, pues, del tribunal todos los demás som- 10
bríos, y sólo Mitrídates alegre. Y tomando sus regalos, pasó aún allí la noche y salió con la aurora hacia Caria, más ilustre que antes.

A Calírroe la llevaron los eunucos ante la reina, sin 9
haberle dicho nada antes, pues cuando el Rey envía a alguien, no lo anuncia. Y al verla de improviso Estatira se levantó de su lecho creyendo que se le había aparecido Afrodita, pues ella honraba especialmente a esta diosa.

Ella, pues, se prosternó, y el eunuco, dándose cuenta 2
de su sorpresa, dijo:

—Esta es Calírroe. La ha enviado el Rey para que sea guardada junto a ti hasta el juicio.

Oyó esto con alegría Estatira, y dejando de lado toda femenina envidia, se volvió más favorable a Calírroe por el honor que se le hacía, pues se sentía orgullosa de que se le confiase tal depósito. Y cogiéndola de la mano dijo:

—Ánimo, mujer, y deja de llorar. El Rey es bueno. 3
Tendrás el marido que quieres, y te casarás tras el juicio con mayor honor. Ea, descansa ahora, pues estás cansada, según veo, y aún tienes el alma conturbada.

Con placer oyó esto Calírroe, pues deseaba la sole- 4
dad. Así que cuando se tendió en el lecho y la dejaron tranquila, tocándose los ojos dijo:

—¿Habéis visto de verdad a Quéreas? ¿Era aquél mi Quéreas, o también en esto estoy engañada? Quizá Mi-

trídates evocó su imagen para el juicio, pues dicen que
5 entre los persas hay magos. Pero él incluso habló, y lo
dijo todo como quien está bien enterado. Y ¿cómo so-
portó no abrazarme? ¡Sin besarnos siquiera, nos han
separado!

Mientras estaba pensado estas cosas se oyó ruido de
pasos y voces de mujeres, pues todas acudieron ante la
reina, creyendo que iban a poder ver a Calírroe, pero
Estatira dijo:

6 —Dejémosla, se encuentra mal. Tenemos cuatro días
para verla, oírla y hablarle.

Con pesar se marcharon, y al día siguiente nada más
despuntar la aurora volvieron de nuevo, y eso lo hicie-
ron celosamente todos los días, de suerte que la casa
del Rey estuvo mucho más frecuentada que de ordi-
7 nario. E incluso el Rey entraba a la parte de las muje-
res más a menudo, aparentemente por Estatira.

Se enviaron a Calírroe suntuosos presentes, pero de
nadie los aceptó, cuidando mantener el aspecto de mu-
jer infortunada, enlutada y permaneciendo sin adornos.
Y esto la mostraba incluso más radiante. Y cuando la
reina le preguntaba a cuál de los dos hombres prefería,
no contestaba nada, sino que se limitaba a llorar.

8 Así estaba Calírroe. Por su parte Dionisio intentaba
soportar lo ocurrido con nobleza, por la entereza de su
naturaleza y lo excelente de su educación, pero lo extra-
ordinario de su desgracia bastaba para poner fuera de
9 sí al hombre más fuerte. Además, ardía en amor más
aún que en Mileto, pues al principio de su deseo por
Calírroe, sólo estaba enamorado de su belleza, pero en-
tonces muchas cosas habían hecho aumentar su amor:
la costumbre, el haber tenido un hijo, la ingratitud, los
celos, y, sobre todo, lo imprevisto de todo el asunto.
10 Así pues, muchas veces, inflamado en cólera, gritaba:

—¿Quién es ese Protesilao[60] que resucita contra mí?
¿A cuál de los dioses subterráneos he ofendido, para
que tenga como rival a un muerto del que poseo la
tumba? Soberana Afrodita, tú me has tendido una tram-
pa, tú a quien establecí en mis tierras, a quien tan a
menudo ofrezco sacrificios. ¿Por qué me mostraste a
Calírroe, si no ibas a conservármela? ¿Por qué hiciste
padre a quien no era ni marido?

Y en medio de sus lamentos, abrazando a su hijo 2
decía llorando:

—Hijo desdichado, antes me parecía que era una gran
felicidad tu nacimiento, pero ahora creo que fue algo
inoportuno, pues te tengo como herencia de tu madre y
recuerdo de un amor infortunado. Eres un niño, pero 3
no totalmente ignorante de la desgracia que sufre tu
padre. ¡Funesto viaje hemos emprendido! No debía ha-
ber abandonado Mileto: Babilonia nos ha perdido. En
el primer juicio he sido vencido: Mitrídates me ha con-
vertido en acusado. Y temo aún más el segundo. No es
menor el peligro, y me quita las esperanzas el prólogo
del juicio. Sin juzgar aún, me veo privado de la mujer, 4
y lucho por la mía contra otro, y, lo que es más duro
que esto, no sé a quién quiere Calírroe. Pero tú, hijo,
puedes averiguarlo, porque es tu madre. Ve ahora y
suplícale por tu padre. Llora, bésala y dile: «Madre, 5
mi padre te ama». Pero no le reproches nada. ¿Qué
dices, pedagogo?, ¿que no nos dejan entrar al palacio?

---

[60] Protesilao, héroe tesalio, fue la primera víctima de los troyanos, pues fue el primer griego que desembarcó en tierra troyana. Antes de partir se acababa de casar con Laodamía y no habían podido aún celebrar los sacrificios de ritual. Ésta, loca de amor por él, pidió a los dioses que se lo devolvieran sólo por tres horas, súplica que también él les había hecho, y que los dioses les concedieron. Cuando, cumplido el plazo, tuvo él que regresar al Hades, Laodamía se suicidó en sus brazos.

¡Oh terrible tiranía! Cierran las puertas a un hijo que va como mensajero de su padre ante su madre.

6 Dionisio, pues, pasó todo el tiempo hasta el juicio librando batallas entre el amor y la razón; y a Quéreas por su parte le invadió una pena inconsolable, y fingiendo que estaba enfermo mandó a Policarmo que fuera a buscar a Mitrídates, como bienhechor de ambos que era, y cuando se quedó solo, anudó una cuerda a su cuello, y cuando iba a subir a ella dijo:

—Más felizmente hubiera muerto si hubiera subido a la cruz que me levantó la falsa acusación cuando estaba encadenado en Caria; pues entonces abandonaba la vida con la ilusión de ser amado por Calírroe, y ahora me veo privado no sólo de vivir, sino también del consuelo
7 ante la muerte. Calírroe, al verme, no se ha arrojado hacia mí, no me ha besado. Estando yo presente tuvo vergüenza por otro hombre. Que nada te produzca sonrojo. Me anticiparé al juicio, no esperaré un final deshonroso. Sé que soy muy pequeño rival para Dionisio, yo, extranjero y pobre, y que ya te soy ajeno. Tú vive feliz, oh mujer mía, pues te llamo mía aunque ames a otro. Yo me voy y no seré un estorbo para tu matrimonio. Disfruta de la riqueza y el lujo, y goza de la magni-
8 ficencia de Jonia. Posee al hombre que quieres. Pero, ahora que de verdad habrá muerto Quéreas, te pido, Calírroe, una última gracia. Cuando haya muerto, ven junto a mi cadáver, y, si puedes, llora. Esto será para mí más incluso que la inmortalidad. Y di, inclinándote ante mi estela, aunque te estén viendo tu marido y tu hijo[61]: «Te has ido, Quéreas, ahora de verdad. Ahora sí
9 que estás muerto. Y yo que iba a elegirte a ti ante el Rey». Y yo te oiré, mujer, y quizá incluso te crea. Así me harás más honrado a los ojos de los dioses de abajo.

---

[61] Aceptamos la corrección de D'Orville *kàn anèr kaì bréphos hopôen.*

Incluso si se olvidase completamente a los muertos en el Hades, yo, sin embargo, incluso allí me acordaré de mi amada, de ti[62].

Lamentándose de este modo besó la cuerda diciendo:

—Tú eres mi consuelo y mi defensor. Por ti venceré. Tú me has amado más que Calírroe.

Y cuando ya estaba subiendo a ella y atándosela alre- 10
dedor del cuello apareció Policarmo, su amigo, y le sujetó como a un loco, pues ya no era capaz de consolarle.

Y entre tanto llegaba el día fijado para el juicio.

---

62 *Il.* XXII, 389-390.

LIBRO SEXTO

1 El día anterior a aquel en que iba a decidir el Rey si Calírroe era esposa de Quéreas o de Dionisio, Babilonia entera estaba excitada, y unos a otros en las casas y al encontrarse en la calle se decían:

—Mañana es la boda de Calírroe, ¿quién será el afortunado?

2 La ciudad estaba dividida, y unos, partidarios de Quéreas, decían:

—El fue su primer marido, la desposó cuando era virgen, amándola y siendo correspondido. Su padre se la dio a él, y en su patria la enterró. El no abandonó a su mujer, ni fue abandonado tampoco. Dionisio no ha convencido: no se ha casado. Unos piratas se la vendieron, pero no es lícito comprar a una mujer libre.

3 Y a su vez, los partidarios de Dionisio alegaban a esto:

—Él la salvó de los piratas cuando iba a ser asesinada; dio un talento como precio de su salvación. Primero la salvó y después se casó con ella. Quéreas, en cambio, después de desposarla la mató. Calírroe debe acordarse de ese matrimonio. Y hay otro argumento que apoya el que la victoria sea de Dionisio: tienen un hijo en común.

4 Esto hacían los hombres; y las mujeres no sólo hablaban, sino que daban consejos a Calírroe como si estuviera presente:

—No dejes al que te desposó cuando eras virgen, elige al que te amó primero, tu conciudadano, para poder ver de nuevo a tu padre. Si no, vivirás en tierra extranjera como una exilada.

Y otras: 4

—Elige a tu bienhechor, al que te salvó, no al que te mató. ¿Qué pasaría si Quéreas se irritase otra vez? ¿De nuevo la tumba? No hagas traición a tu hijo; honra al padre de tu niño.

Tales cosas era posible oír en las conversaciones de de la gente, de suerte que se podría decir que toda Babilonia era un tribunal.

Llegó la última noche antes del juicio, y los reyes se 5
acostaron sumidos en muy diferentes pensamientos. La reina deseaba que llegara rápidamente el día para quitarse de encima, como una carga, el depósito que se le había confiado. Pues le pesaba la belleza de la mujer, tan cercana que provocaba comparaciones, y sospechaba también de las frecuentes visitas del Rey y de sus bondades fuera de lugar; ya que antes raramente entra- 7
ba al gineceo, pero desde que tenía dentro a Calírroe iba y venía constantemente a él. Y lo había visto, mientras conversaban, mirando largamente a Calírroe, y si sus ojos apartaban la vista de ella un momento, inmediatamente eran llevados allí de nuevo.

Así pues, Estatira recibía el día con agrado, pero el 8
Rey no lo recibía igual, sino que estuvo despierto toda la noche, *unas veces yaciendo de lado, otras boca abajo y otras boca arriba*[63], reflexionando consigo mismo y diciéndose:

—Llega el día del juicio, pues yo precipitadamente he dado un plazo muy corto. ¿Qué vamos a hacer cuando llegue la aurora? Se irá luego Calírroe, a Mileto o a Siracusa. Ojos desdichados, una sola hora tenéis ya 9

---

63 *Il.* XXIV, 10.

para gozar de esa visión hermosísima. Después será mi siervo más feliz que yo. Mira qué puede hacerse, oh alma mía, consúltalo contigo misma. No tienes otro consejero: el consejero del enamorado es el propio Amor. Así pues, primero contéstate a ti mismo: ¿Quién
10 eres? ¿El enamorado de Calírroe o el juez? No te engañes a ti mismo. No lo sabes aún, pero la amas, y lo comprobarás del todo cuando no la veas. ¿Por qué quieres producirte dolor a ti mismo? Helios, tu antepasado, ha elegido para ti esta criatura, la más bella de las que él contempla. ¿Y vas tú a alejar de ti este regalo del
11 dios? En verdad me preocupo de Quéreas y Dionisio, despreciables siervos míos, para decidir sobre su matrimonio, y yo, el Gran Rey, estoy haciendo el oficio de una vieja casamentera. Pero me adelanté a aceptar el juicio, y todos lo saben. Y además siento un gran res-
12 peto por Estatira. No hagas público tu amor ni lleves a término el juicio. Te bastaría incluso sólo con ver a Calírroe. Aplaza el juicio, eso puede hacerlo incluso un juez ordinario.

2 Al llegar el día, los servidores prepararon la sala de juicios, la multitud se iba congregando en el palacio, y toda Babilonia se puso en movimiento. Y lo mismo que en los Juegos Olímpicos se puede ver a los atletas dirigirse al estadio con sus cortejos, así iban también ellos: un gran grupo compuesto por los más nobles de los persas acompañaba a Dionisio, y el pueblo a Qué-
2 reas. Y se oían votos y aclamaciones de los que animaban a cada uno, que gritaban:

—¡Tú eres el mejor, tú vencerás!

Pero el premio no era una rama de olivo, ni frutos, ni una rama de pino, sino la belleza más excelsa, por la que incluso los dioses disputarían con razón.

El Rey, llamando al eunuco Artaxates, que era el hombre más importante ante él, le dijo:

—Se me han aparecido en sueños los dioses de la casa real y me han pedido sacrificios. Es preciso, por tanto, que cumpla en primer lugar mis deberes de piedad.
Proclama, pues, que toda Asia celebre un mes sagrado 3
de treinta días, aplazando los juicios y todos los demás negocios.

El eunuco proclamó lo que le había ordenado, y todo se llenó al punto de hombres que celebraban sacrifi-
cios, coronados. Sonaba la flauta y tocaba la siringe, 4
y se oía la música de los cantores; las puertas exhalaban el olor de perfumes y cada callejuela era una sala de banquete, y *el olor de las carnes del sacrificio llegaba al cielo rodando por las espirales del humo*[64]. El Rey ofreció en los altares sacrificios magníficos. Entonces por primera vez sacrificó también a Eros, e hizo muchas invocaciones a Afrodita, para que abogara por él ante su hijo.

Todos estaban llenos de alegría, y solamente tres 5
sufrían: Calírroe, Dionisio y, más que ellos, Quéreas. Calírroe no podía demostrar abiertamente su pena en las estancias reales, sino que se mantenía serena, pero en secreto gemía y maldecía la fiesta. Y Dionisio se maldecía a sí mismo por haber abandonado Mileto.

—Aguanta —se decía—, desdichado, la desgracia que voluntariamente te has buscado, pues eres tú el culpa-
ble de todo esto. Te era posible poseer a Calírroe aunque 6
Quéreas viviese. Tú eras en Mileto el amo, y ni la carta se le hubiera entregado a Calírroe si tú no lo querías.
¿Quién hubiera podido verla? ¿Quién acercársele? Pero 7
empujándote a ti mismo te arrojaste en medio de los enemigos. Y ojalá hubiera sido a ti solo, ahora incluso has arrojado a la más preciada posesión de tu alma. Por eso se levanta contra ti la guerra por todas partes. ¿Qué crees, insensato? Tienes como adversario a Qué-

64 *Il.* I, 317.

reas y te has atraído también la rivalidad del Rey. Ahora resulta que el Rey tiene sueños, y que le piden sacri-
8 ficios los dioses a los que cada día sacrifica. ¡Oh impudicia! Uno que aplaza el juicio teniendo en casa a la mujer ajena, y dice el tal que es un juez.

Tales eran los lamentos de Dionisio, y Quéreas por su parte no tocaba la comida ni quería en absoluto vivir. Y como Policarmo, su amigo, le impedía dejarse morir, dijo:

—Tú, aparentando ser amigo, eres para mí el más enemigo de todos. Pues me retienes en el tormento y
9 ves con agrado cómo sufro. Si fueras mi amigo, no me rehusarías por envidia la libertad, a mí, que padezco la tiranía de un dios perverso. ¿Cuántas ocasiones de felicidad me has hecho perder? Sería feliz si en Siracusa hubiese sido enterrado con Calírroe en su misma tumba. Pero también entonces me impediste tú morir, a mí que lo estaba deseando, y me privaste de una hermosa compañía. Pues quizá ella no hubiera sa-
10 lido de la tumba abandonando mi cadáver. Y si así hubiera sido, yo yacería allí, y hubiera ganado el evitar lo que pasó después: la venta, los piratas, las cadenas y el Rey, más terrible aún que la cruz. ¡Oh muerte, hermosa, después de haber oído hablar del segundo matrimonio de Calírroe! Y de nuevo, ¡de qué ocasión de de-
11 jarme morir me privaste, después del juicio! Habiendo visto a Calírroe, no me acerqué a ella, no la besé. ¡Oh aventura extraña e increíble! Quéreas se somete a juicio sobre si es el marido de Calírroe. Pero ni este juicio, cualquiera que sea, permite que llegue a su término la divinidad envidiosa. ¡En sueños y en la realidad me odian los dioses!

Diciendo esto, se arrojó sobre la espada, pero sujetó su mano Policarmo, y poco le faltó para atarle para velar por su seguridad.

El Rey, por su parte, llamando al eunuco, que era de 3
todos en quien más confianza tenía, al principio se aver-
gonzaba también ante él. Y viéndole Artaxates lleno de
rubor y con ganas de hablar, dijo:

—¿Qué le ocultas, oh señor, a tu siervo, que tan adicto
te es, y que es capaz de callar? ¿Qué desgracia tan tre-
menda te ocurre? ¡Cómo temo que alguna conspira-
ción...!

Dijo el Rey:

—Y la mayor. Pero no la traman los hombres sino
un dios. En efecto, quién es Eros ya lo había oído antes 2
en relatos y poemas: que domina a todos los dioses e
incluso al propio Zeus. Sin embargo, ignoraba que al-
guien junto a mí pudiera llegar a ser más poderoso que
yo. Pero está presente el dios, ha venido a fijarse en mi
alma Eros, grande y violento. Terrible es confesarlo,
pero en verdad estoy apresado.

Al mismo tiempo que decía estas cosas se llenaron 3
sus ojos de lágrimas, de suerte que no pudo proseguir
sus palabras. Pero aunque dejó de hablar, al punto se
dio cuenta Artaxates de dónde procedía la herida, pues
no había estado antes libre de sospechas, sino que se
había dado cuenta de que se iba encendiendo el fuego.
Además no era ni dudoso ni desconocido que desde que
estaba allí Calírroe no había deseado a ninguna otra
mujer. Sin embargo, fingió no saber nada y dijo: 4

—¿Qué belleza puede vencer a tu alma, señor, que
tienes como siervos a todo lo bello: oro, plata, vesti-
duras, caballos, ciudades y pueblos? Y miles de her-
mosas mujeres, e incluso a Estatira, la más bella de
las que alumbra el sol, de la que tú solo gozas. La liber-
tad del goce destruye el amor. A no ser que haya bajado
del cielo alguna de las diosas de arriba, o haya salido
del mar otra Tetis. Pues creo firmemente que incluso 5
las diosas desean tu compañía.

Y respondió el Rey:

—Quizá sea cierto lo que dices, que es una de las diosas esa mujer, pues no es humana su belleza. Sólo que no lo confiesa, finge que es una griega de Siracusa.
6 Y esto es un indicio del engaño, pues no quiere que haya posibilidad de comprobarlo, no mencionando ninguna ciudad de las dominadas por nosotros, sino que envía su historia más allá del mar Jónico y del amplio mar. Con el pretexto de un juicio vino a mí, y todo ese drama ella lo ha urdido. Me admiro de que te hayas atrevido a decir que Estatira es la más bella de todas,
7 viendo a Calírroe. Es preciso mirar cómo podría calmar mi aflicción. Busca de todas las maneras si es posible encontrar un remedio.

—Ya ha sido hallado —dijo— ese remedio que buscas, oh Rey, entre los griegos y los bárbaros. Pues no hay otro remedio del Amor que el mismo ser amado: ésa fue la respuesta cantada por el oráculo, que «el que ha inflingido la herida, ése mismo es el que la curará».

Sintió vergüenza el Rey de estas palabras y dijo:

—No me digas nada semejante, que seduzca a la mu-
8 jer de otro. Me acuerdo de las leyes que yo mismo establecí, y de la justicia que con todos practico. No me acuses de ninguna intemperancia, no estoy hasta tal punto perdido.

Artaxates, temiendo haber ido demasiado lejos, cambió lo dicho en alabanza.

—Es augusto, señor —dijo—, tu modo de pensar. No emplees para el amor los mismos cuidados que los demás hombres, sino el mejor y el propio de un Rey: el luchar contigo mismo, pues puedes, señor, vencer tú solo incluso al dios. Entrega tu alma a toda clase
9 de placeres. Sobre todo sientes especial placer en la caza, sé en efecto que tú por placer pasarías el día sin comer y sin beber cazando. Es mejor pasar el tiempo

de cacería que pasarlo en palacio y estar cerca del fuego.

Esto le agradó, y anunció una magnífica cacería. Sa- 4
lieron jinetes lujosamente adornados, los mejores de los persas, y lo más escogido del resto del ejército. Todos eran dignos de ver, pero el que más descollaba en magnificencia era el propio Rey.

Montaba un caballo Niseo[65], el más bello y el mayor, 2
con bocado de oro, y de oro eran también los arneses de la cabeza, la visera y los del pecho. Él vestía púrpura de Tiro (aunque el tejido era babilonio), y llevaba una tiara del color del jacinto. Ceñía cimatarra de oro, y tenía en sus manos dos jabalinas, y a un lado pendían la aljaba y el arco, obra suntuosísima de los Seres[66].
Cabalgaba arrogante, pues es propio del Amor el gusto 3
por el adorno, y quería ser visto en medio por Calírroe, y al salir, atravesando toda la ciudad, miraba en torno suyo, por si ella estaba contemplando el cortejo.

Rápidamente se llenaron los montes de gentes que
gritaban y corrían, de perros que ladraban, caballos que 4
piafaban, fieras perseguidas. Y aquella prisa y tumulto hubieran desplazado incluso al propio Eros. En efecto, se experimentaba placer: mezclada con la angustia también había alegría, y con el miedo, una sensación agradable de peligro.

Pero el Rey no veía ni caballos, pese a correr a su lado tantos jinetes, ni fieras, pese a ser tantas las perseguidas, ni oía a los perros, siendo tantos los que

65 De Nisa, ciudad del territorio de los Partos, en la que estaban los enterramientos de sus reyes.

66 Los Seres son «los hombres de la seda» (del chino *si* «seda»), los chinos, por tanto. La localización geográfica exacta de este pueblo está poco clara en los autores que los mencionan. Ésta es una de las primeras menciones de los chinos en la literatura occidental. Cf. A. D. PAPANIKOLAOU, *Chariton - Studien*, Gotinga, 1973, p. 162.

ladraban, ni a los hombres, pese a estar todos gritan-
5 do. Sólo veía a Calírroe, precisamente la que no estaba presente, y la oía a ella, la que no hablaba, pues Eros había salido con él de cacería, y, como dios amante de la lucha, viendo que él le oponía batalla y había tomado, según creía, una decisión honrosa, le volvió el medio que había pensado a lo contrario, y mediante el mismo cuidado inflamó más su alma, poniéndose dentro de él y diciéndole:

—Cuán digna de ver sería Calírroe aquí, con sus vestidos levantados hasta la rodilla y los brazos desnudos,
6 con rubor en el rostro y ansiedad en el pecho. En verdad, *cual va Ártemis, tiradora de dardos, por el monte, por el altísimo Taigeto o el Erimanto, deleitándose con los jabalíes o los veloces ciervos*[67].

7 Y pintando y modelándose estas escenas, se inflamaba más y más...[68].

Al decir él esto, Artaxates, tomando la palabra, dijo:

—Olvidas, señor, lo ocurrido. Calírroe, en efecto, no tiene marido, aún está pendiente el juicio sobre con quién ha de casarse. Ten presente, pues, que amas a una mujer sin marido, de modo que no debes sentir vergüenza ni por las leyes, pues éstas versan sobre el matrimonio, ni por cometer adulterio, pues para ello se necesita en primer lugar un marido que sufra la ofensa, y luego un adúltero que la infrinja.

8 Agradó este argumento al Rey, pues era favorable a su placer, y tomando de la mano al eunuco le besó y dijo:

—Con razón te estimo yo más que a todos los demás, pues tú me eres el más adicto y un buen guardián. Ve y tráeme a Calírroe, pero dos cosas te encomiendo:

---

[67] *Od.* VI, 102-104.

[68] Aquí hay una laguna en el texto, donde vendrían las palabras del Rey a las que responde a continuación Artaxates.

que no sea forzada, ni traída de un modo ostensible. Quiero, en efecto, que la persuadas y que nadie se entere.

Inmediatamente dio la señal de suspender la caza, y 9
todos dieron la vuelta. Y el Rey, acogido a estas esperanzas, volvió a palacio alegre, como si hubiera cazado la mejor pieza.

Artaxates también se sentía alegre, pensando cumplir 10
este servicio y guiar en adelante el carro del Rey, contando con el agradecimiento de ambos, y especialmente el de Calírroe. Juzgaba, en efecto, el asunto fácil, como eunuco, esclavo y bárbaro que era. No conocía los nobles sentimientos de los griegos, y sobre todo los de Calírroe virtuosa y fiel a su marido.

Buscando, pues, el momento oportuno, se le acercó, 5
y cogiéndola a solas le dijo:

—Te traigo, mujer, un depósito de grandes bienes. Tú acuérdate de mis buenos oficios, pues creo en efecto que eres agradecida.

Ante este principio Calírroe se puso muy contenta, pues por naturaleza cree el hombre precisamente aquello que desea. Así que ella pensó que iba a ser devuelta 2
a Quéreas, y se apresuró a oírlo, prometiendo al eunuco recompensarle por las buenas nuevas. Entonces él, tomando la palabra de nuevo, comenzó otra vez con preámbulos:

—Tú, mujer, tienes la suerte de poseer una belleza divina, pero aún no has recogido de ella ningún fruto verdaderamente grande ni augusto. Tu nombre, ilustre 3
y célebre en toda la tierra, hasta hoy no encontró ni marido ni amante digno, sino que cayó en estos dos, uno un isleño pobre, y el otro, un siervo del Rey. ¿Qué 4
obtuviste de ellos verdaderamente grande y notable? ¿Qué tierra fértil posees? ¿Qué adornos suntuosos? ¿En qué ciudades mandas? ¿Cuántos esclavos se prosternan ante ti? Las mujeres babilonias tienen sirvientas más

ricas que tú. Pero no estás totalmente descuidada, por
5 el contrario, los dioses se preocupan de ti. Por eso te han traído aquí, tomando como pretexto el juicio, para que el Gran Rey te viera. Y tienes ahora la primera buena noticia, él te ha visto con agrado, y yo hago que te recuerde y te alabo ante él.

Esto lo añadió por su cuenta, pues todo esclavo, cuando habla de su amo a alguien, acostumbra a asociarse a sí mismo, tratando de sacar de la conversación algún provecho propio.

6 Calírroe sintió que estas palabras le atravesaban el corazón como si fueran puñales, pero fingió no comprender y dijo:

—Que los dioses le sean siempre favorables al Rey, y él a ti, porque os compadecéis de una mujer infortunada. Yo sólo pido que me libere pronto de mi angustia, pronunciando la sentencia, para no ser ya más una molestia para la reina.

El eunuco, creyendo que no había dicho claramente lo que quería y que la mujer no le había entendido, empezó a hablar ya más claramente:

7 —Esto es lo que has obtenido de tu buena suerte, que ya no tienes como enamorados a esclavos y pobres, sino al Gran Rey, que te puede regalar la propia Mileto, y toda Jonia y Sicilia, y otros pueblos aún mayores. Ofrece sacrificios a los dioses y felicítate a ti misma, y pon todo tu interés en cómo le puedes agradar más. Y cuando seas rica, acuérdate de mí.

8 Calírroe, en un primer momento, se sintió impulsada, si le fuera posible, incluso a arrancar los ojos del que intentaba seducirla, pero como mujer de educación esmerada y prudente, pensando rápidamente en qué lugar estaba y quién era ella y quién el que le hablaba, aplacó su cólera, y se puso a hablar con ironía al bárbaro:

—No estoy tan loca —dijo— como para considerarme 9
digna del Gran Rey. Yo soy igual a las criadas de las
mujeres persas. Y tú, te lo suplico, no evoques mi re-
cuerdo ante tu amo, pues si en el momento no se irrita,
después se enfadará contigo, pensando que quieres en-
tregar al señor de toda la tierra a una esclava de Dio-
nisio. Me admiro de que siendo tan inteligente no te 10
des cuenta de la amabilidad del Rey, de que no ama a
esta mujer infortunada, sino que la compadece. Deje-
mos por tanto de hablar, no sea que alguien nos calum-
nie ante la reina.

Ella se marchó, y el eunuco se quedó mudo de sor-
presa, pues, como educado en un régimen tiránico, pen-
saba que no había nada imposible, no sólo para el Rey,
sino ni siquiera para él mismo.

Así pues, abandonado allí sin ser considerado digno 6
ni de una respuesta, se alejó embargado por múltiples
sentimientos: ira contra Calírroe, preocupación por sí
mismo y miedo al Rey. Pues quizá él no creería que,
aunque sin suerte, le había hablado, y le parecería que
había abandonado el servicio encomendado por favore-
cer a la reina. Y temía también que Calírroe le contase 2
a aquélla sus palabras y que Estatira, irritada, tramase
contra él algún gran daño, pensando que no sólo había
actuado de auxiliar, sino que también había incitado
aquel amor.

El eunuco iba pensando cómo podría anunciar con
seguridad al Rey lo ocurrido; y, por su parte, Calírroe
cuando estuvo sola dijo:

—Ya había yo profetizado esto de antemano. Te tengo 3
como testigo a ti, Éufrates. Dije que no quería atrave-
sarte. Adiós, padre, y tú, madre mía, y Siracusa, mi pa-
tria, pues nunca más os veré. Ahora es cuando de verdad
ha muerto Calírroe. De la tumba, en efecto, ha salido,
pero de aquí ya no me sacará ni Terón, el pirata. ¡Oh 4
belleza traidora, tú eres la causa de todos mis males!

Por ti fui robada, por ti vendida, por ti me casé otra
vez después de con Quéreas, por ti fui traída a Babilo-
nia, por ti comparecí ante un tribunal. ¿A cuántos me
has entregado?: a los piratas, al mar, a la tumba, a la
esclavitud, al juicio. Pero más penoso que todo esto me
es el amor del Rey. Y aún no digo la cólera del Rey.
5 Y más temibles aún considero los celos de la reina, los
celos, que no pudo dominar ni Quéreas, varón y griego,
¿qué hará una mujer, y una soberana bárbara? Vamos,
Calírroe, toma una decisión noble, digna de Hermócra-
tes. Suicídate. Pero todavía no. Hasta ahora sólo hubo
una conversación sobre el amor con el eunuco. Si ocu-
rre alguna violencia más grave, entonces será el mo-
mento de mostrar tu fidelidad a Quéreas en su pre-
sencia.

6 El eunuco, yendo a presencia del Rey, le ocultó la ver-
dad de lo sucedido, y pretextó falta de oportunidad y
la rigurosa vigilancia a que la sometía la reina, de
modo que no había podido acercarse a Calírroe.

—Tú me ordenaste, señor, tener cuidado de que nadie
7 se diera cuenta, y fue una orden bien correcta, pues
has tomado el augusto papel de juez y quieres mantener
tu buen nombre ante los persas. Por eso te celebran
todos. Los griegos son puntillosos y charlatanes, y ha-
blarían del asunto a todos los vientos: Calírroe por
jactancia, porque el Rey la ama, y Dionisio y Quéreas
8 por celos. Y no conviene tampoco entristecer a la reina,
a la que ha hecho aún más hermosa la comparación
entre la fama de ambas.

Mezcló con sus palabras esta retractación, por si po-
día hacer desistir al Rey de su amor y librarse a sí
mismo de tan enojosa embajada.

7 De momento sí que le convenció, pero al llegar la
noche de nuevo se sintió inflamado, y Eros se encargó
de traerle a la memoria qué ojos tenía Calírroe, cuán
bello era su rostro. Le alabó los cabellos, el modo de

andar, la voz, cómo había entrado a la sala del juicio, cómo se había quedado allí de pie, cómo había hablado, cómo se calló, cuál fue su vergüenza, cómo había llorado...

Estuvo en vela la mayor parte de la noche, y durmió 2 sólo un poco de tiempo, lo justo para ver en sueños a Calírroe. Y al llegar la aurora, llamando al eunuco, le dijo:

—Ve y monta guardia durante todo el día, pues así seguramente encontrarás un momento oportuno, aunque sea muy corto, para tener con ella una conversación secreta. Pues si hubiese querido cumplir mi deseo de un modo abierto y por la fuerza, tenía para ello a mis guardias.

El eunuco, prosternándose, obedeció, pues a nadie le 3 es lícito contradecir las órdenes del Rey. Y sabiendo que Calírroe no le daría oportunidad, sino que esquivaría la conversación permaneciendo intencionadamente con la reina, quiso evitar esto y atribuyó la causa no a la vigilada, sino a la que vigilaba, y dijo:

—Si te parece, señor, envía a buscar a Estatira, como 4 si quisieras hablar en privado con ella, pues su ausencia me dará libre paso a Calírroe.

—Hazlo así, dijo el Rey.

Artaxates se fue, y prosternándose ante la reina dijo: 5

—Te llama, oh mi señora, tu esposo.

Estatira, al oírle, se prosternó, y con gran prisa fue hacia él. El eunuco, en cuanto vio que Calírroe se había quedado sola, tomándola de la diestra, como si fuese un hombre amante de lo griego y de la humanidad en general, la apartó del grupo de los criados.

Ella comprendió, y se quedó pálida y sin voz, pero 6 sin embargo le siguió, y cuando estuvieron solos él le dijo:

—Ya has visto a la reina, cómo al oír el nombre del Rey se ha prosternado y se ha ido. Tú en cambio, una

esclava, no aceptas tu buena suerte, ni te sientes satisfecha de que te haga una súplica quien puede darte
7 órdenes. Pero yo, puesto que te estimo, no denuncié ante él tu locura, sino que por el contrario acepté en tu nombre. Hay, pues, para ti dos caminos, ¿a cuál de los dos quieres dirigirte? Te explicaré cuáles son esos dos. Si te dejas persuadir por el Rey, recibirás los más bellos presentes y el marido que quieras, pues de ningún modo va a casarse contigo, sino que simplemente le darás un placer de un momento. Pero si no te dejas persuadir, sufrirás, por no aceptarlo, lo que sufren los enemigos del Rey: ellos son los únicos que no pueden ni morir aunque lo deseen.

8 Calírroe se echó a reír ante esta amenaza y dijo:

—No es ahora la primera vez que voy a sufrir algo terrible, tengo una gran experiencia en el infortunio. ¿Qué me puede hacer el Rey que sea más terrible que lo que ya he sufrido? Viva, fui enterrada, y la tumba es más estrecha que cualquier cárcel. Fui entregada a
9 manos de unos piratas. Y ahora mismo sufro el peor de los males, pues estando aquí Quéreas, no puedo verlo.

Estas palabras la traicionaron, pues el eunuco, astuto por naturaleza, se dio cuenta de que estaba enamorada.

—¡Oh tú —dijo—, la más insensata de todas las mujeres! ¿Prefieres un esclavo de Mitrídates al Rey?

Se irritó Calírroe al oír injuriar a Quéreas y dijo:

10 —Contén tu lengua, esclavo. Quéreas es un hombre noble, de una ciudad de primer orden, a la que no pudieron vencer ni los atenienses, que derrotaron en Maratón a tu Gran Rey.

Y al mismo tiempo que decía esto abrió las fuentes de sus lágrimas.

Entonces el eunuco insistió más y dijo:

—Sé, pues, tú misma la causa de la lentitud del pro-
11 ceso, porque ¿cómo vas a tener al juez en disposición

favorable[69] para recobrar a tu marido? Quizá Quéreas ni llegue a saber lo ocurrido, e incluso, si llega a saberlo, no tendrá celos de un hombre tan poderoso. Por el contrario, te considerará más preciada, puesto que fuiste del agrado del Rey.

Esto no sólo lo añadió por ella, sino porque él mismo 12
pensaba realmente así. En efecto, todos los bárbaros se sienten intimidados ante el Rey y lo consideran un dios visible.

Pero Calírroe ni la unión con el propio Zeus podía verla con agrado, e incluso antes que la inmortalidad prefería un solo día pasado con Quéreas. No pudiendo, pues, conseguir nada, dijo el eunuco:

—Te doy, mujer, tiempo para reflexionar. Y piensa 13
no en ti sola, sino en Quéreas, al que pones en peligro de sufrir la más terrible muerte, pues el Rey no soportará el quedar relegado a otro en amor.

Así se retiró él, y al final de esta conversación dejó impresionada a Calírroe.

Pero toda reflexión y cualquier conversación amorosa 8
las trastornó pronto la Fortuna, que encontró el pretexto de mucho más nuevos acontecimientos.

Llegaron ante el Rey unos mensajeros anunciando que
Egipto se había sublevado con grandes preparativos de 2
guerra, que los egipcios habían matado al sátrapa del Rey y habían elegido por votación un rey de entre ellos, y que éste, saliendo de Menfis, había atravesado Pelusio[70], y ya bajaban a toda velocidad por Siria y Fenicia, de modo que las ciudades no podían resistirle, como si se precipitase sobre ellas de repente un torrente desbordado o un incendio.

---

69 Dejamos sin traducir *ē scheîn kállion,* que parece una interpolación al texto, sin duda procedente de una explicación al margen a *eumenê...héxeis,* a cuyo sentido nada añade.

70 Pelusio, ciudad situada en el delta del Nilo, era el puerto egipcio fortificado más cercano a Asia.

3 Ante esta noticia quedó trastornado el Rey, y los persas anonadados, y el desaliento se apoderó de toda Babilonia. Entonces los inventores de noticias y los adivinos se dedicaron a decir que el sueño del Rey había anunciado lo que iba a ocurrir, pues los dioses al pedirle sacrificios habían anunciado el peligro, pero también la victoria.

4 Se dijo, pues, y ocurrió todo lo que suele suceder y todo cuanto es natural en una situación inesperada de guerra, y una gran agitación invadió el Asia. El Rey, convocando a los persas homótimos y a cuantos jefes de los demás pueblos estaban presentes, con los que acostumbraba a tratar los asuntos importantes, deliberó con ellos sobre la situación, y cada uno aconse-
5 jaba una cosa distinta; pero a todos les parecía bien darse prisa y, si era posible, no diferir la marcha ni un solo día, por dos razones: para detener el aumento de número de los enemigos y para aumentar las esperanzas de los amigos, mostrándoles que el socorro estaba cerca. Y que si se retrasaban ocurriría todo lo contrario: los enemigos los despreciarían, creyéndolos presos de temor, y los amigos se entregarían, creyéndose aban-
6 donados. Y opinaban también que era una gran suerte para el Rey el haber sido cogido por estas noticias no en Bactra, ni en Ecbatana, sino en Babilonia, cerca de Siria, pues con atravesar el Éufrates tendría en sus manos a los sublevados.

Así pues, decidieron que salieran las fuerzas que estaban ya con él, y enviar a todas partes mensajeros que dieran la orden de que se reuniera el ejército junto al río Éufrates.

Para los persas, es, en efecto, facilísima la prepara-
7 ción de fuerzas. Pues ya está establecido desde Ciro, el primer rey de los persas, qué pueblos deben proporcionar la caballería para la guerra, y en qué cantidad, y cuáles infantería y en qué número, y quiénes

arqueros, y cuántos carros ligeros y armados de espo-
lón debía suministrar cada uno, y de dónde debían ve-
nir los elefantes y en qué número, y de quiénes el di-
nero y qué tipo y en qué suma. Y que todo esto todos
lo preparasen en el tiempo en que cada hombre pu-
diese aprestarse.

Al quinto día de haber recibido la noticia salió de 9
Babilonia el Rey, después de dar la orden general de
que le acompañaran todos cuantos estaban en edad mi-
litar. Y entre ellos salió Dionisio, pues era jonio, y a
ninguno de los súbditos del Rey le era lícito quedarse.

Revestido de armas bellísimas y habiendo formado 2
con su propia gente un batallón no despreciable, se
colocó a sí mismo entre los primeros y más notables,
y era evidente que iba a hacer alguna hazaña ilustre,
como hombre ansioso de gloria que era por naturaleza
y que no consideraba el valor como algo secundario,
sino que lo estimaba entre las cosas más importantes.
Y además entonces tenía también la vana esperanza de 3
que si se mostraba útil en la guerra obtendría del Rey,
incluso sin juicio, a su mujer, como premio a su valor.

A Calírroe, por su parte, no quería llevarla la reina. 4
Por eso no se la recordó al Rey, ni le preguntó qué
quería que se hiciera con la extranjera. Y también Arta-
xates se calló, en apariencia por no atreverse a recor-
dar a su señor en medio del peligro su entretenimiento
amoroso, pero en realidad porque estaba feliz de poder
alejarse de aquel asunto, como si de una fiera salvaje
se tratara. E incluso me parece que bendecía aquella
guerra que había cortado el deseo del Rey, alimentado
sin duda por la ociosidad.

Sin embargo, el Rey no había olvidado a Calírroe, 5
sino que, entre toda aquella indescriptible confusión,
le vino el recuerdo de su belleza. Pero se avergonzaba
de mencionarla, por temor a parecer irremediablemente
pueril, al recordar en tal guerra a una mujer hermosa.

Forzado por el deseo, no le dijo nada a Estatira, ni tampoco al eunuco, pues estaba enterado de su amor, pero discurrió lo siguiente.

6 Es costumbre del propio Rey y de los persas nobles, cuando van a la guerra, llevar consigo también a sus mujeres e hijos, todo su oro, plata, vestidos, eunucos y concubinas, y sus perros y mesas, y todo tipo de
7 suntuosas riquezas y objetos de lujo. Así pues, llamando al servidor encargado de esto, el Rey, después de haberle dado antes muchas instrucciones y de haberle dicho respecto del resto cómo debía ser hecha cada cosa, finalmente mencionó a Calírroe, dando toda la impresión de que no le importaba nada.

—Y esa mujer, la extranjera —dijo—, de cuyo juicio me había encargado, que siga a las demás mujeres.

8 Y así Calírroe salió de Babilonia, no a disgusto, pues esperaba que también se marcharía Quéreas. Y además pensaba que la guerra trae siempre muchos e inciertos acontecimientos, y que todos los cambios son favorables para los infortunados. Y que quizá también su juicio iba a tener final por fin, una vez que se restableciera rápidamente la paz.

LIBRO SÉPTIMO

Todos salieron con el Rey a la guerra contra los egipcios, pero nadie dio orden alguna a Quéreas, pues no era siervo del Rey, sino que entonces era el único hombre libre de Babilonia. Y él se alegró, con la esperanza de que también Calírroe se quedaría. 1

En consecuencia, al día siguiente de la partida, fue a palacio buscando a su mujer. Pero al verlo cerrado, 2
y muchos guardias ante las puertas, recorrió toda la ciudad tratando de obtener información, y preguntando como loco a su amigo Policarmo:

—¿Dónde está Calírroe? ¿Qué le ha ocurrido? Pues sin duda ella no ha ido también a la guerra.

Al no encontrar a Calírroe buscó a Dionisio, su rival, 3
y llegó ante su casa. Y salió un hombre como por casualidad y le dijo lo que le habían hecho aprender, pues Dionisio, queriendo quitar a Quéreas la esperanza de casarse con Calírroe y que no esperase más el juicio, maquinó la siguiente estratagema.

Al salir al combate dejó a uno que anunciase a Qué- 4
reas que el Rey de los persas, que tenía necesidad de aliados, había enviado a Dionisio a reunir un ejército contra los egipcios, y que para que le prestara este servicio más fielmente y con plena dedicación, le había devuelto a Calírroe.

Quéreas, al oír esto, se lo creyó sin vacilar, pues el
hombre desgraciado es fácil de engañar. Desgarrando, 5

pues, sus vestidos y arrancándose los cabellos, se golpeaba el pecho y decía:

—¡Traidora Babilonia, ciudad inhóspita, y para mí, además, desierta! ¡Oh juez excelente, que se ha hecho alcahuete de la mujer de otro! De la guerra dependen los matrimonios. Y yo ejercitándome para el juicio, y tan convencido de que iba a decir lo que era justo. Se me dio el fallo adverso sin estar presente, y Dionisio
6 me venció sin decir nada. Pero de nada le servirá su victoria, pues Calírroe no vivirá separada de Quéreas, sabiendo que él está aquí vivo, aunque antes la haya engañado haciéndole creer que yo estaba muerto. Pero, ¿por qué tardo y no me degüello ahora mismo ante el palacio, derramando mi sangre ante las puertas del juez? ¡Que sepan los persas y los medos cómo juzga aquí su Rey!

7 Policarmo, viendo que su desgracia no admitía consuelo, y que le era imposible salvar a Quéreas dijo:

—Yo desde hace mucho tiempo trato de consolarte, mi queridísimo amigo, y muchas veces te impedí morir. Pero ahora me parece que la decisión es justa, y tanto disto de impedírtelo cuanto que yo mismo estoy dispuesto a morir contigo. Pero pensemos qué modo de morir puede ser mejor, pues el que tú piensas comporta, sí, un cierto reproche al rey, y para el futuro una cierta vergüenza, pero no un castigo suficiente por
8 lo que hemos sufrido. Yo opino que la muerte que al fin hemos decidido debe servir para vengarnos del tirano. Será una acción gloriosa el hacerle arrepentirse causándole un gran daño de hecho, y dejando a la posteridad la historia de dos griegos que, víctimas de una injusticia, devolvieron el golpe al Gran Rey y murieron como hombres.

9 —Pero —respondió Quéreas— ¿cómo podremos nosotros, sólo dos hombres, pobres y extranjeros, causar daño al amo de tales y tantos pueblos y que posee el

ejército que hemos visto? Para su cuerpo tiene centinelas y guardias de avanzadilla, y aunque matásemos a alguno de los suyos, aunque prendiésemos fuego a alguna de sus propiedades, ni se daría cuenta del daño.

—Sería verdad lo que dices —dijo Policarmo— si no 10
estuviese en guerra. Pero ahora hemos oído que Egipto se ha rebelado, que ha sido tomada Fenicia y que el enemigo baja a toda velocidad por Siria. La guerra le saldrá al encuentro al Rey incluso antes de que atraviese el Éufrates. No somos, pues, dos hombres solos, sino que tenemos tantos aliados cuantos conduce el rey de Egipto, y el mismo número de armas y dinero, y tantos trirremes. Usemos de la fuerza del otro para nuestra propia venganza.

Aún no había acabado de hablar cuando Quéreas gritó:

—De prisa, marchemos. En la guerra me vengaré del juez.

Así pues, saliendo inmediatamente, siguieron al Rey, 2
fingiendo que querían luchar a su lado. Con este pretexto esperaban atravesar libremente el Éufrates. Alcanzaron el ejército junto al río, y mezclándose con la retaguardia los siguieron. Y cuando llegaron a Siria se 2
pasaron al Egipcio.

Los centinelas de éste los cogieron y les preguntaron quiénes eran, pues no tenían aspecto de embajadores y sospechaban más bien que eran espías. También allí hubieran corrido un gran peligro, si no se hubiera encontrado allí por casualidad un griego que comprendía su lengua. Pidieron entonces ser conducidos ante el rey, diciendo que le traían un gran servicio. Y cuando 3
fueron introducidos a su presencia dijo Quéreas:

—Nosotros somos griegos, siracusanos de noble linaje. Éste, mi amigo, ha ido a Babilonia por causa mía, y yo por mi mujer, la hija de Hermócrates, si es que has

oído hablar de un Hermócrates que venció en batalla naval a los atenienses.

4 Asintió el egipcio, pues no había ningún pueblo que no se hubiese enterado del desastre sufrido por los atenienses en la guerra de Sicilia.

—Artajerjes se ha comportado con nosotros como un tirano.

Y le contó todo el asunto.

—En nosotros te entregamos dos amigos fieles, que tienen además los dos motivos más seguros para ser valientes: el deseo de morir y el de venganza. Pues yo ya habría muerto por mis desgracias, y si estoy vivo aún es sólo para causar algún daño a mi enemigo. *En verdad no pereceré sin lucha ni gloria, sino realizando algo grande que llegue a conocimiento de los hombres venideros*[71].

5 Al oír esto se alegró el egipcio, y tomándole de la mano dijo:

—Llegas en buen momento, joven, para ti y para mí.

Inmediatamente mandó que les diesen armas y una tienda, y tras no mucho tiempo concedió a Quéreas el honor de compartir su mesa, y luego lo hizo su consejero, pues él había mostrado prudencia y valor, y además de esto también fidelidad, como era de esperar
6 de su naturaleza noble y su educación. Y lo impulsaban más y lo hacían más distinguido su deseo de luchar contra el Rey y el querer demostrar que no era un hombre despreciable, sino digno de honores. Y pronto pudo demostrarlo con una acción importante.

Al egipcio le habían ido las cosas bien fácilmente, y en un momento se había hecho dueño de la Celesiria[72]
7 y le estaba sometida toda Fenicia excepto Tiro. Los

71 *Il.* XXII, 304-305.

72 Celesiria se llama a la región del O. del Éufrates, excepto Fenicia, por oposición a la parte E. de dicho río.

tirios son, en efecto, una raza belicosa por naturaleza,
y desean poseer gloria por su valor para no desmerecer
de Heracles, el dios principal entre ellos y al que está
consagrada la ciudad casi exclusivamente. Además están
muy confiados en la inexpugnable posición de su ciudad.
Ésta, en efecto, está construida en el mar, y sólo una 8
estrecha entrada que la une a tierra firme le impide
ser una isla. Se parece a una nave fondeada que ha
echado una pasarela a tierra. Por ello les es fácil recha- 9
zar los ataques por todos los frentes: a la infantería
por el lado del mar, pues les basta con defender una
sola puerta, y al ataque de los trirremes, con las mu-
rallas, pues la ciudad está sólidamente fortificada y
cerrada en torno a sus puertos como una casa.

Así pues, todas las tierras de alrededor habían sido 3
conquistadas, y sólo los tirios despreciaban a los egip-
cios, guardando alianza y fidelidad al persa. El egipcio,
irritado por ello, reunió el Consejo. Y entonces llamó
por primera vez a Quéreas a la deliberación. Y habló
así:

—Aliados, pues jamás llamaría siervos a mis amigos, 2
estáis viendo nuestra dificultad, que, como a una nave
que durante mucho tiempo ha tenido una travesía favo-
rable, nos han llevado vientos contrarios, y Tiro, la di-
fícil de tomar, detiene nuestro impulso; y ya va tras
nuestros pasos el Rey, según sabemos. En consecuen-
cia, ¿qué debemos hacer? Pues no nos es posible ni
tomar Tiro ni pasar de largo, pues la ciudad, que está
en medio del camino, como una muralla nos cierra las
puertas del Asia. A mí me parece que debemos mar-
charnos de aquí rápidamente, antes de que las fuerzas
persas se unan a los tirios. Pues sería peligroso para 3
nosotros ser cogidos en tierra enemiga. En cambio Pe-
lusio es una región fuerte, y allí no debemos temer ni
a tirios ni a medos ni a todos los hombres del mundo
que nos atacasen, pues el desierto es infranqueable, la

entrada estrecha, el mar nuestro, y el Nilo es amigo de los egipcios.

Al acabar él de hablar de una forma tan prudente todos se quedaron en silencio y presos de desánimo, y sólo Quéreas se atrevió a decir:

4 —Oh Rey, pues tú eres en verdad rey, y no el persa, el peor de los hombres, me has entristecido pensando en la retirada en plena celebración de la victoria[73]. Pues venceremos, si los dioses lo quieren, y no sólo tomaremos Tiro, sino también Babilonia. En la guerra se presentan muchos obstáculos ante los que es preciso ante todo no retroceder, sino afrontarlos siempre con
5 buenas esperanzas. A esos tirios que ahora se burlan de ti, yo te los arrojaré desnudos a tus pies. Y si no me crees, asesíname antes de irte, pues vivo no tomaré parte en la huida. Y si has decidido esto irrevocablemente, deja conmigo a unos pocos que quieran voluntariamente quedarse, *y nosotros dos, yo y Policarmo, entablaremos batalla..., pues por orden de un dios hemos venido*[74].

6 Todos sintieron vergüenza de no apoyar la opinión de Quéreas, y el rey, admirando su valor, le concedió tomar cuantos soldados de élite de su ejército quisiese.

Él no hizo la elección inmediatamente, sino que, mezclándose con los soldados en el campamento, y ordenando a Policarmo que hiciera lo mismo, en primer lugar investigó si había algunos griegos entre ellos; y
7 efectivamente encontró muchos mercenarios, y eligió a los lacedemonios y corintios y demás peloponesios[75], y

---

[73] Los epinicios era la fiesta con que se celebraba cada victoria en la guerra, ofreciendo sacrificios a los dioses en agradecimiento por ella.

[74] *Il.* XI, 48-49.

[75] Es decir, iba escogiendo a los griegos de linaje dorio como él mismo, habitantes de la península del Peloponeso, en cuyo centro estaba Esparta, llamada Lacedemonia por los griegos.

también encontró alrededor de veinte sicilianos. Y una vez que hubo reunido hombres en número de trescientos les habló así:

—Amigos griegos, a mí me ha dado el rey permiso 8
para escoger a los mejores hombres del ejército, y es
a vosotros a quienes he elegido, pues yo soy también
griego, de Siracusa, de linaje dorio. Es preciso que nos
diferenciemos de los demás no sólo en nobleza de ori-
gen, sino también en valor. Que a nadie, pues, le sor- 9
prenda la acción para la que os convoco, pues la encon-
traremos posible de realizar e incluso fácil, más ardua
en apariencia que en la realidad. El mismo número de
griegos que sois vosotros resistieron a Jerjes en las
Termópilas. Y los tirios no son cinco millones, sino
unos pocos, y emplean como armas el desprecio mez-
clado con la jactancia, no el valor juntamente con la
prudencia. ¡Que conozcan, pues, en cuánto difieren los 10
griegos de los fenicios! En cuanto a mí, no deseo ser el
jefe, sino que estoy dispuesto a seguir a cualquiera de
vosotros que desee mandar. Y en efecto me encontrará
obediente, pues no me esfuerzo por mi gloria personal,
sino por la de todos.

Entonces gritaron todos:

—¡Sé tú el jefe!

—Acepto el serlo —dijo—, puesto que lo queréis, y 11
vosotros me habéis dado el mando. Por ello, intentaré
hacer todo de modo que no os arrepintáis de haber ele-
gido el entregarme vuestra abnegación y fidelidad. Más
bien, en el presente, con la ayuda de los dioses, llegaréis
a ser célebres y admirados, y los más ricos de los alia-
dos, y a la posteridad dejaréis un nombre inmortal por
vuestro valor, y todos, lo mismo que celebran con can-

Corinto era la segunda ciudad en importancia, después de ésta, situada al N.O. del Peloponeso.

tos a los trescientos de Milcíades y a los de Leónidas[76], así también aclamarán a los de Quéreas.

Aún estaba hablando él cuando todos gritaron «¡Guíanos!», y se precipitaron al unísono hacia las armas.

4 Quéreas, una vez que los vistió con las más bellas armaduras, los llevó a la tienda del rey, y al verlos, el egipcio se quedó asombrado y creyó que estaba viendo a otros, no a los mismos de siempre, y les prometió magníficos presentes.

2 —Eso —dijo Quéreas— lo creemos. Tú ahora ten al resto del ejército en armas, y no vayas a Tiro antes de que la hayamos dominado y, subiendo a sus murallas, os llamemos desde ellas.

—¡Que así —le respondió— lo cumplan los dioses!

3 Así pues, Quéreas los llevó en apretada formación contra Tiro, de modo que pareciesen mucho menos numerosos, de suerte que en verdad *se apoyaban escudo contra escudo, casco con casco, hombre con hombre*[77].

Al principio no fueron vistos por los enemigos, y cuando ya estaban cerca, los vieron los de las murallas, y los señalaron a los de dentro, pensando cualquier cosa menos que eran enemigos.

4 En efecto, ¿quién hubiera pensado que tan pocos hombres marchaban contra una ciudad tan poderosa, a la que no se había atrevido a ir ni toda la fuerza completa de los egipcios? Cuando llegaron cerca de las murallas les preguntaron quiénes eran y qué querían, y Quéreas respondió:

5 —Somos mercenarios griegos, que no hemos recibido nuestra paga del Egipcio, sino que incluso quiso matar-

---

[76] Quéreas se compara aquí con los dos más grandes héroes históricos de Grecia, que encarnan la guerra contra los persas. Milcíades fue el estratego ateniense vencedor en la batalla de Maratón, y Leónidas el rey espartano protagonista de la resistencia frente a los persas en el desfiladero de las Termópilas.

[77] *Il.* XIII, 131.

nos, y venimos por ello a vosotros para defendernos de nuestro común enemigo.

Les transmitieron esto a los de dentro, y abriendo 6 las puertas salió el estratego con unos pocos hombres, y Quéreas, matando a éste el primero, atacó luego a los demás, *y lanzó sus golpes volviéndose a todas partes, y de ellos se levantó el vergonzoso gemido*[78]. Uno mataba a otro, como leones que caen en un rebaño de bueyes sin guardián. Lamentos y llanto llenaron toda la ciudad, y aunque pocos veían lo que ocurría, todos estaban llenos de agitación.

Por la puerta salió una multitud sin formación algu- 7 na, queriendo ver lo sucedido, y esto fue lo que perdió a los tirios, pues los de dentro trataban de salir por la fuerza, y los de fuera, golpeados y aguijoneados por 8 espadas y lanzas, huían de nuevo hacia dentro, y chocando unos con otros en el pasadizo daban muchas facilidades a sus atacantes para matarlos. Y ya ni siquiera era posible cerrar las puertas, por estar amontonados en ellas los cadáveres.

En medio de esta confusión indescriptible sólo Qué- 9 reas conservó fría la cabeza. Rechazando, pues, por la fuerza a los que le salían al encuentro y entrando dentro de las puertas, subió a la muralla con otros nueve hombres, y desde arriba hizo señales para llamar a los egipcios. Ellos se presentaron antes de lo que se tarda en decirlo, y Tiro fue conquistada.

Tomada Tiro, todos los demás celebraron la victoria, 10 y sólo Quéreas ni hizo sacrificios ni se coronó de flores.

—Pues ¿para qué me sirven los epinicios, si tú, Calírroe, no me ves? Nunca más me volveré a coronar, después de aquella noche de nuestra boda, pues si tú estás muerta, sería impiedad, y si vives, ¿cómo voy a poder

78 *Il.* X, 483.

celebrar la fiesta separado de ti, aunque sea en circunstancias como las presentes?

11 El Rey de los persas, una vez que atravesó el Éufrates, se apresuraba a ir al encuentro de los enemigos lo más rápidamente posible, pues, enterado de que Tiro había sido tomada, temía por Sidón y el resto de Siria, viendo que las fuerzas del enemigo estaban ya equilibradas con las suyas.

12 Por ello, decidió no seguir caminando con todo su séquito, sino más ágilmente, para que nada obstaculizase su rapidez. Y tomando lo mejor de su ejército, dejó con la reina a los que no estaban en edad de combatir, así como el dinero, los vestidos y el tesoro real.

13 Y como todo estaba lleno de tumulto y confusión, y la guerra había invadido todas las ciudades hasta el Éufrates, consideró más seguro dejar a los que quedaban tras él en Arados[79].

5 Esta es una isla que dista del continente treinta estadios, y tiene un antiguo santuario de Afrodita. Allí vivían las mujeres con toda seguridad, como en su propia casa.

2 Calírroe, al ver a Afrodita, se colocó frente a ella, y primero permaneció en silencio llorando, colmando de reproches a la diosa con sus lágrimas, y luego con dificultad dijo:

—Heme aquí también, en Arados, pequeña isla a cambio de la gran Sicilia, y ninguno de los míos en ella. Basta ya señora, ¿hasta dónde llevarás la guerra contra
3 mí? Incluso si te he ofendido, ya te has vengado de mí, y si mi desdichada belleza te ha parecido criminal, ya ha sido ella la causa de mi perdición, y ahora ya estoy probando incluso la guerra, la única desgracia que me

---

[79] Arados era una pequeña isla del N. de Fenicia, poco distante de la costa, que albergaba una conocida ciudad del mismo nombre.

faltaba. En comparación con lo de ahora, incluso Babi- 4
lonia me era agradable. Allí tenía cerca a Quéreas, y
ahora quizá haya muerto, pues no podría seguir vivien-
do después de marcharme yo. Pero no tengo a nadie
por quien informarme de qué ha ocurrido; todos son 5
extraños y todos bárbaros que me envidian y me odian.
Y peores aún que los que me odian son los que me
aman. Tú, señora, muéstrame si Quéreas vive.

Después de decir esto, se marchó... y cerca estaba Rodoguna, hija de Zopiro y esposa de Megabizo, cuyo padre y marido eran los más valientes de los persas. Ésta era la primera de las mujeres persas que había salido al encuentro de Calírroe cuando había entrado en Babilonia [80].

El Egipcio, cuando oyó que el Rey estaba cerca, bien 6
preparado por tierra y por mar, llamando a Quéreas
le dijo:

—No he tenido aún tiempo de recompensarte por el
primero de tus éxitos, ya que tú me has entregado a
Tiro. Sin embargo, te llamo ahora en mi ayuda para lo
por venir, para que no perdamos los bienes que esta-
mos a punto de conseguir, y de los que te haré partí-
cipe. A mí, en efecto, me basta Egipto. Para ti será 7
Siria. Ea, pues, examinemos lo que hay que hacer. En
ambos elementos llega la guerra a su punto culminante;
a ti te dejo la elección, si quieres mandar la infantería
o la flota. Yo creo, sin embargo, que te será más fami- 8
liar el mar, pues vosotros los siracusanos derrotasteis
en él incluso a los atenienses. Y hoy el combate es
contra los persas, vencidos a su vez por los atenienses.
Tienes además trirremes egipcios, mayores y más nume-

80 Sin duda alguna aquí hay una laguna en el texto. Algunos autores quieren ver otra tras «se marchó...» o bien tras «los más valientes de los persas...». Desde el punto de vista del sentido al menos la primera es posible.

rosos que los sicilianos. Imita a tu suegro Hermócrates
en el mar.

Quéreas respondió:

—Cualquier peligro me es agradable; por ti me en-
cargaré de la guerra contra mi peor enemigo, el Rey.
9 Dame con los trirremes a mis trescientos.

—Tómalos —dijo— a ellos y a cuantos más quieras.

Al punto lo puso en obra, pues la necesidad les urgía.
El Egipcio, con la infantería, salió al encuentro de los
10 enemigos, y Quéreas fue nombrado navarco[81]. Esto de-
sanimó un tanto a los soldados, el que no combatiera
con ellos Quéreas, pues ya le habían tomado afecto y
con él como estratego tenían buenas esperanzas. Les
pareció, pues, como si se hubiera arrancado un ojo a
un cuerpo poderoso.

11 La flota, en cambio, aumentó sus esperanzas, y se
llenaron de ardor, porque tenían como jefe al más va-
liente y más hermoso. No tuvieron, pues, la más mínima
preocupación, sino que todos por igual, trierarcos, pi-
lotos, marineros y soldados, se esforzaron en demostrar
a Quéreas quién era el primero en abnegación.

12 El mismo día tuvo lugar la batalla por tierra y por
mar. Por tierra, el ejército de los egipcios resistió du-
rante muchísimo tiempo a los medos y persas, y luego,
dominados por el número, se entregaron, y el Rey los
persiguió con la caballería.

Tenía gran prisa el Egipcio en huir hasta Pelusio, y el
Persa en alcanzarlo antes, y quizá hubiera podido esca-
par si Dionisio no hubiera realizado una hazaña admira-
13 ble. Ya en el primer choque había luchado brillantemen-
te, siempre combatiendo cerca del Rey para que lo viera,
y había sido el primero en poner en fuga a los enemigos
de su alrededor. Y entonces, como la huida estaba re-
sultando larga y se desarrollaba día y noche sin inte-

[81] El navarco era el comandante de una flota.

rrupción, viendo que el Rey estaba molesto por ello, le dijo:

—No estés disgustado, señor. Yo impediré al Egipcio huir, si me das un grupo escogido de jinetes.

Le felicitó el Rey, y se los dio, y él, tomando cinco mil 14
hombres, recorrió dos etapas en un solo día, y cayendo de noche de improviso sobre los egipcios, hizo prisioneros a muchos y a la mayoría los mató. El Egipcio, capturado vivo, se suicidó, y Dionisio llevó su cabeza al Rey; y él al verla dijo: 15

—Inscribiré tu nombre como *Bienhechor de Mi Casa*, y ahora te doy ya la más dulce recompensa, lo que deseas más que cualquier otra cosa, a Calírroe por mujer. La guerra ha sentenciado el juicio. Tienes así el más hermoso premio al valor.

Dionisio se prosternó ante él, y se consideró igual a un dios, convencido de que ya era, sin disputa, el marido de Calírroe.

Por tierra ocurrió así, pero en el mar venció Quéreas, 6
de tal modo que ni llegó a hacerle frente la escuadra enemiga, pues ni recibieron el choque de los trirremes egipcios, ni les resistieron con la proa vuelta hacia ellos, sino que unos se dieron la vuelta y a los otros, encallados en la orilla, los capturó con toda su tripulación, y todo el mar quedó lleno de restos de navíos medos. Pero ni el Rey sabía la derrota de los suyos por mar, ni 2
Quéreas la de los egipcios en tierra, y cara uno creía que había vencido en los dos frentes.

El mismo día de la batalla naval, Quéreas navegó hacia Arados y dio la orden de, rodeando la isla, montar la guardia sobre ella [82] ... ... para dar cuenta a su amo. Y ellos reunieron a los 3

[82] Laguna en el texto donde se narraría el descubrimiento de que en Arados estaban las mujeres y riquezas del Rey y los nobles persas, sobre los que se tomarán las disposiciones que a continuación se dicen.

eunucos y servidores y todos los esclavos de menos valor en el ágora, pues era muy amplia. Y era tal la multitud que pasaron la noche no sólo en los pórticos, sino incluso al aire libre.

4 A los que tenían algún valor, los llevaron a un edificio del ágora, en el que de ordinario resolvían los asuntos los arcontes. Y las mujeres se sentaron en el suelo en torno a la reina, y ni encendieron fuego ni probaron alimento, pues estaban convencidas de que el Rey había sido hecho prisionero, que se había perdido el poderío persa, y que el Egipcio había vencido en todas partes.

5 Llegó sobre Arados la noche, que era al mismo tiempo la más dulce y la más desdichada. Pues por un lado los egipcios se alegraban, liberados de la guerra y de la esclavitud persa, mientras que los persas prisioneros sólo esperaban cadenas, látigos, ofensas y muerte, o bien, lo que sería más humano, la esclavitud.

Estatira lloraba con la cabeza apoyada en las rodillas de Calírroe, pues ella, como griega, educada y no inexperta en los males, era la que mejor podía consolar a
6 la reina. Y entonces ocurrió lo siguiente.

Un soldado egipcio, al que se le había confiado la custodia de los encerrados en la sala, sabiendo que estaba dentro la reina, por el innato respeto de todos los bárbaros a todo lo real no se atrevió a acercársele, pero
7 colocándose junto a la puerta cerrada dijo:

—Ánimo, señora, pues todavía no sabe el navarco que tú estás aquí encerrada con los demás prisioneros, pero en cuanto lo sepa proveerá por ti con amabilidad, pues no sólo es valeroso, sino también [83] ... ...
... ...

[83] De nuevo una laguna en el texto, tan larga como para que en ella se contara la orden dada por Quéreas de embarcar todas las riquezas y personas de Arados, y la negativa de Calírroe, cansada ya de vaivenes, a moverse más, y la primera parte de

... ...

y te hará su mujer, pues por naturaleza es hombre al que le gustan las mujeres.

Al oír esto Calírroe lanzó un gran grito, y arrancándose los cabellos dijo:

—Ahora sí que soy de verdad una prisionera. Mátame
antes de anunciarme eso. No aceptaré un matrimonio, lo 8
que pido es la muerte. Que me desgarren y me quemen, no me levantaré de aquí. Este lugar será mi tumba. Y si como dices es un hombre benévolo tu estratego, que me conceda esta gracia, que me mate aquí mismo.

Él empezó de nuevo a rogarle, pero ella no se levantó, 9
sino que se quedó tendida en tierra cubierta por el velo, y el egipcio se preguntó qué debía hacer, pues no se atrevía a usar la fuerza y no podía persuadirla. Por ello, volviendo sobre sus pasos se presentó ante Quéreas con semblante sombrío, y él al verlo dijo:

—Algo va mal. ¿Es que alguien roba lo mejor del 10
botín? Pues no se alegrarán los que lo hagan.

A lo que respondió el egipcio:

—No es ese el mal, señor, sino que la mujer a la que encontré resistiendo en su puesto, como en Platea, no quiere venir, sino que se ha arrojado al suelo reclamando una espada y deseando morir.

Quéreas, echándose a reír, le dijo:

—¡Oh tú, el más inhábil de los hombres!, ¿no sabes que a la mujer se la seduce con súplicas, elogios y promesas, sobre todo si parece enamorada? Y tú quizás has empleado la fuerza y la violencia.

---

las súplicas del egipcio que trata de convencerla con promesas de que siga a los demás. La laguna debía abarcar, por tanto, una página completa.

La abundancia de lagunas en este capítulo lo hace extraordinariamente corto en comparación con los demás.

11 —No —contestó—, señor, todo lo que dices lo he hecho, e incluso el doble, pues hasta le dije que la ibas a tomar por esposa. Pero ella ante esto se irritó más aún.

Entonces dijo Quéreas:

—¡Pues sí que soy muy seductor y digno de amor si ya antes de verme me rechaza y me odia! Me parece que esa mujer tiene un valor no desprovisto de nobleza. Que nadie la violente, sino dejadla pasar el tiempo como quiera, pues conviene que yo honre la virtud. Además, quizá llora a su marido.

LIBRO OCTAVO

Cómo Quéreas, sospechando que Calírroe le había 1
sido entregada a Dionisio, se pasó al Egipcio para vengarse del Rey y, nombrado navarco, venció en el mar, y, después de la victoria, tomó Arados, donde el Rey había dejado a su propia esposa y todo su séquito, y también a Calírroe, ha quedado dicho en el libro anterior. Después iba la Fortuna a producir un suceso, no 2
ya extraño, sino luctuoso, de modo que Quéreas, teniendo en su poder a Calírroe, no se enterara de ello, y embarcando a las mujeres de los otros en los trirremes, se marchase y dejase allí sólo a la suya propia, no dormida, como Ariadna, para ser esposa de Dioniso, sino como botín para sus propios enemigos.

Pero esto le pareció demasiado terrible a Afrodita, 3
pues ya se había reconciliado con él, con quien se había encolerizado mucho por sus inoportunos celos, y porque, habiendo recibido de ella el más hermoso don, como no lo obtuvo ni Alejandro Paris, correspondió a sus favores con la violencia.

Pero, puesto que Quéreas ya había rendido cumplida cuenta de ello a Eros, vagando de poniente a oriente entre millares de sufrimientos, se compadeció de él Afrodita, y tras haber perseguido por tierra y mar a aquellos dos seres, los más hermosos, a los que al principio había enlazado al yugo, decidió devolverlos de nuevo el uno al otro.

4 Creo que esta parte final de la historia va a ser la
más agradable para los lectores, pues va a purificarla
de las tristezas de los primeros libros. Ya no habrá en
él ni piraterías ni esclavitudes, juicios, batallas, inten-
tos de suicidio, guerras ni cautiverios, sino amores lega-
5 les y matrimonios legítimos. Cómo, pues, arrojó luz la
diosa sobre la verdad, y mostró uno al otro a quienes
no se sabían cercanos, lo voy a decir a continuación.

Caía ya la tarde y aún quedaban en tierra muchos
prisioneros. Cansado, Quéreas se disponía a organizar
6 todo para hacerse a la mar. Y, cuando se presentó en el
ágora, le dijo el egipcio:

—Ahí está la mujer, señor, que no quiere partir y se
deja morir. Quizá tú puedas convencerla de que se le-
vante, pues, ¿por qué tienes que dejar lo más hermoso
del botín?

Se mostró de acuerdo Policarmo, queriendo empujar-
le, si podía, a un amor nuevo que le consolara del de
Calírroe.

—Entremos, Quéreas —le dijo.

7 Al franquear el umbral y ver la figura tendida en el
suelo, cubierta por el velo, se le cortó la respiración y
su semblante demudado traicionó la turbación de su
alma, y se sintió profundamente conmovido. Por su-
puesto, la hubiera reconocido del todo si no hubiera
estado totalmente convencido de que Calírroe le había
8 sido devuelta a Dionisio. Acercándose, pues, le dijo dul-
cemente:

—Ten ánimo, mujer, quienquiera que seas, pues no
te haremos violencia alguna. Tendrás el marido que
quieras.

Aún estaba hablando cuando Calírroe, reconociendo
la voz, se descubrió, y ambos gritaron a la vez:

—¡Quéreas!

—¡Calírroe!

Y abrazándose uno a otro cayeron desvanecidos. E 9
incluso Policarmo se quedó en un primer momento sin
voz por lo extraordinario del suceso, y después de cier-
to tiempo dijo:

—Levantaos, al fin os habéis recobrado el uno al otro,
los dioses han cumplido vuestras plegarias. Pero recor-
dad que no estáis en vuestra patria, sino en tierra enemi-
ga, y que es necesario organizarlo todo bien antes, para
que nadie vuelva jamás a separaros.

Gritándoles tales cosas, ellos, como quienes hundi- 10
dos en un profundo pozo oyen con dificultad la voz
desde el fondo, fueron volviendo poco a poco en sí, y
luego, al verse de nuevo uno a otro y abrazarse, otra
vez se desmayaron, y esto lo hicieron dos y tres veces,
diciendo solamente: ¡Al fin te tengo! ¡Sí, en verdad eres
Calírroe! ¡Sí, en verdad eres Quéreas!

Corrió la voz de que el navarco había encontrado a 11
su mujer, y no quedó ni un soldado en su tienda, ni
marinero en trirreme, ni portero en su casa. De todas
partes llegaban corriendo y decían:

—¡Oh feliz mujer, que has encontrado al más her-
moso de los hombres!

Pero cuando apareció Calírroe, ya nadie alabó a Qué-
reas, sino que todos se la quedaron mirando como si
estuviera sola. Caminaba ella orgullosa entre Quéreas 12
y Policarmo que le daban escolta. Les arrojaban flores
y coronas, y fluían vino y perfumes ante sus pasos, y
se celebraron al mismo tiempo las dos fiestas más dul-
ces de la guerra y la paz: epinicios y boda.

Quéreas acostumbraba a dormir en el trirreme, pues 13
tenía mucho que hacer de noche y de día. Pero entonces
encargó de todo a Policarmo y sin esperar la noche
entró en la cámara real, pues cada ciudad tiene desig-
nada una casa reservada para el Gran Rey. Allí había un 14
gran lecho de oro con cubiertas de púrpura de Tiro, de
tejido babilonio.

¿Quién podría describir aquella noche, llena de cuántas explicaciones, y de cuántas lágrimas entremezcladas con besos? Empezó primero Calírroe, contando cómo había vuelto en sí en la tumba, cómo había sido raptada por Terón, cómo había navegado, cómo había sido vendida.

15 Hasta este momento Quéreas la oyó llorando, pero cuando llegó en su relato a Mileto, Calírroe quedó en silencio, llena de vergüenza, y Quéreas volvió a recordar sus innatos celos. Pero le apaciguó el relato de lo de su hijo. Y antes de acabar de oír todo le dijo:

—Dime cómo viniste a Arados, dónde has dejado a Dionisio y qué te pasó con el Rey.

16 Y ella al punto le juró que no había vuelto a ver a Dionisio desde el juicio; que el Rey, en efecto, la amaba, pero que no había tenido contacto alguno con él. Ni siquiera un beso.

—He sido injusto —dijo Quéreas— y violento en mi
cólera, haciendo tanto daño al Rey, que ninguno te
17 había hecho a ti. Pues, alejado de ti, me vi en la nece-
sidad de desertar de su campo. Pero a ti no te he
deshonrado: he llenado la tierra y el mar de trofeos.

Y le contó todo minuciosamente, envaneciéndose de sus éxitos. Y cuando ya había habido bastantes lágrimas y relatos, abrazándose uno a otro *llegaron felices al rito de su antiguo lecho*[84].

2 Era aún de noche cuando llegó por mar un egipcio, no de los poco importantes, y desembarcando de su navío con prisa, preguntó dónde estaba Quéreas.

Llevado ante Policarmo, dijo que a ningún otro podía decir su mensaje secreto, y que era urgente el asunto por el que venía. Durante mucho tiempo difirió Policarmo el entrar a presencia de Quéreas, pues no quería molestarle en momentos tan poco oportunos. Pero como

[84] *Od.* XXIII, 295.

el hombre le daba prisa, abriendo la puerta de la cámara anunció que había algo urgente, y Quéreas, como buen estratego, dijo:

—Llámalo. La guerra no permite retrasos.

Fue introducido, pues, el egipcio, cuando aún estaba 3
oscuro, y colocándose junto al lecho dijo:

—Sabe que el Rey de los persas ha matado al egipcio, y que ha enviado parte de su ejército a Egipto, a arreglar la situación allí, y a todo el resto lo trae hacia aquí, y está a punto de llegar, pues ha sabido que Arados ha sido tomada y teme por todas las riquezas que dejó aquí, y sobre todo está angustiado por Estatira, su mujer.

Al oír esto Quéreas se levantó de un salto, pero Calí- 4
rroe, sujetándole, dijo:

—¿A dónde vas, antes de haber reflexionado sobre la situación? Si haces público esto, levantarás gran hostilidad contra ti cuando se enteren todos de ello, y te despreciarán. Y si volvemos a caer de nuevo en manos del Rey, sufriremos males aún más penosos que los de antes.

Pronto se dejó convencer por este consejo, y salió de 5
la cámara ya con un plan. Sujetando, pues, con fuerza al egipcio por la mano, convocó a la multitud y dijo:

—Hemos vencido, soldados, también a la infantería del Rey. Este hombre, en efecto, nos ha traído esa buena nueva y una carta del Egipcio. Es preciso que nos hagamos inmediatamente a la mar para ir a donde él nos manda. Así pues, poneos todos a hacer los preparativos necesarios y embarcad.

Nada más decir esto, el trompeta dio la señal de re- 6
tirarse a las naves. El botín y los prisioneros ya estaban dentro desde el día anterior, y nada quedaba en la isla a no ser alguna cosa excesivamente pesada o inútil.
Luego soltaron amarras, levaron anclas, y todo el puer- 7

to se llenó de gritos y movimiento y todo el mundo hacía alguna cosa.

Quéreas, por su parte, recorrió todos los trirremes dando en secreto a los trierarcos la orden de dirigirse hacia Chipre, diciendo que era necesario tomarla de antemano, mientras aún estaban sin guarnición.

Gracias al viento favorable llegaron al día siguiente
8 a Pafos [85] donde está el templo de Afrodita. Una vez que fondearon, Quéreas envió delante, antes de que nadie desembarcara de los trirremes, unos mensajeros a pedir la paz y una tregua a los habitantes. Y cuando ellos lo aceptaron, hizo bajar a tierra a todo su ejército y honró a Afrodita con ofrendas, y reuniendo una gran cantidad de víctimas, dio un banquete a todo el ejército.

9 Al preguntar por el futuro, los sacerdotes (que son también adivinos), le dijeron que los augurios habían sido buenos, y entonces él, cobrando ánimos con ello, llamó a los trierarcos y a cuantos egipcios veía que le eran adictos y les habló así:

10 —Compañeros de lucha y amigos, partícipes de mis grandes éxitos, para mí es más bella la paz y más segura la guerra con vosotros. Por experiencia sabemos que, unidos en concordia vencimos por mar. Pero una circunstancia penosa nos obliga a deliberar sobre nuestra seguridad futura, pues sabed que el Egipcio ha muerto en la lucha, el Rey domina toda la tierra y nosotros
11 estamos bloqueados en medio de enemigos. ¿Alguno de vosotros considera, quizá, que debemos ir ante el Rey y entregarnos, poniéndonos en sus manos?

---

[85] Pafos es el nombre de dos ciudades de la costa Sur de Chipre, distinguidas desde época romana como «antigua» y «nueva». La antigua Pafos, de la que aquí se trata, tenía un famosísimo templo de Afrodita, pues es a la isla de Chipre a donde, según la tradición, fue llevada esta diosa nada más nacer de la espuma del mar, producida al caer del cielo los genitales de Urano, cortados por su hijo Crono al destronarle.

Inmediatamente gritaron todos que había que hacer cualquier cosa antes que eso.

—Pues entonces, ¿a dónde iremos? Pues toda la tierra nos es hostil, y ya no podemos confiar ni en el mar, ya que la tierra está en poder de los enemigos. Y por supuesto no somos capaces de volar.

Cayó el silencio sobre todos, y un Lacedemonio, pa- 12
riente de Brásidas[86], expulsado de Esparta por un problema grave, se atrevió a decir el primero:

—¿Por qué buscamos a dónde huir del Rey? Tenemos mar y trirremes. Ambos nos pueden llevar a Sicilia y Siracusa, donde no tenemos nada que temer, no ya de los persas, sino ni siquiera de los atenienses.

Todos aprobaron sus palabras, y sólo Quéreas fingió 13
no estar de acuerdo, pretextando lo largo del viaje, pero en realidad para probar si ellos estaban plenamente decididos. Y como ellos insistían mucho y querían hacerse a la mar inmediatamente, dijo:

—Vosotros, como griegos, me dais un buen consejo, y os agradezco vuestra abnegación y fidelidad. No permitiré que tengáis que arrepentiros de ello, si los dioses
os protegen. Pero respecto a los egipcios —pues son 14
muchos y no conviene forzar su voluntad, y además la mayoría tiene esposas e hijos de los que no desearían verse separados—, dispersándoos entre ellos, apresuraos a interrogar a cada uno, para que tomemos sólo a los que quieran venir.

Se hizo tal como había mandado, pero Calírroe, por 3
su parte, cogiendo a Quéreas de la mano y llevándolo a solas le dijo:

—¿Qué piensas, Quéreas? ¿Vas a llevar a Siracusa también a Estatira y a la hermosa Rodoguna?

Enrojeció Quéreas y respondió: 2

86 Brásidas fue un famoso estratego espartano de la guerra del Peloponeso.

—No es por mí por quien las llevo, sino para que sean tus sirvientas.

Entonces gritó Calírroe:

—¡No permitan los dioses que me sobrevenga tal locura como para tener por esclava a la reina de Asia, sobre todo después de haber sido su huésped! Si quieres agradarme, envíasela al Rey, pues también ella me guardó como si hubiera recibido a la mujer de un hermano.

3 —Nada hay —dijo Quéreas— que desees que deje de hacer. Tú eres la dueña de Estatira y de todo el botín, y ante todo de mi alma.

Le agradó esto a Calírroe, y le dio un beso. Y al punto ordenó a los servidores que la llevaran ante Estatira.

4 Estaba ella con las mujeres persas más ilustres en la
cala de una nave, sin saber absolutamente nada de lo
ocurrido, ni siquiera que Calírroe había recobrado a
Quéreas, pues tenían mucha guardia y a nadie le estaba
permitido acercarse, ni verlas, ni contarles nada de lo
5 que ocurría. Con la llegada de Calírroe a la nave, escol-
tada por el trierarco, se produjo una gran estupefacción,
y un tumulto de gente que corría de un lado a otro, y
se decían en secreto unos a otros:

—La mujer del navarco está aquí.

Un gemido largo y profundo salió del pecho de Estatira, y llorando dijo:

—¡Para este día, Fortuna, me has guardado, para que yo, la reina, vea un ama! Pues sin duda viene a ver cómo es la esclava que ha conseguido.

6 Provocó muchos lamentos con estas palabras, y ese día aprendieron qué es la cautividad para los nobles. Pero el dios produjo un cambio rápido, pues Calírroe entró corriendo y abrazó a Estatira diciendo:

—Salve, oh reina, pues reina eres y sigues siéndolo
7 siempre. No has caído en manos de enemigos, sino en
las de la que más te ama, a quien hiciste el bien. Mi

Quéreas es el navarco, pues navarco de los egipcios le hizo la cólera contra el Rey por su tardanza en devolverme a él. Pero ya se ha calmado y ha cambiado de disposición, y ya no es enemigo vuestro. Levanta, pues, 8
queridísima, y vete feliz. Recobra tú también a tu marido, pues el Rey está vivo, y a él te envía Quéreas. Levántate tú también, Rodoguna, mi primera amiga entre las persas, y vete al encuentro de tu marido, y también todas las demás que la reina quiera. Y recordad siempre a Calírroe.

Quedó en suspenso por el asombro Estatira al oír 9
estas palabras, y no podía ni creerlas ni dejar de hacerlo, pues el carácter de Calírroe era tal que no parecía que pudiese hablar con ironía en tan gran desgracia. Pero la ocasión obligaba a actuar rápidamente.

Estaba con los egipcios un tal Demetrio, filósofo, co- 10
nocido del Rey, ya de edad avanzada, que superaba mucho a los demás egipcios en educación y virtud. A éste, llamándole, le dijo Quéreas:

—Yo quería llevarte conmigo, pero te voy a encargar de un asunto más importante: voy a enviar la Reina al Rey por mediación tuya. Esto te hará a ti más preciado 11
ante él, y disculpará a los demás.

Tras decir esto, nombró a Demetrio estratego de los trirremes que volvían atrás.

Todos querían acompañar a Quéreas, y lo estimaban más que a su propia patria e hijos; pero él escogió sólo 12
veinte trirremes, los mejores y más grandes, ya que iba a atravesar el mar Jonio, y en ellos embarcó a todos los griegos que allí había, y a cuantos egipcios y fenicios sabía sin impedimento alguno, y también embarcaron muchos chipriotas voluntarios. A todos los demás los envió a su casa, después de dividir entre ellos una parte del botín, para que volviesen a los suyos contentos y convertidos en personajes más importantes. Y nadie se vio privado de nada que hubiese solicitado de Quéreas.

Calírroe le llevó a Estatira todos sus adornos reales, pero ella no quiso tomarlos, sino que dijo:

13 —Adórnate tú con ellos, pues a tan bello cuerpo van bien adornos de reina. Y conviene que tengas algo para regalar a tu madre y hacer ofrendas a los dioses de tu
14 patria. Yo he dejado muchos más en Babilonia. Que los dioses te concedan una buena travesía, la salvación, y el no verte nunca más separada de Quéreas. En todo has actuado conmigo con justicia. Has dado muestras de un carácter excelente y digno de tu belleza. En verdad fue un buen depósito el que me confió el Rey.

4 ¿Quién podría describir el día aquel, qué cosas se hicieron y cuán diferentes unas de otras? Se hacían votos, se daban instrucciones, unos se alegraban, otros estaban tristes, se daban encargos unos a otros y escribían a los suyos. Y escribió también Quéreas al Rey la siguiente carta:

2 *Tú ibas a sentenciar el juicio, pero yo he vencido ante el más justo juez, pues la guerra es el mejor juez entre el superior y el inferior, y ella me ha devuelto a Calí-*
3 *rroe, y no sólo a mi mujer, sino también a la tuya. Pero no he imitado tu lentitud, sino que inmediatamente y sin que me lo pidas te devuelvo a Estatira, intocada y habiendo mantenido su realeza en el cautiverio. Sabe también que no soy yo quien te envía este regalo, sino Calírroe. A cambio te pedimos que te reconcilies con los egipcios, pues más que a nadie conviene a un rey tener resignación. Tendrás en ellos unos buenos soldados que te aman, pues han preferido permanecer contigo, como amigos tuyos que son, antes que acompañarme a mí.*

4 Esto escribió Quéreas, y por su parte a Calírroe le pareció un acto de justicia y de agradecimiento escribir a Dionisio. Sólo que esto lo hizo sin que lo supiera Quéreas, pues conociendo sus innatos celos, se preocupó de

ocultárselo. Tomando, pues, una pequeña tablilla, grabó lo siguiente:

Calírroe a Dionisio, su bienhechor, salud: Mi bienhe- 5
chor, pues tú eres quien me libró de los piratas y la esclavitud, te lo suplico, no te enfades, pues estoy en espíritu contigo por nuestro hijo, el que te confío para que lo críes y eduques de un modo digno de nosotros. Que no conozca madrastra. Tienes no sólo un hijo, sino
también una hija, ya te bastan dos hijos. Únelo en ma- 6
trimonio cuando sea un hombre, y envíalo a Siracusa para que también vea a su abuelo.

A ti, Plangón, te abrazo.

Esto te lo he escrito con mi propia mano. Ten ánimo, excelente Dionisio, y acuérdate de tu Calírroe.

Selló la carta y la ocultó entre los pliegues de su ves- 7
tido y cuando ya faltaba poco para hacerse a la mar y para que todos embarcasen en los trirremes, ella misma, dando la mano a Estatira, la condujo a su barco.

Demetrio había hecho construir en la nave una tienda real, rodeada de púrpura y tejidos de Babilonia bor-
dados en oro; y haciéndola reclinarse en el lecho con 8
mucha adulación le dijo Calírroe:

—Adiós, oh Estatira, acuérdate de mí y escríbeme a menudo a Siracusa. Pues todo es fácil para un rey. Yo, por mi parte, testimoniaré mi agradecimiento a ti ante mis padres y los dioses de los griegos. Te encomiendo
a mi hijo, al que también tú miraste con agrado. Piensa 9
que lo tienes a él en depósito en vez de a mí.

Al decir esto se llenaron de lágrimas sus ojos, y las mujeres empezaron a lanzar gemidos. Y luego Calírroe, al salir de la nave, inclinándose ligeramente hacia Estatira y enrojeciendo, le dio la carta y dijo:

—Esto dáselo al desdichado Dionisio, que os confío a ti y al Rey. Consoladle, pues temo que al verse separado de mí atente contra su vida.

10 Y aún estarían hablando las dos mujeres, llorando y abrazándose la una a la otra, si los pilotos no hubieran anunciado la partida. Y cuando ya iba a subir a su trirreme, Calírroe se prosternó ante Afrodita y dijo:

—Gracias a ti, señora, por lo que ahora sucede. Ya te has reconciliado conmigo. Concédeme también llegar a ver Siracusa, pues hay todavía por medio una gran extensión de mar, y me espera una terrible travesía. Pero no tengo miedo si tú navegas conmigo.

11 Ninguno de los egipcios subió a las naves de Demetrio si antes no se había despedido de Quéreas y le había besado las manos y la cabeza, tanto amor había despertado en todos. Y él dejó que el común de la flota partieran los primeros, de suerte que siguieron oyendo desde muy lejos en el mar, alabanzas mezcladas con votos.

5 Así éstos estaban navegando, y entre tanto el Gran Rey, después de vencer a los enemigos, envió a Egipto a una persona que organizase la situación de allí con seguridad, y él mismo se apresuró a ir a Arados en
2 busca de su mujer. Y cuando estaban aún entre Quíos y Tiro y ofrecía a Heracles los sacrificios conmemorativos de la victoria, se presentó ante él un mensajero anunciando:

—Arados ha sido tomada y está vacía. Todo lo que había en ella se lo han llevado las naves de los egipcios.

Esta noticia le causó un gran dolor al Rey, pensando que la reina estaba muerta, y todos los nobles persas empezaron a lamentarse, *en apariencia por Estatira, pero en realidad cada uno por sus parientes* [87], uno por la esposa, el otro por la hermana, otro por la hija: todos por alguien y cada uno por algún miembro de su familia. Y los enemigos habían partido, y no se sabía por qué mar.

---

87 Véase *Il.* XIX, 302.

Al segundo día de esto vieron venir la naves egipcias. 3
No estaba claro qué era en realidad aquello, y se quedaron estupefactos al verlos, y aún más aumentó su perplejidad la enseña real izada en la nave de Demetrio, que solamente se enarbolaba cuando el propio Rey estaba a bordo.

Esto causó un gran tumulto, pues pensaron que eran 4
enemigos, y al punto echaron a correr y advirtieron a Artajerjes.

—Quizás han encontrado un nuevo Rey de los egipcios.

Él saltó de su trono y corrió al mar, y dio la señal de alerta. Trirremes, desde luego, no tenía, pero todo su ejército se situó en el puerto, preparado para la batalla. Y ya tendía uno el arco, e iba otro a arrojar la 5
lanza, cuando Demetrio se dio cuenta y se lo advirtió a la reina.

Entonces Estatira salió de la tienda y se mostró a la vista, y todos, arrojando las armas, cayeron de rodillas. El Rey no pudo contenerse, sino que antes de que la nave hubiese echado amarras, se lanzó el primero a ella, y abrazando a su mujer y derramando lágrimas de alegría dijo:

—¿Cuál de los dioses te devuelve a mí, esposa amadísima? Pues ambas cosas son increíbles, perder a una reina y, una vez perdida, encontrarla de nuevo. ¿Cómo 6
es que, habiéndote dejado en tierra te recibo viniendo del mar?

Y Estatira respondió:

—Me tienes como un obsequio de Calírroe.

Al oír este nombre, el Rey sintió como si sobre una vieja herida recibiese un nuevo golpe, y, mirando a Artaxates, el eunuco, dijo:

—Llévame ante Calírroe, para que le testimonie mi agradecimiento.

Estatira contestó: 7

—Todo lo ocurrido lo sabrás por mí.

Inmediatamente marcharon del puerto al palacio real,
y ella les mandó a todos que se fuesen y se quedara
sólo el eunuco, y le contó lo ocurrido en Arados, lo de
Chipre, y finalmente le dio la carta de Quéreas.

8 Al leerla, el Rey se sintió embargado por múltiples
sentimientos. Se encolerizó por la captura de sus bienes
más queridos, se arrepentía de haberle obligado a pa-
sarse al enemigo, le estaba agradecido, a su vez, porque
ya no podía ver más a Calírroe. Y sobre todo, estos
sentimientos se imponían a la envidia y se decía:

—¡Feliz Quéreas, más afortunado que yo!

9 Y cuando ya habían hablado bastante, dijo Estatira:

—Consuela, oh Rey, a Dionisio. Pues esto es lo que
Calírroe nos pide.

En consecuencia, Artajerjes, volviéndose al eunuco,
dijo:

—¡Que venga Dionisio!

10 Éste fue inmediatamente, ansioso por la esperanza,
pues nada sabía de lo de Quéreas, y creía que Calírroe
estaba con las demás mujeres y que el Rey le llamaba
para entregarle a su mujer como recompensa a su valor.
Pero cuando llegó, el Rey le contó desde el principio
todo lo ocurrido. Y en aquella circunstancia dio mues-
tra Dionisio de su cordura y de su excelente educación;
11 pues, como quien al caer un rayo ante sus pies no se
inmuta, así él, al oír las palabras más penosas para él
que el rayo, que Quéreas se llevaba a Calírroe a Sira-
cusa, pese a ello se mantuvo firme. Además, no le pa-
reció seguro el mostrar excesivo dolor, ya que se había
12 salvado la reina. Y Artajerjes le dijo:

—Si hubiera podido, te hubiera devuelto a Calírroe,
Dionisio, pues de tan gran abnegación y fidelidad hacia
mí me has dado pruebas. Pero como esto me es impo-
sible, te entrego el gobierno de toda la Jonia, y el ser
inscrito como *Primer Bienhechor de la Casa del Rey.*

Se prosternó Dionisio, y, tras darle las gracias, se apresuró a marcharse para tener libertad para sus lágrimas. Y cuando ya salía, Estatira le dio secretamente la carta.

De vuelta en su casa, y una vez que se hubo encerra- 13
do, al reconocer la letra de Calírroe, en primer lugar cubrió de besos la carta, y luego, abriéndola, la estrechó contra su pecho como si fuera ella la que estaba presente, y así la mantuvo mucho tiempo, pues no podía leerla por las lágrimas.

Cuando dejó de llorar, se puso a leerla con gran dificultad, y primero besó el nombre de Calírroe. Y cuando llegó a lo de *a Dionisio, mi bienhechor*, dijo:

—¡Ay, pero no tu marido!

—*Pues tú eres mi bienhechor...*

—Pero, ¿qué te he hecho digno de ese nombre? 14

Le hizo feliz la justificación que le daba la carta, y leyó muchas veces aquellas palabras, pues le parecía que insinuaba que ella le dejaba contra su voluntad. ¡Tan vano es Eros, y tan fácilmente convence al enamorado de que es correspondido! Y luego, mirando a su hijo y levantándole en brazos dijo:

—También tú te me irás un día, con tu madre, pues así lo manda ella. Y yo viviré solo, yo, que he sido el único causante de todo. ¡Me han perdido mis vanos celos, y tú, Babilonia!

Diciendo esto, hizo los preparativos para irse cuanto antes a Jonia, pensando que iba a servirle de consuelo el largo camino, el gobierno de tantas ciudades, y las imágenes de Calírroe en Mileto.

En tal situación quedaron las cosas en Asia. Por su 6
parte Quéreas llevó felizmente a término la travesía hasta Sicilia (pues les sopló siempre viento de popa), y como tenía naves grandes, navegaba por alta mar, pues tenía miedo de ser cogido de nuevo por el ataque de alguna divinidad hostil. Y cuando Siracusa estuvo a la

vista, ordenó a los trierarcos adornar las trirremes, y al
mismo tiempo, que navegasen juntos.

Estaba, en efecto, la mar en calma, y cuando los de
la ciudad los vieron, dijo uno:

—¿De dónde vienen esos trirremes? ¿No serán del
Ática? Vamos, debemos advertírselo a Hermócrates.

3 Y rápidamente le advirtió:

—Estratego, piensa qué se debe hacer, ¿cerramos las
puertas, o salimos a su encuentro en el mar? Pues no
sabemos si le sigue una flota mayor, y los que vemos
son simplemente la vanguardia.

Hermócrates corrió del ágora al mar, y envió un bar-
4 co de remos al encuentro de aquéllos. El enviado les
preguntó, cuando estuvo cerca, quiénes eran, y Quéreas
ordenó que uno de los egipcios contestara:

—Somos mercaderes que venimos de Egipto, y trae-
mos una carga que hará la alegría de los siracusanos.

—Pues no entréis todos juntos —respondió— hasta
que no sepamos seguro que decís la verdad. Pues no
veo barcos de carga, sino trirremes grandes como los
de guerra. De modo que la mayoría se queden al ancla
fuera del puerto, y que entre uno solo.

—Así lo haremos.

5 Entró, pues, el primero el trirreme de Quéreas. Éste
tenía en su parte superior una tienda cubierta con pa-
ños de Babilonia.

Una vez que atracó, todo el puerto se llenó de gente,
pues por naturaleza es la multitud una especie curiosa,
y además entonces tenían una buena causa para acudir.
6 Al ver la tienda, pensaron que no había dentro perso-
nas, sino un cargamento valioso, y cada uno suponía
una cosa diferente, pero todos se imaginaban cualquier
cosa menos la verdad. Y es que era increíble que, con-
vencidos todos como estaban de que Quéreas había
muerto, fuesen a pensar que llegaba en aquel barco,
7 vivo y con tal lujo. Y en efecto, los padres de Quéreas

ni salieron de su casa, y por su parte Hermócrates se ocupaba de los asuntos públicos, sí, pero siempre de duelo, y entonces se hallaba allí, pero procurando pasar desapercibido.

Y cuando todos estaban en suspenso, con los ojos fijos en la nave, descorrieron de repente las cortinas y quedó a la vista Calírroe tendida en un lecho de oro, vestida de púrpura de Tiro, y Quéreas, reclinado junto a ella, con las enseñas de estratego.

Nunca trueno alguno aturdió de tal modo los oídos, 8
ni relámpago los ojos de los que lo veían, ni jamás quien encontró un tesoro dio tan gran grito como entonces la multitud, al ver de improviso un espectáculo más asombroso que toda descripción.

Hermócrates subió de un salto hasta la tienda, y abrazando a su hija, dijo:

—¿Estas viva, hija mía, o es que desvarío?

—Estoy viva, padre, y ahora de verdad, porque te veo a ti vivo.

Y todos prorrumpieron en llanto de alegría.

Entre tanto, Policarmo entró al puerto con los demás 9
trirremes. Pues, en efecto, él se había hecho cargo de la flota desde Chipre, porque Quéreas ya no era capaz de dedicarse a ninguna otra cosa más que a Calírroe sola.

Rápidamente se llenó el puerto, y todo tomó el mismo 10
aspecto que tras la victoria sobre el Ática, pues aquellos trirremes también volvían de la guerra, adornados de guirnaldas y a las órdenes de un estratego siracusano. Se entremezclaron los gritos de los del mar saludando a los de tierra, y luego los de éstos a los del mar, y también buenos augurios, elogios y abundantes votos recíprocos lanzados de unos a otros. Y en medio de todo ello compareció también el padre de Quéreas, transportado en brazos, pues se había desmayado por tan inesperada alegría.

11 Se empujaban unos a otros los camaradas de efebía y del gimnasio, deseando saludar a Quéreas, y a Calírroe las mujeres. A éstas incluso les pareció que Calírroe se había hecho aún más bella, de suerte que en verdad podría decirse que estaban viendo a la propia Afrodita saliendo del mar.

Entonces Quéreas, avanzando hacia Hermócrates, dijo:

—¡Aceptad las riquezas del Gran Rey!

12 E inmediatamente mandó descargar plata y oro en cantidad incontable, y luego mostró a los siracusanos marfil y ámbar y vestidos y todo tipo de objetos preciosos por su material o por su trabajo, y el lecho y la mesa del Gran Rey, de suerte que toda la ciudad quedó llena, pero no, como antes, de la pobreza ática, procedente de la guerra de Sicilia, sino, lo que era más asombroso de todo, de despojos de los medos en tiempo de paz.

7 La multitud al unísono gritó:

—¡Vayamos a la asamblea!

Pues todos deseaban verlos y oírlos.

Más rápido de lo que se tarda en decirlo se llenó el teatro de hombres y mujeres, y al entrar solo Quéreas gritaron:

—¡Llama a Calírroe!

2 Y Hermócrates se atrajo de nuevo el favor del pueblo al traer él mismo a su hija.

Entonces, en primer lugar, todo el pueblo, levantando los ojos al cielo bendijo a los dioses, y su agradecimiento a ellos fue mayor por ese día que por el de los epinicios. Luego se dividieron las opiniones: los hombres alababan a Quéreas, las mujeres a Calírroe y luego a su vez a ambos en común. Y esto era lo que más les agradaba a ellos.

3 A Calírroe, a quien suponían fatigada por el viaje y por sus desgracias, la sacaron del teatro una vez que

hubo saludado a su patria. Pero a Quéreas le retuvo la
multitud, que quería oír todo el relato de lo ocurrido
en su ausencia. Y él empezó por el final, pues no quería
entristecer al pueblo con los primeros acontecimientos
sombríos. Pero el pueblo, exhortándole, le dijo:

—Te rogamos que empieces desde atrás. Dínoslo todo,
no omitas nada.

Dudaba Quéreas, avergonzándose al recordar muchas 4
de las cosas que habían ocurrido en contra de lo que
pensaba. Pero Hermócrates dijo:

—No tengas pudor, hijo, aunque tengas que decirnos
algo más penoso o cruel para nosotros, pues este final
luminoso deja en la oscuridad todo lo anterior, pero lo
que no se dice deja paso a sospechas aún más graves
a causa del silencio. Hablas a tu patria y a tus padres, 5
cuyo afecto es igual para vosotros dos. Además, la pri-
mera parte de tu historia ya la sabe el pueblo, pues
en efecto, él mismo fue el que concertó vuestra boda:
la conspiración de los pretendientes rivales para infun- 6
dirte unos injustificados celos y cómo golpeaste desafor-
tunadamente a tu mujer, todos lo sabemos, y que ella,
pareciendo muerta, fue enterrada con todo lujo, y tú,
sometido a juicio, te condenaste a ti mismo a muerte,
pues querías morir con tu esposa. Pero el pueblo te 7
absolvió, sabiendo que lo ocurrido había sido involun-
tario.

Lo que siguió a esto también nos lo contaron: que
Terón, el ladrón de tumbas, abrió de noche el sepulcro
y, encontrando a Calírroe viva, la embarcó en un barco
pirata con las ofrendas funerarias, y la vendió en Jonia,
y que tú, habiendo salido en busca de tu mujer, no la
encontraste, pero te tropezaste por casualidad en el 8
mar con la barca pirata y te apoderaste de los demás
ladrones, muertos por la sed, y a Terón, el único que
aún vivía, lo trajiste a la Asamblea, y él, después de ser
torturado, fue crucificado.

Después, la ciudad envió un trirreme y embajadores
en busca de Calírroe, y por su voluntad embarcó con-
tigo Policarmo, tu amigo. Esto es lo que sabemos. Ahora
cuéntanos tú qué ocurrió después de tu salida de aquí.
9 Quéreas empezó su narración partiendo desde este
punto:

—Después de atravesar sin problemas el mar Jonio,
abordamos un lugar propiedad de un varón milesio, de
nombre Dionisio, superior en riqueza, linaje y fama a
todos los demás jonios. Éste era el que le había com-
10 prado a Calírroe a Terón por un talento. No temáis, no
sufrió esclavitud. Pues inmediatamente, la mujer a la
que había comprado por dinero se le mostró como una
señora, y, enamorado de ella, no se atrevió a forzar a
una mujer noble, pero no soportaba la idea de enviar
11 de nuevo a Siracusa a la que amaba. Y cuando Calírroe
se dio cuenta de que estaba encinta de mí, queriendo
salvaros un ciudadano, se vio en la necesidad de casarse
con Dionisio, alterando la verdad sobre la paternidad
del niño, para que se creyera que había nacido de Dio-
nisio y lo educase de una manera digna.
12 Os están educando, pues, siracusanos, un ciudadano
en Mileto, rico y en casa de un hombre famoso y que
procede de un famoso linaje griego. No le envidiemos
por la magnitud de su herencia.
8 Todo esto lo supe más tarde. Entonces, después de
abordar en su finca, sólo con ver una imagen de Calí-
rroe en un santuario tuve yo buenas esperanzas. Pero
de noche, unos piratas frigios que descendían a lo largo
de la costa prendieron fuego al trirreme, y a la mayoría
los degollaron, pero a mí y a Policarmo, encadenándo-
nos, nos vendieron en Caria.
2 Prorrumpió en gemidos ante estas palabras el pueblo,
y Quéreas dijo:

—Permitidme que calle lo que sigue, pues es más pe-
noso aún que lo anterior.

Pero la multitud gritó:

—¡Cuéntalo todo!

Y él dijo:

—El que nos compró, un esclavo de Mitrídates, el estratego de Caria, nos hizo trabajar la tierra encadenados, y como algunos de los encadenados con nosotros mataron al vigilante, Mitrídates ordenó que nos crucificasen a todos, y a mí me llevaron también. Y 3
Policarmo, cuando iba a ser sometido al tormento, pronunció mi nombre y Mitrídates lo reconoció, pues, siendo huésped de Dionisio en Mileto, había asistido a los funerales de Quéreas, ya que Calírroe, enterada de lo que había pasado con el trirreme y los piratas, y creyendo que yo también había muerto, me había elevado una tumba magnífica.

Inmediatamente dio Mitrídates la orden de que me 4
bajaran de la cruz en la que ya estaba casi colocado, y me tuvo entre sus amigos más queridos. Se apresuró también por devolverme a Calírroe y me hizo escribirle. Pero, por descuido del encargado de llevarla, 5
interceptó mi carta el propio Dionisio, y no creyó que yo estuviera vivo, sino que pensó que Mitrídates conspiraba contra su mujer, y al punto apeló al Rey, acusándole de adulterio.

El Rey aceptó el juicio y los llamó a todos a su presencia, y así penetramos en el interior del continente hasta Babilonia. Y a Calírroe la hizo Dionisio, al llevarla 6
consigo, famosa y admirada por el Asia entera, y Mitrídates me llevó a mí.

Cuando ya estuvimos allí, celebramos un gran juicio frente al Rey, y como consecuencia de él, absolvió al punto a Mitrídates, y a mí y a Dionisio nos anunció una futura decisión sobre la mujer, encomendando entre tanto a Calírroe a Estatira, la reina.

¿Cuántas veces, siracusanos, creéis que proyecté ma- 7
tarme, separado de mi mujer, si no me hubiera salvado

Policarmo, el único amigo fiel entre todos? Pues el Rey
se mostraba negligente en convocar el juicio, inflamado
8 de amor por Calírroe. Pero ni la convenció, ni le hizo
violencia.

Felizmente el Egipcio, haciendo defección del Rey,
promovió una importante guerra, causa para mí de gran-
des bienes. Pues a Calírroe se la había llevado la reina,
pero yo, como oí la falsa noticia, que me dijo un hombre,
de que le había sido entregada a Dionisio, queriendo
vengarme del Rey, me pasé al Egipcio y realicé gran-
9 des hazañas. A Tiro en efecto, que es difícil de tomar,
la conquisté yo en persona, y, nombrado navarco, de-
rroté por mar al Gran Rey y me hice dueño de Arados,
donde el Rey había dejado a la reina y a todas las ri-
10 quezas que habéis visto. Y hubiera podido, en efecto,
hacer al Egipcio dueño de toda Asia, si no hubiera re-
sultado muerto luchando separado de mí.

Después os volví a hacer amigos del Gran Rey, rega-
lándole a su mujer y enviando a los más nobles de los
11 persas sus madres, hermanas, mujeres e hijas. Y me
traje aquí a los más valientes de los griegos y a los
egipcios que quisieron. Y algún día vendrá por el mar
desde Jonia otra flota también vuestra. Y la conducirá
el nieto de Hermócrates.

12 Tras esto prorrumpieron todos en aclamaciones, y
cuando se calmó el griterío dijo Quéreas:

—Yo y Calírroe estamos muy agradecidos en vuestro
nombre a Policarmo, el amigo, pues ha mostrado la más
verdadera adhesión y fidelidad a vosotros. Si os parece
bien, démosle como esposa a mi hermana. Y libremen-
te tendrá además su parte del botín.

13 Aplaudió el pueblo, asintiendo a su propuesta:

—A ti, Policarmo, hombre excelente, amigo fiel, el
pueblo te está agradecido. Has sido un benefactor para
tu patria, de un modo digno de Hermócrates y de
Quéreas.

Después de esto, tomó de nuevo la palabra Quéreas:

—Y a estos trescientos, varones griegos, mi valeroso ejército, os pido que los hagáis ciudadanos.

Y de nuevo gritó el pueblo:

—Son dignos de ser ciudadanos con nosotros. Que se vote así.

Se escribió el decreto, y al punto ellos se sentaron 14
y pasaron a formar parte de la Asamblea. Y Quéreas les regaló a cada uno un talento, y a los egipcios les asignó tierras Hermócrates, para que las cultivasen como dueños.

Mientras la multitud estaba en el teatro, Calírroe, 15
antes de entrar a casa, se fue al templo de Afrodita, y cogiéndose a sus pies, colocando sobre ellos su rostro y desatando sus cabellos, la besó y dijo:

—Gracias a ti, Afrodita, pues de nuevo me has mostrado a Quéreas en Siracusa, donde lo vi cuando era virgen por tu voluntad. No tengo para ti reproches, señora, por lo que he sufrido. Eso fue mi destino. Te su- 16
plico que no me separes nunca más de Quéreas, sino concédenos una vida feliz y una muerte juntos.

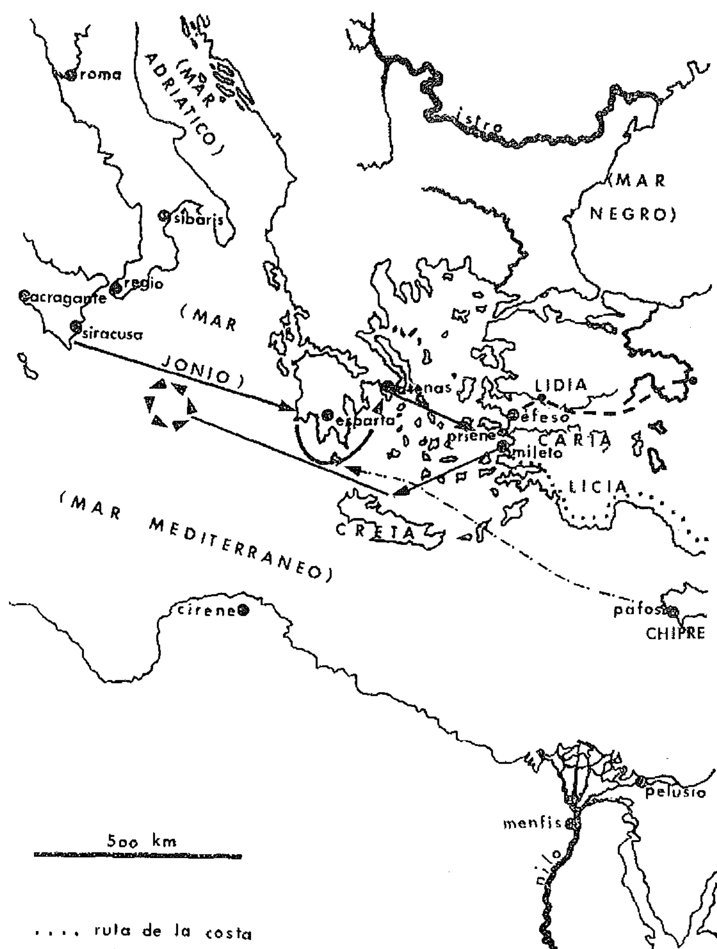
Tal es la historia de Calírroe que he escrito.

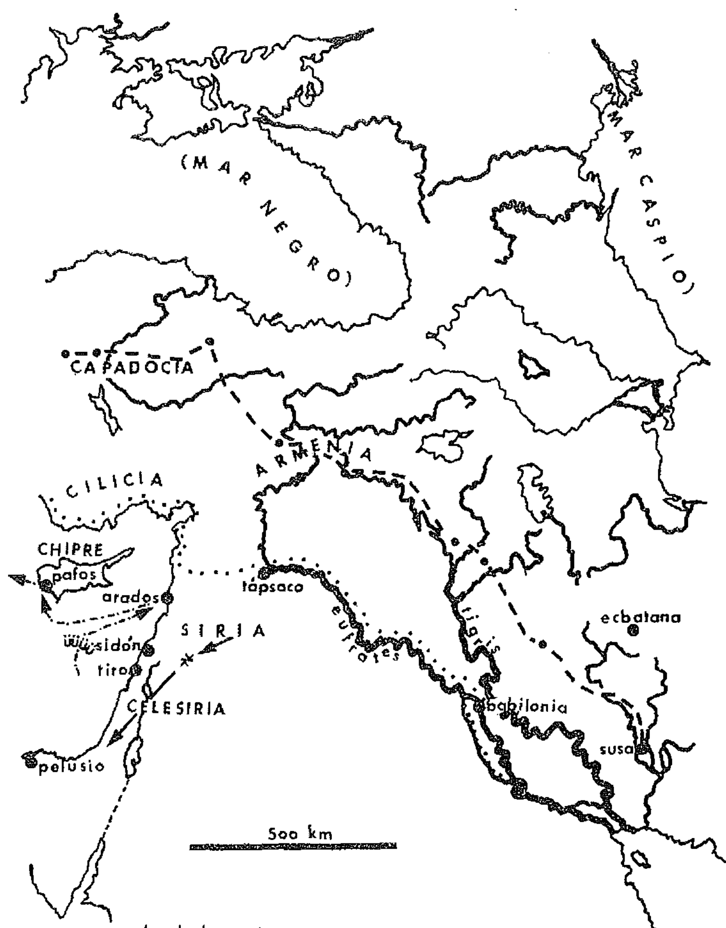
MAPAS

Hemos señalado la localización de las ciudades y regiones en que se desarrolla la acción de la novela, y hemos tratado de dar una idea de cuáles serían las rutas que siguen sus personajes.

Las del mar son, naturalmente, imaginarias, pero las que van de Mileto y Caria a Babilonia siguen unos itinerarios conocidos. Dionisio y Calírroe llevan el camino que posteriormente seguirá Alejandro Magno en su expedición, recorriendo la costa para atravesar el Éufrates por Tápsaco, ciudad de Siria situada al borde de este río, que poseía el mejor puerto fluvial y era el más importante vado de él. Sabemos que por ella lo atravesó, además de Alejandro y antes que él, Ciro el Joven (cf. JENOFONTE, *Anábasis*, 1, 4, 11-17 ss.).

Mitrídates, desde Caria, utiliza la ruta del interior, por la antigua calzada de los reyes persas que unía Éfeso con Susa y atraviesa toda Asia Menor y Armenia.


roma
(MAR ADRIATICO)
istro
(MAR NEGRO)
sibaris
regio
acragante
siracusa
(MAR JONIO)
atenas
LIDIA
efeso
esparta
priene
CARIA
mileto
LICIA
(MAR MEDITERRANEO)
CRETA
cirene
pafos
CHIPRE
pelusio
menfis
nilo
500 km
ruta de la costa
calzada Real Persa
viaje de los piratas
retorno de Quereas



..... ruta de la costa
— — — calzada Real Persa
——→ ejército persa
-.-.- flota egipcia
batalla naval
id. terrestre

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

CARITÓN DE AFRODISIAS

QUÉREAS Y CALÍRROE

JENOFONTE DE ÉFESO

EFESÍACAS

Págs.

FRAGMENTOS NOVELESCOS